



# Asamblea General

Quincuagésimo período de sesiones

9<sup>a</sup> sesión plenaria

Miércoles 27 de septiembre de 1995, a las 15.00 horas

Nueva York

*Documentos Oficiales*

*Presidente:* Sr. Freitas do Amaral . . . . . (Portugal)

*Se abre la sesión a las 15.15 horas.*

## Tema 9 del programa (continuación)

### Debate general

**El Presidente** (*interpretación del inglés*): El primer orador es el Viceprimer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Zaire, Su Excelencia el Sr. Gérard Kamanda wa Kamanda, a quien doy ahora la palabra.

**Sr. Kamanda wa Kamanda** (Zaire) (*interpretación del francés*): Señor Presidente: Quiero sumar mi voz a las de los oradores que me precedieron en esta tribuna para presentarle, en nombre de la delegación que me acompaña y en el mío propio, nuestras sinceras y cálidas felicitaciones por haber sido elegido para ocupar el cargo de Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas en su quincuagésimo período de sesiones. Tengo sumo placer al ver ocupar la Presidencia de la Asamblea General al representante de un país amigo, Portugal, con el que mi país, la República del Zaire, mantiene desde hace tiempo excelentes relaciones marcadas por el sello de la confianza y la estima recíprocas. En nuestra opinión, sus cualidades intelectuales y su talento diplomático, sumados a su prolongada experiencia en los asuntos internacionales, constituyen desde ahora una garantía segura del éxito de nuestra labor.

Hago llegar también mis felicitaciones a los demás miembros de la Mesa, a quienes deseo pleno éxito en la delicada misión de proporcionarle asistencia.

Permítame también que rinda homenaje a su predecesor, Su Excelencia el Sr. Amara Essy, Ministro de Relaciones Exteriores de la República hermana de Côte d'Ivoire, a quien me une una larga amistad personal. Quiero hacerle saber el regocijo y el orgullo que hemos sentido por la maestría con que dirigió los trabajos de la Asamblea General en su cuadragésimo noveno período de sesiones y por la dedicación, el tino y la competencia con que desempeñó su misión.

Por último, quiero rendir un merecido homenaje a Su Excelencia el Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Boutros Boutros-Ghali, por haber preparado de manera excelente este período de sesiones, por los esfuerzos notables que despliega en favor del fortalecimiento del papel de las Naciones Unidas y por sus numerosas y loables iniciativas en pro de la paz y la seguridad internacionales.

Mis reflexiones abarcarán esencialmente los siguientes temas: las lecciones que dimanar de los 50 años de existencia de las Naciones Unidas; la revitalización y reestructuración de las Naciones Unidas; la situación en la subregión de los Grandes Lagos, particularmente en Rwanda y en Burundi; los esfuerzos en favor de la paz en el Oriente Medio; el apoyo del sistema de las Naciones Unidas a los

esfuerzos desplegados por los Gobiernos con el propósito de promover y consolidar las democracias nuevas o restablecidas; la deuda externa, la cooperación económica internacional y el desarrollo; los esfuerzos en pro del desarme; y, por último, la cuestión de la devolución o restitución de los bienes culturales a sus países de origen.

Las Naciones Unidas celebran este año su cincuentenario. En el momento de su creación, se fijaron objetivos a la medida del entusiasmo, las esperanzas y las necesidades que surgieron como consecuencia de la finalización de una guerra devastadora, cuyas consecuencias traumáticas no han desaparecido totalmente. Dichos objetivos consistían en mantener la paz y la seguridad internacionales, garantizar la justicia y los derechos humanos, promover el progreso social y establecer mejores condiciones de vida en un ámbito de mayor libertad.

¿Dónde nos encontramos hoy?

Cincuenta años de vida constituyen un hito importante en la vida de las personas, de las instituciones y, por cierto, de las naciones. Es poco probable que una persona que a los 50 años de edad no haya hecho nada de su vida imprima otro curso a su existencia después de esa edad. Una institución que no haya hecho nada para lograr, 50 años más tarde, los objetivos que se había asignado en el momento de su creación plantea sin duda el problema de su viabilidad y de la utilidad de su existencia. Una nación que en 50 años no haya hecho nada por su pueblo debe efectuar una revaluación y debe cuestionarse todo: sus dirigentes políticos, sus programas, sus proyectos de sociedad, su modo de gestión y sus métodos.

Afortunadamente, no es este el caso de las Naciones Unidas. La Organización tiene a su favor el logro de realizaciones notables. Ha tenido éxitos y ha desplegado verdaderos esfuerzos en las esferas del desarrollo económico y social, la descolonización, los derechos humanos, el desarme y el mantenimiento de la paz. Su obra legislativa representa, sin duda alguna, las más altas aspiraciones del hombre, de la humanidad y de todos los pueblos en pro de un mundo que esté al abrigo de la guerra, de la amenaza, de la intimidación, de la miseria, de la opresión y del sufrimiento.

Hoy las Naciones Unidas deben preservar y consolidar sus logros, por una parte, y por la otra deben adaptarse para afrontar los nuevos desafíos surgidos como consecuencia de los cambios espectaculares que el mundo ha experimentado tras la finalización de la segunda guerra mundial.

Para nosotros, que venimos de África, la descolonización fue una página muy importante. ¿Qué hubiera sido de la descolonización sin las Naciones Unidas, en especial tras la aprobación de la resolución 1514 (XV), conocida también como “Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales”? ¿Qué habría sucedido con el *apartheid* en Sudáfrica si las Naciones Unidas no hubiesen movilizado a la comunidad internacional toda contra ese flagelo y si la Organización no hubiese apoyado la heroica y legítima lucha de los sudafricanos bajo la dirección de los movimientos de liberación reconocidos, y en particular del Congreso Nacional Africano (ANC)?

En el Zaire no hemos olvidado que hace 34 años y 10 días moría en territorio africano, en Ndola, durante una misión destinada a promover la paz y a restaurar y mantener la independencia política y la integridad territorial de la República Democrática del Congo, hoy Zaire, uno de los servidores más dedicados de las Naciones Unidas, el extinto Dag Hammarskjöld, Secretario General de las Naciones Unidas.

No hemos olvidado que, de julio de 1960 a junio de 1964, la operación de las Naciones Unidas en el Congo constituyó el programa de asistencia más vasto jamás emprendido hasta entonces por las Naciones Unidas.

Es, pues, gracias a la contribución importante de las Naciones Unidas que el Zaire ha podido salvar su unidad y su integridad territorial. Expresamos aquí el agradecimiento profundo del pueblo zairense a las Naciones Unidas. Esta página de nuestra historia, que es también una página de la historia de las Naciones Unidas, nos recuerda que nuestro pueblo pagó un precio muy alto por la paz y que en aquella época asumió un compromiso que se debe transmitir de generación en generación: no más guerra civil, no más secesión por conflictos tribales, interétnicos o de poder; adhesión firme a la paz y al diálogo en pro del desarrollo, cualesquiera sean la naturaleza y la intensidad de nuestras divergencias internas.

Por ello, bautizamos con el nombre de Dag Hammarskjöld una plaza y un puente importantes de la ciudad de Kinshasa, para rendir homenaje a las Naciones Unidas, inmortalizando la memoria de su ex Secretario General, caído en el frente de la lucha por la paz. El simbolismo del puente que queremos inmortalizar con el nombre de Dag Hammarskjöld proviene de nuestra percepción del mensaje de las Naciones Unidas. Puerta abierta sobre el mundo y tribuna de las naciones, las Naciones Unidas, a través de su mensaje de paz y de diálogo, ¿acaso no constituyen un puente entre las naciones?

Sin embargo, aparte de los progresos notables e innegables realizados en el mundo, han ocurrido muchas otras cosas: la guerra fría ha llegado a su fin, sin que ese fin ayude al proceso de desarrollo de los países del Sur, y especialmente de África, en donde el empobrecimiento ha avanzado en un contexto económico y social que se va deteriorando.

Como consecuencia de ese deterioro, África en particular contempla el resurgimiento de enfermedades erradicadas antaño y la aparición de nuevas endemias, sin disponer de medios suficientes para encararlas.

La descolonización casi ha llegado a su fin; se ha abolido el *apartheid*, y África, confrontada con los nuevos retos de la democratización y el desarrollo, presa por la fiebre de la democratización, se ve sometida a mutaciones irreversibles que vienen acompañadas de traumatismos nuevos.

En el ámbito internacional, se vislumbran nuevas formas de dominación, que peligran producir los mismos efectos si no se está en guardia. La generalización de los comportamientos a nivel mundial y la estandarización de los reflejos y de las necesidades, ¿acaso no van a aprisionar las libertades, censurar las identidades y sofocar la expresión cultural de los pueblos?

La tercera guerra mundial no ha tenido lugar, pero, como se observa en la ex Yugoslavia, Rwanda, Burundi y otros lugares, ha surgido un nuevo tipo de guerra basado en la depuración étnicotribal, y sus consecuencias dramáticas para la seguridad, la paz, el medio ambiente y el desarrollo de las naciones producen una preocupación justificada.

Un nuevo tipo de delincuencia internacional grave ha invadido África y el mundo. Delincuencia violenta: atentados contra las personas y los bienes, asaltos en los caminos; delincuencia económica y financiera: falsificaciones, tráfico ilícito de estupefacientes y de sustancias sicotrópicas, blanqueo de capitales, fraude en gran escala de productos básicos, y otros; delincuencia política: integrismo, fundamentalismo y terrorismo internacionales, que nos retrotraen a los tiempos de los corsarios y de los piratas. Es cierto que el telégrafo, el teléfono, la aviación, la radio, la televisión, la informática y el vídeo han contribuido mucho a suprimir las distancias, pero también le ha resultado útil a la solidaridad del desorden.

La cooperación multilateral, la financiación del desarrollo y la ética de la solidaridad internacional se han desmoronado, el nuevo orden económico internacional no

ha nacido y la cooperación bilateral, por razones diversas, algunas de ellas políticas, se ha detenido en muchos países, como en el Zaire, en el momento preciso en que éstos afrontaban la disminución de sus recursos financieros. La condicionalidad de la ayuda al desarrollo es más feroz que nunca, y la ayuda de acompañamiento del proceso de democratización, a la que la Cumbre de La Baule dio un impulso memorable, no escapa a esa condicionalidad.

El fenómeno de los refugiados y el de las personas desplazadas han cobrado dimensiones sin parangón.

Un siglo de esperanza, sobre todo en su segunda mitad, parece así querer terminar con un cariz de desesperación, cuando se examinan las causas que constituyen el origen de esta nueva amenaza a la paz, en el mundo en general y en África en particular: conflictos armados, luchas intestinas graves, pobreza y desempleo, desigualdades, discriminaciones e intolerancia, deseo de exclusión, lucha contra el despotismo del Estado, fracasos políticos y sociales, etc.

A los refugiados de la tiranía se agregan —en nuestro continente—, los refugiados de la anarquía. La suerte trágica de las personas que se desplazan debido a la guerra o a violencias internas seguramente constituye uno de los problemas humanitarios más relevantes de nuestra época, y en la actualidad muchos conflictos armados encuentran su origen en la lucha de las comunidades llevadas por la intolerancia.

Por lo tanto, es imperioso que los miembros de la comunidad internacional asuman sus responsabilidades, cada uno en lo que le concierne, se den la mano y actúen de consuno para invertir esas tendencias negativas.

Como recordó oportunamente el Secretario General de las Naciones Unidas, el 20 de octubre de 1994:

“Las sociedades que no hace mucho se creían completamente autónomas saben que desde ahora están íntimamente vinculadas las unas con las otras. La vida de cada uno, donde quiera que esté, se inscribe hoy en un contexto planetario. Se admite ahora que los objetivos más nobles de la humanidad —la paz, la justicia y la prosperidad—, no se podrán lograr a menos que se haga un esfuerzo cada vez más concertado. Finalmente, toda una serie de problemas nuevos cuyas dimensiones planetarias son innegables requieren una solución que está, evidentemente, fuera del alcance de un país o de un grupo de países que actúen aisladamente.”

Para hacer frente a los nuevos retos que exigen la participación de todos, a los problemas que plantea el desarrollo, la paz y la seguridad, las Naciones Unidas deben reflexionar sobre sus métodos, su organización y su eficacia.

La afluencia de casi 3 millones de refugiados rwandeses al este del Zaire, de lo que hablaré más tarde, nos ha puesto de manifiesto ciertas deficiencias y ciertos límites del sistema de las Naciones Unidas de cara a los nuevos retos.

Primero, 30.000 hombres armados pertenecientes a las ex fuerzas armadas rwandesas desembarcaron en el Zaire —en donde, obviamente, no se les esperaba—, un 14 de julio de 1994, en las regiones norte y sur de Kivu, a raíz de la guerra civil en Rwanda. Después de desarmarlos, alguien debe hacerse cargo de ellos. Pero, ¿quién? Su situación comienza a plantear problemas.

¿Son, acaso, prisioneros de guerra? El Zaire no está en guerra con Rwanda, se nos ha respondido. ¿Se les puede considerar detenidos de guerra? “No”, nos ha respondido el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), “no caen en el ámbito de nuestra competencia”. Bueno, ¿son, entonces, refugiados políticos? “No”, ha dicho la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), “los hombres que llevan uniforme militar no son refugiados políticos, por lo tanto, no caen en el ámbito de nuestra competencia”.

En consecuencia, los militares de las fuerzas armadas rwandesas comenzaron abastecer sus necesidades en detrimento de los habitantes de los pueblos y ciudades locales, ante la mirada impotente del sistema de las Naciones Unidas. A solicitud del Secretario General y de la comunidad internacional, aceptamos desplazar a los 30.000 militares y alejarlos de las fronteras con Rwanda, por razones comprensibles.

Se establecieron lugares en Shaba, Mainema y Ecuador. Se enviaron misiones conjuntas de evaluación del Zaire y las Naciones Unidas a esas regiones. Pudimos identificar a 90.000 elementos de las antiguas fuerzas armadas rwandesas, a razón de tres miembros por familia, que había que desplazar lejos de la frontera con Rwanda. Una vez realizada una evaluación, las Naciones Unidas consideraron que el costo era exorbitante, y el Secretario General no obtuvo los medios financieros necesarios. Por tanto, se abandonó la idea y las Naciones Unidas pidieron al Zaire que tomara las medidas apropiadas y necesarias de seguridad y mantuviera a los 30.000 refugiados lejos de la frontera.

Pero el hecho de dejarlos allí hizo temer al Gobierno de Kigali una amenaza de desestabilización. Por ese motivo, comenzó a proferir acusaciones infundadas contra el Zaire y, antes de verificar los hechos, las Naciones Unidas hicieron caso a las alegaciones de Kigali y levantaron el embargo de armas contra Rwanda, de conformidad con la resolución 1011 (1995) del Consejo de Seguridad, de 16 de agosto de 1995, para ayudar a ese país a protegerse contra una hipotética amenaza, pero las Naciones Unidas no hicieron nada respecto a la presencia de esos 30.000 hombres dejados a disposición del Zaire, sin ninguna asistencia.

Es más, después de levantar el embargo de armas contra Rwanda el 16 de agosto de 1995 para que ese país pudiera armarse y hacer frente a las amenazas de desestabilización provenientes del Zaire, dos semanas más tarde, el Consejo de Seguridad aprobó la resolución 1013 (1995) para crear una comisión internacional encargada de verificar alegaciones según las cuales, las antiguas fuerzas armadas de Rwanda estaban siendo entrenadas y recibiendo armamentos del Zaire para desestabilizar Rwanda. Esto es aún más sorprendente porque se produce al nivel más elevado del sistema de seguridad colectiva de las Naciones Unidas. Yo mismo fui miembro del Consejo de Seguridad, siendo su Presidente durante la guerra de las Malvinas. Pensaba que a ese nivel de responsabilidad, las cosas tenían que examinarse con la mayor circunspección.

O bien el Consejo de Seguridad dispone de pruebas y actúa, en cuyo caso la creación de una comisión de investigación no tiene sentido, o no tiene pruebas y, en ese caso, debe investigar y tomar decisiones tras verificar los hechos. Está en juego la credibilidad de nuestra Organización, y no he citado sino dos ejemplos para ilustrar ciertos aspectos de la inadaptación de las Naciones Unidas ante los nuevos desafíos.

La indispensable revitalización de las Naciones Unidas se basa en el interés y la eficacia de que deben hacer gala ante los conflictos y situaciones complejas que requieren su intervención.

Sucede lo mismo con su reestructuración. Cincuenta años después de su fundación, las Naciones Unidas deben ajustarse y adaptarse a los nuevos retos que plantean al mundo el desarrollo económico y social, los conflictos políticos causados por la depuración étnica, los cambios que

han sufrido las relaciones internacionales, así como la configuración del mundo desde el 24 de octubre de 1945, y la necesidad de ampliar el círculo de los responsables de la toma de decisiones en materia de paz y la seguridad internacionales, para garantizar una representación más equitativa y más equilibrada de las naciones del mundo en el seno del Consejo de Seguridad y para evitar los riesgos de manipulación del sistema de seguridad colectiva, y finalmente, la inadecuación de los medios financieros en relación con la amplitud de las misiones asignadas a la Organización universal.

La nueva dinamización de las actividades de las Naciones Unidas nos parece fundamental, ya que este mundo cambiante no es muy tranquilizador. Ocurren muchas cosas sin que las naciones del mundo sepan cómo y por qué suceden. Se corre el peligro de que grupos de presión políticos utilicen los engranajes de las Naciones Unidas para sus propios fines, con el sesgo de su influencia, sin contrapesos, y de que algunos Gobiernos puedan ejercer presiones. Este cambio no estaba previsto cuando se estableció el sistema de seguridad colectiva.

La República del Zaire se felicita por el proceso de paz iniciado en el Oriente Medio. Ha tomado nota con satisfacción de los acuerdos firmados, por una parte, entre el Estado de Israel y la Organización de Liberación de Palestina, y por otra, entre Israel y Jordania. Considera que son etapas importantes para la instauración de una paz amplia.

El Zaire apoya sin reservas las negociaciones bilaterales y los avances realizados hasta ahora en el proceso de paz y exhorta a todas las partes protagonistas a aplicar esos acuerdos. Espera que se realicen esfuerzos para que se celebren rápidamente otras negociaciones entre Israel y los demás Estados árabes.

Subrayando asimismo la necesidad de hacer avanzar las negociaciones entre árabes e israelíes hacia otras vías del proceso de paz, la República del Zaire alienta al establecimiento de un diálogo entre los protagonistas y les exhorta a que hagan todo lo posible por llegar a acuerdos que satisfagan las aspiraciones legítimas de todas las partes. Sólo esta vía permitirá vencer una desconfianza secular y crear las condiciones necesarias para el progreso y el desarrollo en el Oriente Medio, en una paz que falta desde hace tiempo en esa región.

La situación que prevalece en la región de los Grandes Lagos de África central suscita graves inquietudes en la República del Zaire, ya que pone en peligro la paz, la

estabilidad, la seguridad y el desarrollo, no sólo de Rwanda y Burundi, sino también de toda la región.

Deseo puntualizar que la República del Zaire no tiene problemas especiales ni con Rwanda ni con Burundi. Ayer el Zaire ofreció cobijo y abrigo a los tutsis que fueron expulsados y hoy el Zaire ha ofrecido su apoyo a la otra parte. En esa región se está representando un drama humano de una escala sin precedentes. Todo roza la desmesura, la voluntad de exclusión, el odio que enfrenta a hermanos enemigos tutsis y hutus, las expulsiones dramáticas de poblaciones perseguidas por su pertenencia étnica o sus opiniones políticas, la facilidad con la que se destruyen vidas humanas: niños, mujeres, ancianos, intelectuales, el instinto de violencia, la escala del flujo de personas en busca de refugio contra una muerte segura, el desequilibrio en el reparto del poder político y militar y el mal conocimiento de los principios democráticos en la gestión del país.

En el momento en el que volvieron al país los antiguos refugiados tutsis de los años 1959 y 1962-1963, ayudados por el regreso al poder del Frente Patriótico Rwandés, millones de hutus, que representan el 85% de la población, tuvieron que salir del país, dejando en manos de los recién llegados sus tierras, sus bienes y sus hogares.

Expulsados desde el decenio de 1960 en el momento álgido del poder hutu, los tutsis, que representan el 15% de la población, han tardado 30 años en preparar su regreso por la fuerza. ¿Cuánto tiempo va a esperar la comunidad internacional a que los hutus mayoritarios se organicen a su vez para volver a recuperar por la fuerza el poder en su país?

Con cada vuelta de esta índole, volveremos a deplorar nuevos dramas humanos y se plantearán problemas graves de inserción y reinstalación.

En este ciclo de violencia deliberada, será cada vez más difícil decir quien es inocente de qué y quien no es culpable de qué.

Ante un drama de esta amplitud, nos parece que la comunidad internacional y las Naciones Unidas están en cierta forma desarmadas. ¿Quién tomará las medidas necesarias para ayudar a estos países, para impedir que la situación degeneren y para salvaguardar la paz y la seguridad de la región y prevenir otros genocidios?

Las resoluciones aprobadas y declaraciones adoptadas hasta el momento por las Naciones Unidas no tienen en

cuenta todas las realidades del terreno, ni incorporan todos los aspectos del drama que acabo de mencionar, en Rwanda, en Burundi y en la subregión de los Grandes Lagos. Estas resoluciones y declaraciones, por su parte, han provocado repercusiones políticas que se suman a la inestabilidad de la región.

Actualmente, no se trata de proclamar grandes principios, de dar razón a aquel que presente y estructure mejor su versión de la situación y de los hechos. Se trata de identificar fríamente los problemas concretos que enfrentan Rwanda y Burundi como Estados y tomar, en el marco de un criterio global de la cuestión, medidas concretas orientadas a la repatriación de los refugiados, la reconciliación nacional, el reparto del poder, la introducción de los equilibrios necesarios en los ejércitos transformados en cuerpo de apoyo político de sus gobiernos, a fin de que se formen ejércitos republicanos, la creación o revitalización del proceso de democratización, la ayuda a la reinserción de los refugiados, la ayuda para la reconstrucción y el desarrollo, tanto en los países de origen como en los de asilo, la instauración, por último, de estructuras judiciales viables para que exista cierta justicia. Y ello presupone que existe un problema de justicia al que hay que dar solución. Es este el espíritu con que la República del Zaire apoya la celebración de una conferencia regional sobre la paz, estabilidad y seguridad en la subregión de los Grandes Lagos, tras la firma de los acuerdos bilaterales sobre la repatriación de los refugiados. Por razones que no es preciso comentar, dicha conferencia, para tener éxito, tendrá que prepararse minuciosamente. El Gobierno del Zaire ha tomado nota con satisfacción de la designación, por parte del Secretario General de las Naciones Unidas, del Embajador Jesús en calidad de enviado especial, prometiéndole toda su cooperación para el éxito de su misión.

Con lo que he expresado, se apreciará que un acontecimiento insólito desde fines de la segunda guerra mundial parece convertirse ahora en un hecho común de la actualidad internacional, una vez pasada la etapa sensacional del flujo de refugiados de Rwanda al oriente del Zaire. Los refugiados han destruido un patrimonio turístico que no tiene precio. El parque natural de Virunga —lugar clasificado por la UNESCO—, la fauna, la flora, los gorilas montañeses, los elefantes y otras especies protegidas no han escapado a la destrucción. El medio ambiente, la ecología, las infraestructuras básicas, sanitarias y educativas, han sido destruidas. La resolución 49/24 del 2 de diciembre de 1994, sobre la asistencia a los países de asilo y especialmente al Zaire, para reparar los daños causados en las zonas destruidas por la presencia masiva de refugiados, no ha sido cumplida.

Víctima del drama de Rwanda por razón de su vecindad, el Zaire, una vez más, es acusado de querer desestabilizar a Rwanda por aquellos mismos que utilizan la cuestión de los refugiados para desestabilizar a la subregión de los Grandes Lagos persiguiendo un sueño imperial que pone en tela de juicio el principio de la inviolabilidad de las fronteras heredadas de la colonización, dando unas tierras a unos y otros, en perjuicio del Zaire.

Este enfoque muestra que el problema tiene un fundamento político. O estamos ante refugiados, en el verdadero sentido de la palabra —en cuyo caso, su presencia masiva y la destrucción que ocasionan en nuestro país nos plantea un problema grave de seguridad nacional y de protección de nuestra población, y ello nos hace invocar la prevista derogación por la Declaración sobre el Asilo Territorial— o estamos ante personas sutilmente expulsadas de sus países por razones políticas y étnicas, en cuyo caso, ninguna constitución del mundo permite a un país expulsar a sus nacionales por razones políticas o étnicas, y, por tanto, no estamos obligados a hacernos cargo de las consecuencias de la “depuración étnica”. Por esa razón, para que el pretexto de la desestabilización de Rwanda por el Zaire no ofrezca a algunos la oportunidad de prestarse a ejecutar un plan contra nuestro país, tras el levantamiento del embargo del suministro de armas a Rwanda, decidido por el Consejo de Seguridad, y ante la amenaza de nuestra seguridad nacional y las graves amenazas que penden sobre nuestras poblaciones, el Zaire ha recurrido a uno de los instrumentos internacionales vigentes en materia de refugiados, a saber, la resolución 2312 (XXII) aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 14 de diciembre de 1967, denominada Declaración sobre el Asilo Territorial, para decir a la comunidad internacional y a las Naciones Unidas que asuman sus responsabilidades, pues el Zaire carece de los medios ni está en condiciones de soportar sólo la carga que representa la presencia masiva de estos refugiados, tanto más cuando se encuentra preparando las elecciones en el país.

Como recordatorio, ya que mucho se ha dicho al respecto, el párrafo 1 de la Declaración sobre el Asilo Territorial dispone que:

“En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país,”

El primer párrafo del artículo 3 estipula que ninguna de esas personas será,

“objeto de medidas tales como la negativa de admisión en la frontera o, si hubiera entrado en el territorio en que busca asilo, la expulsión o la devolución”.

Desde 1960 el Zaire recibió a los refugiados provenientes de Rwanda, sean tutsis o hutus, y aplicamos siempre esa disposición. Pero el párrafo 2 del artículo 3 dispone que:

“Podrán hacerse excepciones al principio anterior sólo por razones fundamentales de seguridad nacional o para salvaguardar a la población, como en el caso de una afluencia en masa de personas.”

Y, si un Estado, en cualquier caso, decide que la derogación del principio enunciado está justificada,

“considerará la posibilidad de conceder a la persona interesada, en las condiciones que juzgue conveniente, una oportunidad, en forma de asilo provisional o de otro modo, a fin de que pueda ir a otro Estado,”

(Resolución 2312 (XXII), artículo 3, párr. 3),

y lo comunicará a la comunidad internacional.

El Zaire se ha encontrado en este caso y ha decidido derogar el principio. Y ha informado al Secretario General de las Naciones Unidas y al Consejo de Seguridad. Los países que desean recibir a los refugiados son bienvenidos. El Zaire no quiere seguir siendo acusado de querer desestabilizar a Rwanda por el único hecho de haber recibido en su suelo 3 millones de rwandeses, por lo cual queremos poner fin a las acusaciones fantasiosas contra nuestro país. Así, la comunidad internacional podrá juzgar mejor nuestra determinación de vivir en paz con nuestros vecinos.

Accediendo a las demandas del Secretario General de las Naciones Unidas, el Gobierno del Zaire ha mantenido conversaciones con la Sra. Sadako Ogata, Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Refugiados, y le ha pedido que organice, a nivel de su dependencia, la repatriación voluntaria pero masiva e ininterrumpida de refugiados a su país de origen, de tal forma que el 31 de diciembre de 1995, todos los refugiados hayan regresado.

La comunidad internacional tiene la obligación de ayudar a Rwanda y a Burundi a enfrentar el problema que les plantea la repatriación y reinserción de sus nacionales. En el curso de nuestros últimos encuentros en Ginebra, el 25 de septiembre de 1995, convinimos, con el Ministro de

Rehabilitación de Rwanda y la Sra. Ogata, Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Refugiados, las modalidades para la repatriación de los refugiados de ahora al 31 de diciembre, al ritmo de 8.000 a 10.000 personas por día, a los distintos puntos de entrada, identificados como Shangugu, Kiseni y Gibumba.

Dado a escoger entre las exigencias de la solidaridad internacional y de la seguridad nacional y la protección de su población, no conocemos gobierno alguno que haya abrigado dudas.

Cuando se siguen las informaciones difundidas por la prensa internacional, la imagen que algunos quisieran dar del Zaire es la de un infierno en donde no se podría vivir.

Los zairenses son seres humanos. Como en el resto del mundo, los hay buenos y malos. Los hay menos buenos y menos malos. El Zaire es también un pueblo y la opinión que se pueda tener de mí o de otro agente político de nuestro país no permiten desacreditar a todo un pueblo. Queremos que no se mancille la imagen de un pueblo.

Cuando muchos huyeron de los horrores y la violencia de la guerra eligieron, precisamente, al “infierno” del Zaire. Podrían preguntarse qué ocurriría con la paz en el África central si el Zaire fuera incapaz de controlar estos conflictos entre tribus, de las cuales hay más de 450, y si los otros problemas políticos internos llegasen a explotar, al igual que en Rwanda, enviando 47 millones de habitantes a sus países vecinos.

Para nosotros, para los países como el nuestro, que han tenido la experiencia de toda la gama de turbulencias que puede conocer un pueblo, que descubrimos después de la supresión del estado colonial, y que persistió más o menos durante los primeros años de la independencia, que conocemos el precio de la construcción del estado postcolonial, de conformidad con las aspiraciones de nuestro pueblo. No hay ningún bien máspreciado que la paz. La paz, más allá de todas las ilusiones es necesaria porque sin ella el desarrollo no es posible.

En nombre de la paz todo Estado plenamente responsable de su pueblo debe asumir sus propias contradicciones nacionales y abstenerse de hacer que otros lleven la carga de su imposibilidad de dirigir sus propias contradicciones. A falta de ello la comunidad internacional, tanto regional como mundial, debe venir en su ayuda para desarrollar su capacidad de resolución de problemas, sin provocar traumatismos adicionales y, sobre todo, sin inmiscuirse en países

en desarrollo como el nuestro, cuyos recursos son necesarios para otros proyectos.

La comunidad internacional debe tener el valor y el coraje de imponer la paz y la reconciliación en la región de los Grandes Lagos y decir claramente, sin miedo, que hay que poner fin a la exclusión y a los problemas étnicos.

El Zaire da albergue a un gran número de refugiados africanos en su territorio y, en un impulso de solidaridad humana y sobre todo teniendo en cuenta los vínculos históricos que le unen con sus vecinos, ha decidido acoger a estos millones de refugiados rwandeses. Pero no quiere tener que seguir corriendo con los gastos de los problemas de los Estados vecinos y de los problemas socioeconómicos y de seguridad negativas que ello comporta para su propia seguridad.

Como ya lo hemos dicho, pensamos que la comunidad internacional debe hacer todo lo necesario para dar seguridades a nuestra población, ayudando a los Gobiernos de Rwanda y Burundi a tomar todas las disposiciones necesarias con el fin de garantizar el retorno rápido y la reintegración de los refugiados a su medio de origen. Reafirmamos aquí nuestra decisión de actuar para la creación de un clima de paz en la subregión y para aportar nuestra contribución a todas las tentativas de reconciliación encaminadas a garantizar allí la seguridad mutua.

Pero no podemos continuar preocupándonos nosotros solos de la presencia de estos refugiados en nuestro suelo. No podemos asumir solos las obligaciones que nos imponen los deberes humanitarios y los acuerdos firmados.

En nombre de mi Gobierno deseo aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a la Sra. Sadako Ogata, Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Refugiados y a su Comité Ejecutivo por los esfuerzos que despliega con medios limitados para resolver el problema de los refugiados en la región de los Grandes Lagos, así como por su ayuda con miras a la rehabilitación del aeropuerto de Bukavu y del puerto de Uvira.

Nuestro agradecimiento va dirigido también a los países miembros de la Unión Europea que han anunciado contribuciones con miras a la reparación de las rutas al norte y al sur de Kivu antes de la organización de las elecciones.

En el decenio de 1960 pocas estructuras rectoras en los países del sur parecían tener un especial apego al vínculo

estrecho entre democracia y desarrollo, democracia y derechos humanos o derechos humanos y desarrollo.

El tiempo ha hecho su trabajo y la experiencia de la gestión difícil de nuestros países ha dado sus lecciones. Hay más conciencia en cuanto a gestionar el crecimiento y la riqueza que la degradación y la pobreza. No basta consumir lo que producen otros; es preciso también aprender a producir lo que uno consume. Heredar infraestructuras y formas de vida establecidas por otros es una cosa, pero concebir por sí mismo sus propios marcos comunitarios e imponer sus propios límites es cosa distinta.

Por todo ello el hombre sigue siendo el medio indispensable. El hombre cuyos derechos y libertades son burlados, el hombre que tiene conciencia de no contar en la gestión de los asuntos nacionales vuelve la espalda a las esferas dirigentes, al esfuerzo nacional para el desarrollo, y no tiene relación con su realidad cotidiana. Muchos de nuestros países en los últimos 30 años han experimentado de la indiferencia de este hombre cuyos derechos y libertades no se tenían en cuenta.

Hoy en día, a favor de la debacle económica y social, se ha comprendido y se admite el vínculo que existe entre los derechos humanos, la democracia y el desarrollo. Más que un don de La Baule, y sin desconocer el mensaje de La Baule, para un hombre de calidad el proceso de democratización en África debe ser comprendido como un hecho de conciencia, una toma de conciencia. Y es así que este proceso se torna realmente irreversible.

En la República del Zaire, cinco años de transición difícil han hecho daños enormes en los planos político, institucional, económico y social. Es por ello que en la esfera internacional no hemos podido asumir plenamente nuestro lugar en el concierto de las naciones libres. En lo interno no pudimos asumir cabalmente nuestras responsabilidades para hacer frente a las preocupaciones sociales y económicas de nuestra población.

Decidimos entonces poner una cruz sobre el pasado. Esperamos ahora asumir nuestras responsabilidades y aportar nuestra contribución a la solución de los problemas que enfrenta la comunidad internacional, por lo menos a través de nuestros análisis.

Tenemos la intención de consolidar nuestras relaciones con todos los países amigos, en especial con nuestros socios tradicionales, para hallar en forma conjunta las soluciones



adecuadas a los problemas que afectan a nuestras relaciones. Al mismo tiempo esperamos dar un contenido consecuente, auténtico y útil a la diversificación de nuestras relaciones exteriores con miras al desarrollo.

En el plano interno, mediante otro tipo de gestión, del que ya habló nuestro Primer Ministro en septiembre de 1994 y en el contexto de las libertades reencontradas, esperamos poder responder a las aspiraciones de nuestro pueblo, que desea una mejor calidad de vida. Y esa es la auténtica prioridad.

La democracia no significa libertinaje y el estado de derecho implica que todos los ciudadanos estén sometidos sin distinciones a la ley. En nuestros países, la educación de un mayor número de personas, el cambio de mentalidades, el aumento del nivel general de los conocimientos y de la cultura política y democrática son cargas que reclaman los modestos recursos financieros del Estado, luego de las próximas elecciones para fortalecer la democracia, el estado de derecho y el progreso.

Al mismo tiempo que el Gobierno se dedica a crear condiciones jurídicas seguras y un medio ambiente favorable a la creación de una cooperación fructífera y mutuamente ventajosa, deseamos contar también con nuestros socios exteriores y con las instituciones financieras internacionales —es decir, la comunidad internacional—, para poder hacer frente al reto del desarrollo. El orden institucional actual en nuestro país se corresponde con lo que nuestro pueblo ha deseado mediante el conjunto de su clase política para poder salir de forma racional y metódica de la crisis.

Pero nuestros esfuerzos no son suficientes. Por eso pedimos una ayuda que acompañe al proceso de democratización ya que, desafortunadamente, la adhesión de las poblaciones a los esquemas políticos es también función de una solución concreta de sus preocupaciones cotidianas. Como lo subraya la Declaración de Mafé, con un apoyo mutuo las fuerzas internas y externas que ponen en peligro a las nuevas democracias podrán ser vencidas. Las Naciones Unidas, por lo tanto, tienen el deber de apoyar los esfuerzos que hacen los gobiernos, entre ellos el del Zaire, para promover y consolidar las democracias nuevas o restablecidas.

La eliminación de la pobreza y de la miseria en todos los países, y en especial en los países en desarrollo, ha pasado a ser uno de los objetivos prioritarios del desarrollo para el decenio de 1990, de conformidad con las resoluciones 47/196 y 47/197 de la Asamblea General. Y el año

1996 fue proclamado Año Internacional de la Erradicación de la Pobreza. Ello honra a nuestra Organización.

En el transcurso de los últimos 50 años, las Naciones Unidas han desplegado importantes esfuerzos tendientes a intensificar la cooperación económica internacional. En particular, aprobaron la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados y la Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional —basado en la justicia y la equidad— y el Programa de Acción respectivo a dicha Declaración. No obstante, las relaciones comerciales entre los países desarrollados y los países en desarrollo siguen indicando un desequilibrio cuyo mantenimiento e incremento hoy ya hacen correr el riesgo de que constituyan una amenaza real a la paz.

En África, los esfuerzos emprendidos a nivel nacional, subregional y regional para romper el círculo vicioso de la pobreza no han tenido un apoyo suficiente de la comunidad internacional. Golpeada por una crisis sin precedentes, África, desde hace años, gime bajo el peso de la deuda y sufre los efectos de la degradación de los precios de los productos básicos exportados y del deterioro de los términos de intercambio, así como por el proteccionismo de los países desarrollados y la reducción de la asistencia oficial para el desarrollo.

Esta deuda constituye un verdadero freno para el crecimiento económico y para el desarrollo de África. La pesada carga de la deuda absorbe más de un tercio de los ingresos de exportación de nuestros países y representa un drenaje importante de recursos que, de otro modo, servirían para financiar el crecimiento y el desarrollo.

Para aplicar los programas de reforma económica, estabilización y ajuste estructural y para eliminar la pobreza, los países en desarrollo deudores necesitan movilizar los recursos indispensables para sus esfuerzos; nuevos aportes de recursos financieros y una asistencia financiera, en términos concesionarios, de los países acreedores y de las instituciones financieras multilaterales.

El alivio de la deuda se vuelve cada vez más inevitable para liberar los recursos nacionales y dar apoyo a las actividades necesarias para el desarrollo social. Las obligaciones que la deuda y su servicio imponen a nuestros países en desarrollo son tan alarmantes que es preciso abordar la solución de los problemas que provocan con un espíritu y un sentido especial de innovación y urgencia. Hace falta un esfuerzo de imaginación.

Es por ello que parece necesario y urgente evaluar los progresos realizados en las diversas instancias de las Naciones Unidas en cuanto al establecimiento del nuevo orden económico internacional, a fin de tomar las medidas apropiadas, en función de los resultados de esta evaluación, para promover el desarrollo de los países en desarrollo y la cooperación económica internacional.

La República del Zaire desea vivamente que en este período de sesiones se consideren, en el marco del examen del subtema c) del tema 94 del programa, relativo a la crisis de la deuda externa y el desarrollo, las recomendaciones formuladas por los países no alineados en su reunión de Yakarta, celebrada del 13 al 15 de agosto de 1994. Se trata de la cuestión de las formas y los medios de resolver el problema de la deuda de los países en desarrollo y de promover su desarrollo armonioso.

Nadie ignora que la deuda externa de los países en desarrollo, en su actual nivel, no puede ser absorbida sin la cooperación de los países desarrollados y de las instituciones financieras internacionales, que deben ponerse de acuerdo sobre la creación de un nuevo orden económico mundial que tenga en cuenta los intereses vitales de los copartícipes. Los países del hemisferio norte también se beneficiarían haciendo un esfuerzo adicional y comprendiendo que el servicio de la deuda no se podrá atender sino en función de la capacidad financiera de los países deudores. En el contexto actual, exigir a éstos últimos el cumplimiento de todas sus obligaciones financieras hace correr el riesgo, pese a su buena voluntad, de que se termine en el colapso de sus economías.

El año 1995 ha sido proclamado Año mundial de la conmemoración por los pueblos de las víctimas de la segunda guerra mundial, y se ha formulado una exhortación a los Estados Miembros a que conmemoren solemnemente el quincuagésimo aniversario del final de la segunda guerra mundial. Este año también vamos a hacer un examen y evaluación, a mediados del período, de la Declaración del decenio de 1990 como Tercer Decenio para el Desarme. ¿Cómo recordar hoy a las víctimas de la segunda guerra mundial sin pensar en las víctimas de la guerra en la ex Yugoslavia, en Liberia, Somalia, Rwanda, Burundi y otras partes? ¿Cuándo recordaremos a las víctimas de esas guerras? No hay una eliminación de vidas humanas más apropiada que otras.

Se supone que las Naciones Unidas deben salvar a las generaciones presentes y futuras del flagelo de la guerra, ¿pero de qué guerra, de qué forma de guerra? Es cierto que la guerra, en la que forma que se produjo desde 1939 a

1945, no ha vuelto a ocurrir, ¿pero podemos afirmar hoy que el hombre ha sido educado en un espíritu de paz? Para poner al mundo a salvo del flagelo de la guerra se debe reemplazar el instinto de guerra por el espíritu de paz. Si esto no sucede, cualquier progreso que se logre seguirá siendo frágil.

Las Naciones Unidas ofrecen la posibilidad de considerar, desde una perspectiva mundial, las cuestiones de la guerra y de la paz y la seguridad, y siguen siendo un instrumento esencial para la realización de los objetivos del control de armamentos y el desarme. Pero antes es necesario impedir que se produzcan situaciones de conflicto y tirantez. Es necesario crear un sistema eficaz de seguridad colectiva, que permita a los Estados reducir su capacidad militar. Ya no es suficiente con limitar los armamentos y promover el desarme mediante la regulación de los armamentos y el establecimiento de un equilibrio de fuerzas a niveles más bajos. No es así que las Naciones Unidas realizarán el objetivo del desarrollo para todos, que es el nuevo desafío importante que enfrenta la Organización. Es necesario volver a crear la confianza en las relaciones internacionales.

Es preciso realizar un esfuerzo creativo para que el desarme vaya acompañado por objetivos de paz, seguridad y desarrollo en el mundo. En este contexto, creemos que la Convención sobre la prohibición del desarrollo, la producción, el almacenamiento y el empleo de armas químicas y sobre su destrucción —el primer tratado mundial de desarme verdaderamente verificable— ofrece una pista. En efecto, la Convención da mayor seguridad a todos los Estados, merced a la eliminación total de toda una categoría de armas de destrucción en masa. Esperamos que esta Convención pronto cuente con el número requerido de ratificaciones para entrar en vigor y convertirse así en una norma común para todos los Estados.

Desde que se inscribió en el programa de la Asamblea General, en 1973, el tema relativo a la restitución de los bienes culturales a sus países de origen, hemos observado con satisfacción el interés constante y creciente que le atribuyen los Miembros de las Naciones Unidas. A la promoción de las negociaciones bilaterales para el retorno o la restitución de los bienes culturales se ha añadido la Convención sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, exportación y transferencia de propiedad de bienes culturales, cuyo número de miembros aumenta sin cesar.

No obstante, la cantidad y la calidad de los bienes culturales “devueltos” o restituidos a sus países de origen

sigue siendo insignificante en relación con la importancia que la Asamblea General de las Naciones Unidas acuerda a esta cuestión. Las promesas que han hecho al Zaire los países que siguen teniendo en su poder obras de arte y otros tesoros culturales de mi país, así como piezas de museo y archivos esenciales para preservar y enriquecer los valores culturales, hasta ahora no han sido cumplidas totalmente.

Pedimos al Secretario General que, en cooperación con el Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), haga todo lo posible por lograr que esos países honren sus compromisos, a fin de que se cumplan los objetivos que persiguen las Naciones Unidas y los países de origen.

Deseo pleno éxito a la Asamblea General en los trabajos del quincuagésimo período de sesiones y larga vida a las Naciones Unidas.

**El Presidente** (*interpretación del inglés*): Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, Su Excelencia el Sr. Luis María Ramírez Boettner.

**Sr. Ramírez Boettner** (Paraguay): Ante todo, expreso mis saludos cordiales al Presidente de la Asamblea General, Sr. Diogo Freitas do Amaral y le manifiesto mis congratulaciones por su elección. Le ratifico la seguridad de la mejor colaboración del Paraguay.

Sumo mi reconocimiento y satisfacción al Sr. Embajador Amara Essy, de Côte d'Ivoire, por el modo como ha logrado dirigir la labor del período de sesiones de la Asamblea General apenas hace poco terminado.

Al mismo tiempo, me satisface patentizar al Secretario General Sr. Boutros Boutros-Ghali, las felicitaciones que le traigo en representación del Gobierno y del pueblo paraguayos por el loable esfuerzo realizado. Le ratifico una vez más en el nombre del Paraguay y del Presidente de la República, Juan Carlos Wasmosy, el pleno apoyo a las Naciones Unidas ya que el Paraguay ha sido cofundador de las mismas.

Estamos viviendo un año excepcional, importante y fausto: el primer cincuentenario de las Naciones Unidas.

He sido yo uno de los afortunados testigos del nacimiento de la Organización al promediar la segunda guerra mundial. La vida me condujo luego a trabajar 25 años como funcionario dentro de la estructura creada. Creo que las

Naciones Unidas han satisfecho esencialmente el anhelo de paz y seguridad, han hecho un esfuerzo por la implantación de un orden jurídico internacional más equitativo y han contraído un compromiso con el desarrollo de todos los pueblos de la Tierra.

Sin lugar a dudas, deberíamos confesar que no obstante los empeños puestos en lo que se refiere a la esfera de los logros políticos, no podemos atesorar todos los éxitos que habíamos anhelado.

Por el contrario, en el campo económico y social en que el Secretario General y los diversos organismos del sistema de las Naciones Unidas pueden tomar decisiones propias, resulta inmenso el caudal de grandes logros, algunos de ellos verdaderamente extraordinarios. A título de ejemplo evocamos la Convención sobre el Derecho del Mar, los éxitos en cuanto a la descolonización, el sostén invariable y universal de los derechos humanos individuales y colectivos, la apertura y liberalización para el comercio internacional, la inmensa masa de datos estadísticos recogidos y dados a conocer en demografía, economía, salud, educación, etc.

Sin pretensión de excluir nada, recalco nuestra admiración por la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, de Río de Janeiro; la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, de El Cairo; la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, de Copenhague; la Cumbre Mundial en favor de la Infancia; la recientemente concluida Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing; y, la no menos deseada y esperada Hábitat II. La contribución que estas Cumbres y Conferencias han hecho a la humanidad es realmente histórica.

Destaco, por otra parte, el alto aprecio de mi Gobierno para con el informe del Grupo de Trabajo independiente sobre el futuro de las Naciones Unidas, muchas de cuyas observaciones y recomendaciones compartimos.

A este respecto destacamos, para ser breves, solamente el capítulo segundo acerca del "Futuro sistema de las Naciones Unidas".

Acompañamos el pensamiento previo en lo referente al cambio necesario en favor:

"de un mundo de equidad y justicia, un mundo en que el adelanto económico sea compartido, un mundo en que las generaciones puedan vivir bien y en condiciones de seguridad, de paz consigo mismas y

con el medio ambiente del que depende su supervivencia misma.”

Comprendemos, sin embargo, como se dice en dicho documento que:

“el cambio no ocurrirá sin tropiezos” y que “con frecuencia hay una enorme distancia entre las soluciones ideales y lo que es políticamente posible”.

Sin pretender agotar la inmensa agenda de este período de sesiones, venimos a ratificar la necesidad que siente el Paraguay en el sentido de una mayor adecuación de las Naciones Unidas a las nuevas realidades cambiantes, al tiempo de apoyar aún más, si cabe, un mayor fortalecimiento del conjunto del sistema no sólo para preservar la paz mediante el derecho, sino también para fortalecer la seguridad por el camino del desarrollo armonizado e integral de todos los pueblos de la humanidad.

En esta línea de pensamiento, el Paraguay sigue apoyando la reforma de los órganos de las Naciones Unidas, fortaleciendo a la Asamblea General, democratizando el Consejo de Seguridad con la presencia de más miembros no permanentes y restringiendo la facultad del veto. Entre los nuevos miembros permanentes será insoslayable la representación equitativa para América Latina y otros continentes, entre los cuales citamos, por ejemplo, a Japón, Alemania y Brasil.

Todo ello sería imposible si los Estados, según las contribuciones convenidas, no enfrentan positiva y conscientemente el serio problema del financiamiento del sistema. En la medida proporcional a sus posibilidades, el Paraguay se encuentra al día en el cumplimiento de su cuota y se permite recalcar la necesidad de racionalizar los recursos y mejorar la eficiencia administrativa de las Naciones Unidas.

También expresábamos en otro momento que la distribución de fondos para realizar programas y proyectos en el mundo por parte de las Naciones Unidas la veíamos desequilibrada en lo que concierne a la asignación de solamente el 8,66% de los programas para países de América Latina, en tanto que otras regiones disponen de 50,42% y 40,67%, respectivamente.

El Paraguay acompaña con atención todo el enorme esfuerzo realizado por las Naciones Unidas en lo que concierne a la paz y el desarrollo.

En cuanto al mantenimiento de la paz, quiere el Paraguay referirse a algunos asuntos puntuales.

Respecto al tema 27, me congratulo con la continuación de la apertura económica en la hermana República de Cuba. Es grato recordar que el gran héroe, poeta, político, escritor y maestro, Don José Martí, fue Cónsul General del Paraguay en Nueva York y que su aporte a mi patria ha sido entonces y sigue siendo hoy fecundo.

En esa perspectiva, el Paraguay reitera su total apoyo al Grupo de Río en cuanto a su declaración favorable al levantamiento del embargo a Cuba, ratificando que se solidariza con los cambios requeridos en concordancia con la voluntad popular y respetando, por nuestra parte, la libre determinación de los pueblos y el principio de no intervención.

En lo que concierne a la situación de Bosnia y Herzegovina, aprueba el Paraguay los diversos sucesivos cursos de acción promovidos por la Asamblea General y verificados por el Consejo de Seguridad, ya sea mediante los esfuerzos de la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas (UNPROFOR), como por medio de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados así como de otros organismos conexos.

No pierde mi patria la esperanza de que el vigor de la racionalidad y la inspiración de la compasión humana alivien, en la brevedad posible, los ingentes dolores y sacrificios de esos pueblos distanciados ahora por el odio y la violencia.

La preocupación en esa misma línea de pensamiento la comparte el Paraguay con toda la comunidad internacional en cuanto a los conflictos en Rwanda y Burundi y otras partes del continente africano.

Las muy diversas acciones de las Naciones Unidas en otras partes del planeta merecen nuestro respeto y apoyo. Sin pretender exclusión alguna nos referimos a las cuestiones suscitadas en El Salvador, Haití, el Iraq, Kuwait, Angola, Mozambique, Somalia, Sáhara Occidental, Liberia, el Líbano, Chipre, Camboya, Georgia, Tayikistán, etc. Las Naciones Unidas contribuyen o han contribuido así activamente con misiones de observación y asistencia o con fuerzas de mantenimiento de la paz en nuestro mundo tan convulsionado.

Seguimos esperanzados en el avance del proceso de paz entre Israel y sus vecinos árabes del Oriente Medio.

El Paraguay se congratula con los recientes acuerdos entre Israel y Palestina y hace votos para que pronto contemplemos nuevos logros al respecto en esas tierras signadas por haber sido la cuna de tres religiones universales y sus magníficas culturas.

Apoya, por supuesto, el Paraguay las tareas de las Naciones Unidas destinadas a conseguir el desarme, sea éste de armas convencionales, biológicas, químicas o nucleares. Expresa también el Paraguay en ese mismo terreno la preocupación que le causan las pruebas nucleares actuales que se realizan en una y otra parte.

La lucha contra el terrible flagelo del terrorismo la reclama el Paraguay, en un clima cada vez mejor concertado de cooperación internacional, para extirparlo en sus mismas raíces.

El Paraguay considera necesario mencionar su esperanza de que, como producto de las conversaciones entre las dos partes, pueda arribarse a un entendimiento justo y equitativo que resuelva la situación de la República de China, atendiendo al principio de la universalidad consagrado en la Carta.

La cooperación de las Naciones Unidas para el desarrollo implica un gigantesco esfuerzo de reestructuración y revitalizaciones en las esferas económica, social y otras concomitantes. En ese sentido exaltamos como muy provechosa la cooperación de las Naciones Unidas con el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y hacia otros conjuntos regionales. La cooperación horizontal merece ser destacada en particular.

La cuestión de convocar una conferencia internacional para el desarrollo nos parece de vital importancia, como una de las medidas necesarias tendientes a asegurar un crecimiento económico a largo plazo en todos los países y, en especial, en los países en desarrollo.

Las recientes perturbaciones financieras en nuestro continente, en que la deuda, los créditos y los capitales especulativos parecieran haberse concertado para provocar una crisis de grandes dimensiones, recientemente salvada, nos obligan a replantear en sus mismos fundamentos la exigencia de un desarrollo sostenible y de una eficaz y amplia cooperación económica internacional, como lo señalaran las conclusiones del Grupo de Río en su reciente reunión de Quito.

El Paraguay tiene la satisfacción de sostener ante esta Asamblea que su proceso democrático continúa consolidándose cada día. El Gobierno, acorde con la Constitución nacional, ha garantizado y garantizará todas las libertades y el cumplimiento de los pactos de derechos civiles y políticos que hemos suscrito.

No podemos dejar de señalar que la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en su conclusión sobre nuestro país, en 1995, ha dejado constancia de los logros del Paraguay en la materia.

Al mismo tiempo, no ocultamos las ingentes necesidades a que debemos responder. La transición democrática en nuestro país no ha contado con el apoyo material que esperábamos. Salvo el aporte de la Comunidad Europea y del Japón, hemos enfrentado los problemas socioeconómicos con nuestros propios recursos. Eso sólo podría explicar no haber solucionado todos los conflictos sociales.

Al asumir la tarea de encontrar las respuestas, reiteramos que la haremos sin apartarnos de los principios morales y de equidad y los de las Naciones Unidas, pero sí reclamamos un mayor apoyo de la comunidad internacional para nuestro desarrollo. Por ello, con estupefacción, no podemos dejar de indicar la indignación del pueblo paraguayo ante la pretensión de algunos bancos europeos y norteamericanos, que han presentado a tribunales de Suiza reclamos de deudas que jamás han sido suscritas por autoridades del Paraguay tienen su origen en operaciones fraudulentas, que han sido urdidas en Italia y que son investigadas y enjuiciadas en esos mismos países. El Paraguay ha honrado, y lo seguirá haciendo, todos y cada uno de sus compromisos internacionales, pero no puede jamás aceptar el pago de deudas ajenas a nuestra legislación y contrarias a todos los principios del derecho.

La reciente Conferencia del Grupo de Río, en Quito, ha levantado vigorosamente su voz en favor de inversiones productivas, desalentando las especulativas no creadoras de empleos, que lamentablemente son características de la época actual. En ese sentido, el Gobierno prosigue con sus proyectos en función de la hidrovía Paraguay-Paraná. No es la hidrovía un designio o un intento que vaya a crearse de la nada, sino que existiendo ya por obra de la naturaleza se impone mejorarla, sin amputarla, en caminos fluviales aptos para la plena navegación en toda época, y para el tránsito de personas y mercancías. La Cumbre ecológica de Río de Janeiro no hizo sino reforzar la conciencia paraguaya sobre la defensa del medio ambiente. Como la hidrovía ya existe naturalmente, no puede perjudicar a aquél, ya que —lo repito— no se lo va a vulnerar.

El MERCOSUR, unión aduanera ya desde el 1º de enero de 1995, complementa e integra las economías de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, con un mercado algo superior a 200 millones de habitantes y 12 millones de kilómetros cuadrados, el cuarto espacio regional de esa naturaleza en orden de magnitud en el mundo. El Tratado de Asunción, que le dio vida hace cinco años, se fundamenta en dos principios claves: democracia y solidaridad internacionales. Se trata de un esquema fluido de integración que busca abarcar a las economías de las hermanas repúblicas de Bolivia y Chile y eventualmente conjugarse con el Pacto Andino.

Está el Paraguay muy entusiasmado con las proficuas negociaciones que se llevan a cabo con la Unión Europea, con la vista puesta en una amplia zona de libre comercio que enmarcaría a Europa y el MERCOSUR. Con la brillante presidencia de España en la Unión Europea, se estudia ahora un amplio convenio de referencia que deseamos firmar en Madrid a fin de año.

El Paraguay está persuadido muy hondamente de que es menester avanzar en el proceso de creación de entidades supranacionales en el MERCOSUR, tales como una comisión de administración y un tribunal de justicia.

La presidencia *pro t  pore* del MERCOSUR, a cargo del Paraguay, cobij   la entrada en vigor de una unión aduanera progresivamente perfecta, así como el inicio del entendimiento con la Unión Europea. Acabamos de transferir esta presidencia *pro t  pore* a la República Oriental del Uruguay.

El Paraguay, dentro del MERCOSUR, lleva a la práctica una política de libertad de comercio, la más abierta de Sudamérica, habiendo logrado identificarse con el artículo octavo de la Carta del Fondo Monetario Internacional (FMI), que define como absolutamente sin restricciones el movimiento de capitales.

El Paraguay es consciente de que debe reducir el tamaño de sus fuerzas armadas para revertir esas inversiones en la esfera social, sin perder por ello condiciones necesarias de seguridad y sin menoscabar la eficiencia de aquéllas. Felizmente, hay comprensión de los mandos respectivos y cooperación para lograr esa transformación. En el Paraguay se estudia actualmente la posibilidad de que nuestras fuerzas armadas participen en operaciones de paz de las Naciones Unidas y ha comenzado a enviar oficiales a participar de los cursos correspondientes de entrenamiento.

Los programas y proyectos financiados en nuestro país por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) suscitan nuestro reconocimiento. Al Fondo Monetario Internacional (FMI) le agradecemos sus consejos orientadores muy eficaces.

El narcotráfico no es problema del Paraguay, ni como productor ni como mercado consumidor. El narcotráfico es solamente un fenómeno de tránsito hacia países industrializados, facilitado por su enorme frontera seca. Con su exclusivo esfuerzo y sin ayuda externa, lo combate frontalmente; ha habido al respecto éxitos significativos.

La corrupción pública y privada, plaga del mundo actual en los cuatro puntos cardinales del planeta, es atacada por iniciativa del Gobierno. A este propósito, el Paraguay apoya con convicción el proyecto de convención interamericana contra la corrupción, que ha presentado el Gobierno de Venezuela a sus socios del Grupo de Río.

El Paraguay se siente orgulloso de su aporte y su ubicación en el Grupo de Río. Este es un organismo flexible, surgido como medio de solucionar un conflicto preciso, que ha dado tan buenos resultados que ha continuado como ámbito donde se facilita un franco y amplio diálogo político que lo hace cada vez de mayor relieve e importancia. Su constitución por los fundadores originarios de la Organización de los Estados Americanos (OEA) lo troca en espacio político connatural, coherente y oportuno.

Nos alienta que la Cumbre de Presidentes de las Américas, realizada en Miami, haya evolucionado con sentido práctico, en particular en el encuentro ministerial de Denver, Estados Unidos, hace unos meses.

Antes de finalizar este discurso, quiere el Gobierno del Paraguay destacar el feliz entendimiento logrado con la República Argentina para la solución del problema ecológico que plantea el río Pilcomayo. La hermana República de Bolivia se suma ahora a un acuerdo tripartito para revertir tal problema en una fuente fecunda para el desarrollo regional, gracias a la cooperación de la Unión Europea.

El año pasado hacíamos referencia a la necesidad de crear dentro del Sistema de las Naciones Unidas un Fondo para el progreso de las ciencias y las tecnologías, en particular en los países en vías de desarrollo. A este respecto, queremos hacer un llamamiento especial a nuestros socios del Sur.

Sin ciencia y tecnología que impregnen a nuestras élites económicas, sociales y políticas no es posible el desarrollo. Es tan grande la brecha existente al respecto entre los países industrializados y los nuestros que es de justicia y necesidad imperiosa reducirla. Sobre todo, se trata de que logremos una transferencia gratuita de tecnologías agrícolas alimenticias capaces de permitirnos vivir en paz social.

Al cumplir 50 años las Naciones Unidas quedan atrás muchos hitos de la historia humana. Nudos que parecían imposibles de ser desatados hoy son cosas del pasado. Nos parece impensable una crisis nuclear, la amenaza que conviviera con casi dos generaciones del género humano. El mundo no puede ya ser explicado bajo la óptica de dos ideologías cuyo triunfo y derrota respectiva sólo podía resolverse con una gran guerra, felizmente superada.

El debate entre autoritarismo y libertad está terminado. Aunque existen grandes zonas del mundo que no disfrutan del goce pleno de los derechos fundamentales, no se discuten los beneficios de la libertad plasmados en las Declaraciones y Pactos de las Naciones Unidas.

Jamás se puede olvidar que desde 1819 hasta hoy ha habido 353 guerras, mas ninguna de ellas se produjo entre democracias arraigadas. Existe una generalizada y creciente conciencia de que muchos de los grandes temas sólo pueden ser resueltos con una mancomunidad de esfuerzos. Medio ambiente, mujer, educación, niñez y una gran mayoría de los puntos del programa de esta magna Asamblea son imposibles de solucionar con sólo el esfuerzo del Estado nación.

Esto mismo se replantea a diario. Ya no se piensa que hace escaso tiempo, cuando ya existía nuestra Organización, el debate pasaba por cuánto se reservaba al ámbito interno de los países, donde no se admitía la injerencia internacional. Si hoy se escribiera nuevamente la Carta se vería con asombro cuánto de lo que se dejaba a salvo en el Artículo II, párrafo 7, ha variado de manera definitiva.

Todo esto sucedió en la era de las Naciones Unidas. Aún nos falta perspectiva para juzgarlo, pero estamos ciertos de que el resultado es positivo. No hemos retrocedido; ni siquiera nos hemos detenido. Se escuchan de nuevo voces que realzan los defectos de la Organización. Sus críticas serían ciertas si se pierde la perspectiva de los grandes cambios que, para bien de la humanidad, han ocurrido en la presencia y con el aporte de nuestra Organización. Mi país, por mi intermedio, ratifica su apoyo a las imprescindibles y necesarias reformas. Esta es nuestra

responsabilidad y nuestro mejor homenaje a los que la concibieron, la plasmaron y la desarrollaron. Pero estas mutaciones sólo podrán tener vigencia si se recuerda el "principio del sentido de la historia", como nos señalara el Secretario General Boutros Boutros-Ghali.

En estos últimos años los paraguayos, al reiniciar el camino de la democracia, creíamos que no sólo nos impulsaba el deseo de mejorar nuestra condición de vida, alcanzar los beneficios del progreso y asegurar el bienestar para nosotros.

Comprendimos que éramos parte de una aventura común, de raíces universales; que éramos una nación que para comprenderse necesitaba interpretar a las demás. Por ello, aquí —espero que para siempre— estamos ante ustedes con el convencimiento de que las grandes mayorías creen que con las Naciones Unidas se podrán alcanzar alguna vez, quizás muy pronto, nuevos cosmopolitismos.

Ese sentido de la historia nos obliga a pensar otra vez en términos del mundo, que será, por cierto, el nuevo trajinar, para que la moral pueda triunfar en la política, y que su separación fue sólo un momento de la vida de nuestra especie. Por cierto, parafraseando a Hegel, podemos decir: ¿Qué somos; ¿En qué nos convertiremos?

**El Presidente** (*interpretación del inglés*): El siguiente orador es el Secretario de Relaciones Exteriores de México, Sr. Angel Gurría, a quien cedo la palabra.

**Sr. Gurría** (México): Señor Presidente: Desde su fundación, México ha contribuido en forma comprometida y entusiasta al desarrollo positivo de las Naciones Unidas. Sin excepción, ha sido un eficaz promotor de los principios, la letra y el espíritu de la Carta de San Francisco. Hoy, México ratifica ante el mundo su compromiso indeclinable con la paz, el desarrollo y el entendimiento colectivo que anima a las Naciones Unidas.

*El Sr. Srithirath (República Democrática Popular Lao), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.*

Han transcurrido cinco decenios de diplomacia colectiva, de controversias sobre los alcances y los límites de la acción multilateral, de difícil ajuste de las Naciones Unidas a un mundo en cambio constante y vertiginoso. Cinco decenios en que la nave de las Naciones Unidas ha sufrido el embate frecuente de la intolerancia, del uso arbitrario e irracional del poder y de la fuerza y la violación abierta a las normas del derecho internacional. A pesar de estos embates, la nave continúa a flote, reúne hoy a 185 naciones

y es aún la mejor alternativa con que cuenta la humanidad para llevar a futuras generaciones a un puerto más seguro y más estable del que heredamos al fin de la segunda guerra mundial.

En estos primeros 50 años se han sentado las bases para construir una nueva civilización, una dimensión más elevada para la convivencia pacífica entre las naciones. Jamás en la historia contó el hombre con un instrumento tan universal y de tan largo aliento como las Naciones Unidas. El debate general en este cincuentenario es propicio para comprometernos con la preservación de estos logros y para plantear el perfil que deberán asumir las Naciones Unidas en el próximo siglo. Es claro que el mundo no puede prescindir de las Naciones Unidas, pero también es evidente que sus estructuras requieren un profundo ajuste para estar a la altura de los retos del presente.

El tema recurrente es la necesidad de llevar a cabo una reforma de la Organización, y los temas principales son, entre otros, los siguientes.

Primero, México estima prioritaria la tarea de avanzar en la reforma al Consejo de Seguridad y ha propuesto un incremento en la membresía del Consejo con estricto respeto al principio de representación geográfica equitativa en el contexto de una reforma real de sus métodos de trabajo, incluyendo la reconsideración del uso y la existencia misma del veto.

Segundo, las limitaciones a la actividad del Secretario General, que han coartado sus posibilidades de acción en forma muy significativa.

Tercero, la falta de cumplimiento de las obligaciones financieras por parte de un importante número de Estados Miembros.

Cuarto, la extrema burocratización de algunos de los organismos especializados del sistema de las Naciones Unidas y la falta de coordinación en sus acciones, así como la falta de apoyo político de los Miembros a otros organismos, como la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI), que cumplen funciones de gran utilidad.

El entusiasmo generado por el fin de la confrontación bipolar se diluyó con el surgimiento de grandes y dolorosos conflictos étnicos, religiosos y regionales, especialmente en la ex Yugoslavia y en varios países de África, a cuya solución debemos abocarnos con urgencia. Afortunadamente, existen áreas de optimismo como el avance en las

negociaciones en el Medio Oriente que esta Asamblea debe reconocer y continuar impulsando. Vemos con especial satisfacción el avance de las negociaciones hacia una paz firme y duradera en Guatemala, a la que el Secretario General y el Grupo de Amigos, entre ellos México, tanto han contribuido.

El tema del desarme ha sido por muchos años prioritario en la agenda de la comunidad internacional. Hace apenas pocos meses, acordamos la extensión indefinida del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares. Al mismo tiempo, reafirmamos por consenso importantes compromisos sobre desarme. Todos los Estados poseedores de armas nucleares aceptaron realizar

“esfuerzos sistemáticos y progresivos para reducir las armas nucleares a nivel mundial”  
(*NPT/CONF.1995/32 (Part I), pág. 11*)

con objeto de eliminar esas armas dentro de un programa de desarme general y completo. Ahora debemos fijar plazos para lograr esos objetivos y mantener una actitud vigilante de los compromisos asumidos, a través del mecanismo de revisión que aprobamos también en dicha Conferencia.

Sin embargo, prevalece una clara insatisfacción de la gran mayoría de los miembros de la comunidad internacional con el ritmo de las negociaciones sobre la materia. Parecería no existir la necesaria voluntad política para aprovechar la distensión entre las principales Potencias militares, para avanzar en los procesos de desarme. Persiste el temor de que este proceso pueda revertirse. Ello aconseja redoblar los esfuerzos para avanzar en temas de desarme, así como para dar atención a un programa específico de medidas de confianza mutua entre los Estados.

La conclusión, en 1996, de un tratado de aplicación universal que prohíba en forma absoluta los ensayos nucleares en todos los medios es la tarea prioritaria en materia de desarme. Este tratado, actualmente bajo negociación en Ginebra, debería quedar abierto para su firma antes del inicio de la próxima Asamblea General de las Naciones Unidas. Para acelerar el logro de este objetivo, los Estados poseedores de armas nucleares deben sumarse a la llamada “opción cero”, como ya lo han hecho Estados Unidos, Francia y la Gran Bretaña.

Preocupan sobremanera al Gobierno de México las recientes decisiones de la República Popular China y de Francia de realizar ensayos nucleares, a pesar de repetidos llamamientos de la comunidad internacional para que desistan de tales acciones. Condenamos dichos ensayos y



reiteramos nuestro respetuoso pero firme llamado para que estos países decreten una moratoria que permanezca vigente hasta la conclusión del tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares. Los Estados parte del Tratado de Tlatelolco y los países miembros del Tratado de Rarotonga presentarán a la consideración de esta Asamblea un proyecto de resolución en este sentido. Compartimos, además, la opinión de aquellos Estados que se han pronunciado en favor del inicio inmediato de negociaciones para la prohibición de la producción de material fisionable para armas nucleares que, por cierto, fue otro de los compromisos que se lograron por consenso en la Conferencia de examen y prórroga del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares.

Paralelamente a los esfuerzos en favor del desarme nuclear, se requiere impulsar también el proceso de desarme convencional. México apoya y promueve la negociación de acuerdos sobre desarme convencional que impriman transparencia y limiten la fabricación, comercio y transferencia de cierto tipo de armas convencionales a nivel regional y universal.

En la conferencia sobre armas convencionales que se celebra en Viena, México procurará que se prohíba no solamente el uso sino también la fabricación, el almacenamiento y la transferencia de minas terrestres y presentará propuestas sobre el uso de armas de pequeño calibre, bombas en racimo, *flechettes* y explosivos combustible-aire.

Así como el 50 aniversario de las Naciones Unidas nos lleva a reflexionar sobre lo alcanzado y respecto de lo que debemos modificar, cabe recordar que el año pasado fue también el cincuentenario de las instituciones creadas en la memorable reunión de Bretton Woods.

Los acuerdos que crearon el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial han promovido la cooperación económica durante las cinco décadas posteriores a su formación. La globalización de la producción, del comercio y, sobre todo, de las finanzas es sin lugar a duda un estímulo para el desarrollo económico, pero también puede ser causa de crisis que esas instituciones financieras no pueden enfrentar con eficacia en estos momentos.

México reconoce y agradece el apoyo de la comunidad internacional en la crisis financiera que ha enfrentado. Los enormes esfuerzos que el pueblo mexicano realiza día con día para resolver la situación, hubieran tenido que ser mayores de no contarse con el apoyo de la comunidad internacional, tanto de gobiernos amigos como de orga-

nismos multilaterales. Sin embargo, debemos reconocer que la crisis mexicana ha evidenciado la vulnerabilidad del sistema financiero internacional en su conjunto.

Para el Estado moderno, pero en particular para los países en desarrollo, la culminación exitosa de nuestro cambio estructural requiere de la estabilidad del sistema financiero internacional, del apoyo oportuno y suficiente que puedan brindarnos las instituciones financieras internacionales y de la capacidad de las mismas para detectar y prevenir las crisis del sector externo de los países miembros.

Permítaseme ahora un comentario sobre la situación económica en mi país. México decidió enfrentar directamente la problemática que causó la crisis financiera y establecer de inmediato, con el apoyo de la comunidad internacional, un estricto programa económico con energías, pero indispensables, medidas de ajuste.

Tomamos decisiones difíciles con un claro propósito: reconocer la necesidad del ajuste, mitigando al máximo posible sus costos y construyendo, al mismo tiempo, una nueva plataforma para el desarrollo sostenido de la economía.

Para estas fechas, la inflación en México muestra ya un claro descenso, al igual que las tasas de interés. La actividad productiva en sectores clave empieza a recuperar su dinamismo y la economía mexicana mantiene su proceso de transformación estructural a efecto de sostener e incrementar nuestra competitividad. La balanza comercial pasó de ser altamente deficitaria a ser superavitaria y continuamos en la búsqueda de otros espacios económicos en el mundo, sean éstos desarrollados o en desarrollo, para diversificar nuestro comercio.

Reconocemos plenamente los costos sociales de la crisis y aplicamos medidas para atenuar sus efectos. Sin embargo, para evaluar la situación correctamente no basta considerar sólo el costo de la actual política económica. Este debe compararse con el costo aún mayor que hubiese representado el no actuar con decisión ante tan grave coyuntura.

México seguirá insistiendo no sólo en la aplicación de los tratados en vigor, los principios de derecho reconocidos universalmente o las decisiones de tribunales internacionales, sino también en la importante contribución de algunas resoluciones de las Naciones Unidas al desarrollo del derecho internacional.

Por ello, denunciamos en esta tribuna, la más alta de la humanidad, los intentos de aplicar extraterritorialmente las leyes de un Estado en perjuicio de ciudadanos de terceros países, como pretende la mal llamada Acta para la Libertad y Solidaridad Democrática de Cuba. Apelamos al sentido de justicia, de equidad y de solidaridad internacional del Congreso de los Estados Unidos para impedir lo que constituiría, de aprobarse, una clara violación del derecho internacional y un precedente político inaceptable para el resto del mundo.

Como otra manifestación clara de nuestro compromiso con el imperio del derecho como norma de conducta y en respuesta al llamado del Secretario General en su documento titulado “Un programa de paz”, México estaría dispuesto a retirar la reserva formulada en su declaración de aceptación de la jurisdicción obligatoria de la Corte Internacional de Justicia, en la medida en que el resto de los países hagan lo propio.

México es partidario del principio de corresponsabilidad entre las naciones en torno a los grandes temas de la nueva agenda mundial: el mantenimiento de una paz justa en el mundo, la lucha contra la pobreza, la estabilidad financiera internacional, el libre comercio, el combate al narcotráfico, la reglamentación de los flujos migratorios con estricto respeto para los derechos humanos de los migrantes, el fortalecimiento de la democracia y la protección de los derechos humanos. Además, en forma selectiva, creemos apropiado plantear programas de acción a través de conferencias mundiales, como en el caso de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, celebrada en El Cairo; la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, celebrada en Copenhague; y la incorporación de la mujer a nuestra sociedad en un plano de igualdad, con base en la reciente Declaración y Plataforma de Acción de Beijing.

El consumo y el tráfico de drogas se han convertido en unas de las principales amenazas contra la salud y el bienestar de las sociedades; amenaza sus estructuras económicas, políticas y sociales. El narcotráfico y las actividades ilícitas que trae aparejadas, como el tráfico ilegal de armas, el lavado de dinero, el terrorismo, la corrupción y otras actividades delictivas, constituyen el más importante reto a la procuración de justicia en muchos países.

Es indispensable que la comunidad internacional redoble sus esfuerzos para eliminar la demanda, la producción, la oferta, el tráfico y la distribución ilícita de drogas. Resulta fundamental forjar nuevos consensos alrededor de una estrategia internacional contra el narcotráfico. Por esta razón, el Presidente de México, Sr. Ernesto Zedillo, ha

propuesto la celebración de una conferencia internacional destinada a proponer nuevas soluciones para enfrentar este problema. El décimo aniversario de la Convención de las Naciones Unidas contra el Tráfico Ilícito de Estupefacientes y Sustancias Sicotrópicas parece un momento especialmente oportuno para celebrar dicha reunión.

Confiamos en que esta Asamblea General encontrará mérito y plena justificación en nuestra propuesta, avalada ya por un significativo número de países y, desde luego, reafirmamos nuestra disposición para iniciar un diálogo amplio sobre el alcance y el contenido de esta iniciativa.

Nuevas formas de intolerancia, racismo y xenofobia amenazan la paz del mundo. Se requiere un urgente análisis por parte de las Naciones Unidas sobre la creciente importancia de los flujos migratorios internacionales en todas las regiones geográficas que hoy son víctimas de estas perniciosas actitudes. Hacemos un llamado a la comunidad internacional para entablar un diálogo que permita encontrar soluciones constructivas para este fenómeno, en un marco de pleno respeto a los derechos humanos y laborales de los migrantes y sus familias.

A partir de este debate general, las Naciones Unidas entran en un período tan lleno de incertidumbre como de oportunidades. El siglo XXI se distinguirá de todos los anteriores en que, por primera vez, tendremos la posibilidad de construir una verdadera civilización global y, por lo mismo, una serie de valores universales que guíen y modulen la actuación de todos los Estados. El surgimiento de una conciencia colectiva, el talento inagotable del ser humano y el ánimo de anteponer la negociación y el entendimiento a cualquier noción de fuerza o de imposición constituyen los pilares de un nuevo orden mundial, en el que tengan cabida las contribuciones más ricas y nobles de los pueblos.

En la etapa que ahora inician las Naciones Unidas, México mantendrá inquebrantable su apego a las mejores causas de la humanidad. En este empeño, aplicaremos la solvencia moral, la vocación pacifista y el carácter solidario del pueblo de México para construir un sistema internacional capaz de elevar la condición humana y de

garantizar su digna supervivencia, así como la del planeta que compartimos.

**El Presidente interino** (*interpretación del francés*): Doy ahora la palabra a Su Excelencia el Sr. Alexander D. Chikvaidze, Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Georgia.

**Sr. Chikvaidze** (Georgia) (*interpretación del inglés*): Señor Presidente: Permítaseme que comience expresando al Presidente mis más cálidas felicitaciones por haber asumido ese cargo en este importante período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en que se celebra el cincuentenario de la Organización. No cabe duda de que se trata de un merecido reconocimiento a su rica experiencia personal y a su notable contribución a la comunidad mundial.

Quiero expresar palabras de profundo agradecimiento al Secretario General, Sr. Boutros Boutros-Ghali, por sus dedicados esfuerzos orientados hacia la creación de un mundo más seguro, pacífico y coherente para las generaciones venideras, pero sobre todo por la atención minuciosa, la preocupación constante y la compasión personal que demostró por el destino de mi patria.

En nombre del Jefe de Estado, Sr. Eduard Shevardnadze, y del pueblo de la República de Georgia, quiero expresar nuestra gratitud a todos los Estados Miembros por el apoyo que han brindado a Georgia en uno de los momentos más dramáticos de su larga historia, y quiero asegurarle a la comunidad internacional que a pesar de un panorama político muy difícil, que últimamente ha incluido actos salvajes de terrorismo político, la nación georgiana continúa esforzándose para lograr su objetivo de democracia y estabilidad.

He tenido la fortuna y el honor de haber hecho uso de la palabra en ocasiones anteriores ante esta asamblea única, y siempre he notado que pese a que algunos de los problemas que afrontan nuestros países a nivel individual y nuestra comunidad en su conjunto persisten año tras año, la naturaleza única de este órgano mundial proporciona incentivos para analizar los problemas desde una perspectiva más optimista y para buscar soluciones nuevas e innovadoras. Ello es especialmente cierto en este año del aniversario.

Este Salón ha sido testigo de diferentes épocas y de diferentes acontecimientos, algunos de ellos preñados de tirantez y de tensión, cuando el mundo oscilaba al borde de la catástrofe. Sin exagerar, puede decirse que durante los 50

últimos años la historia de la humanidad se ha escrito entre estas paredes.

Afortunadamente, el enfrentamiento de la guerra fría ha quedado atrás, lo que ha allanado el camino para la formación de mecanismos de cooperación y asociación. Estos mecanismos necesitan tiempo para madurar y para demostrar su vitalidad. Pero el tiempo es un lujo del que pocos pueden disponer en esta época. Este proceso incipiente se ve obstaculizado también por muchos otros factores.

Entre dichos factores ocupa un lugar preponderante la existencia de una serie de países que están luchando para poder sobrevivir y al mismo tiempo están tratando de reformar sus empobrecidas economías. Esto crea una situación económica y social muy difícil, que a su vez lleva a la inestabilidad política, al conflicto étnico o civil y, en última instancia, a nuevas amenazas a la paz regional, lo que hace que los problemas individuales de los países pasen a ser motivo de preocupación para el mundo entero. En el caso de Georgia, este factor sumamente difícil se ve complicado aún más por el hecho de que el país no tiene acceso a las oportunidades globales en las esferas del comercio, la tecnología, la inversión y la información.

Ningún país en desarrollo —y no cabe duda de que Georgia es uno de ellos— dispone de los medios para superar las dificultades actuales sin ayuda ajena. Y si quedan librados a sus propios recursos, esos países seguirán inevitablemente el camino mencionado y pasarán a ser nuevas “heridas sangrantes” en el cuerpo del mundo.

La comunidad internacional está proporcionando una importante asistencia a Georgia y a los otros Estados recién independizados, por lo que le estamos muy agradecidos. Quiero mencionar en especial los fondos adicionales asignados recientemente al desarrollo y las amplias actividades del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en los países de la Comunidad de Estados Independientes.

Pese a ello, este problema tiene una magnitud mayor, y consideramos que su solución radica en la elaboración de un plan general para el desarrollo económico y social de una serie de países nuevos que involucre una acción vigorosa de la comunidad internacional y una considerable expansión del papel de las Naciones Unidas en la promoción del desarrollo y en la asignación de posibilidades adicionales con el fin de apoyar a los países que están transitando hacia una economía de mercado.

Una opción concreta podría consistir en la elaboración de programas generales de desarrollo para países individuales. Dichos programas deberían tener como objetivo las principales esferas de la economía y deberían estar basados en una evaluación minuciosa de las necesidades, las posesiones y las posibilidades de cada país. Establecerían las fechas, definirían las fuentes de financiación e integrarían la asistencia internacional y los esfuerzos de los Gobiernos nacionales. Los programas incluirían las actividades de las Naciones Unidas y de organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales en cada país. Un programa general de coordinación de esa índole nos permitiría identificar claramente las prioridades, establecer los objetivos y utilizar los recursos no aprovechados de cada nación. Asimismo, utilizaría en forma más eficaz la asistencia internacional y la buena voluntad, que, como todos comprendemos, no son infinitas.

La creación y aplicación de dichos programas generaría un beneficio adicional muy importante, ya que al ayudar a crear las bases para una economía sólida y creciente eliminarían en forma simultánea el caldo de cultivo para las guerras y conflictos internos de una manera mucho más eficaz que cualquier operación de mantenimiento de la paz.

La llama cruel y despiadada de la guerra que asola el territorio de la ex Yugoslavia constituye un vívido ejemplo de la discrepancia entre las realidades de nuestro mundo de hoy y los medios de que disponen las organizaciones internacionales. La muerte, el sufrimiento insoportable y la miseria que padecen decenas de miles de personas es el precio de dicha discrepancia.

Mientras la atención del mundo entero está centrada en el propósito de extinguir el fuego en los Balcanes, el territorio de la ex Unión Soviética se ha transformado en el escenario de acontecimientos no menos dramáticos e igualmente amenazadores para la seguridad internacional. Muchos de ellos se parecen peligrosamente a los de los Balcanes por el desarrollo de los acontecimientos y por su potencial destructivo para la estabilidad regional e internacional.

Una solución oportuna y justa de al menos uno de esos conflictos proporcionaría un ejemplo brillante y una fuerte motivación para la solución de los demás.

En la era pasada —y utilizo esta palabra adrede, ya que hemos sido testigos de un verdadero cambio de eras— a menudo se mencionaba a Georgia como un laboratorio en el que se realizaban experimentos audaces. Si bien Georgia

apenas tiene tiempo para hacer experimentos, esa tendencia continúa hasta ahora, con un caso que no tiene precedentes. Me refiero a las actividades conjuntas de los observadores militares de las Naciones Unidas y de las fuerzas de mantenimiento de la paz de la Comunidad de Estados Independientes en la región de Abjasia, en Georgia. Hasta el momento, este enfoque novedoso —o experimento, si se prefiere— ha producido escasos resultados valiosos. Lógicamente, esto nos impulsaría a buscar nuevas formas y métodos, pero no se debería excluir en absoluto una utilización más eficaz de las posibilidades existentes y ya probadas.

El sufrimiento interminable de Abjasia y de las 300.000 personas desplazadas diseminadas en todo el territorio de Georgia sigue pesando gravemente sobre todo el país y constituye otro factor importante que impide que Georgia emprenda plenamente el proceso de consolidación, reconstrucción y progreso de la nación.

Un arreglo justo del conflicto de Abjasia se pondría de dos aspectos igualmente importantes: el regreso incondicional de las personas desplazadas a sus hogares, y la definición de la condición política de Abjasia dentro de una Georgia unificada. Esto no constituye el deseo de nadie, ni siquiera es una cuestión de principio; es un hecho de la vida y algo que, tarde o temprano, se convertirá en realidad.

Pese a la experiencia amarga de la traición repetida, el Gobierno de Georgia nunca ha intentado recurrir a la fuerza militar, ni ha amenazado con ello, para resolver este problema. Siempre hemos estado comprometidos con una solución pacífica y negociada del conflicto. Sin embargo, es extremadamente difícil llevar a cabo negociaciones pacíficas con una parte que recurre a la “depuración étnica” flagrante y al genocidio como medios de consolidar sus ganancias ilícitas.

Además, los abjasios últimamente han llegado tan lejos que hasta prácticamente han paralizado el proceso de negociaciones, demostrando una intransigencia mayor de lo habitual. Es evidente que el régimen separatista está decidido a no transigir, y prefiere mantener el statu quo en la zona de conflicto. Cada ronda de negociaciones ha demostrado que los separatistas abjasios tratan de ganar tiempo, mientras fingen que están comprometidos con un arreglo negociado del conflicto.

Los líderes separatistas están esperando con impaciencia las elecciones parlamentarias y presidenciales de Rusia. Otorgan una gran importancia a los resultados de las mismas, dando por sentado que éstas traerán allí una

revisión de las prioridades políticas, dándoles una orientación más pro Abjasia.

Esa es la naturaleza del “separatismo agresivo”, que sigue con sus esquemas sombríos, haciendo caso omiso de la ley, la opinión pública internacional y las normas elementales de decencia humana.

El “separatismo agresivo” es un fenómeno relativamente nuevo que surgió de las ruinas del sistema comunista y está siendo alimentado por fuerzas políticas diversas. La particularidad del “separatismo abjasio” reside en su aparente utilidad para los objetivos políticos más ambiciosos de esas fuerzas. Esto hace posible que una minoría de la población de una república autónoma eche del país por la fuerza a la mayoría de la población autóctona.

Este aspecto de “separatismo agresivo”, que lo convierte en instrumento de planes políticos más amplios, tiene ramificaciones internacionales y constituye un peligro para la seguridad del mundo entero.

Todos reconocen el papel y las posibilidades especiales de Rusia en la resolución del conflicto de Abjasia, incluso los documentos pertinentes de las Naciones Unidas. Algunos acontecimientos recientes nos permiten abrigar la esperanza de que Rusia, finalmente, decida utilizar ese potencial para que se pueda lograr una solución amplia de este problema.

La comunidad internacional ha realizado muchos esfuerzos por promover una solución pacífica y justa del conflicto de Abjasia. En los últimos dos años, solamente el Consejo de Seguridad ha aprobado 13 resoluciones sobre Abjasia. Ciento treinta y seis observadores militares de las Naciones Unidas están destacados en la zona de conflicto. El Enviado Especial del Secretario General ha viajado repetidamente a esa zona y reiteradamente ha celebrado consultas con todas las partes.

En diciembre de 1994, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) publicó una Declaración en su cumbre de Budapest en la que los Estados participantes expresaban su profunda preocupación por la “depuración étnica”, la “deportación en masa de la población” y las “numerosas muertes de civiles inocentes”, términos específicos utilizados en la Declaración.

Se añaden a ello las varias declaraciones aprobadas en las cumbres de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) en Almaty y Minsk, en las que se denuncia toda forma de separatismo. Los Estados miembros de la CEI

asumieron la obligación de no apoyar ninguna forma de movimiento y régimen separatista en los territorios de otros países, y de no entablar con éstos relaciones políticas, económicas ni de otra índole. Tampoco permitirán que los separatistas utilicen sus territorios ni sus servicios de comunicaciones, ni les prestarán asistencia económica, financiera, militar, ni de ningún otro tipo.

En la cumbre de la CEI en Minsk, el mandato de las fuerzas de mantenimiento de la paz en Georgia se amplió para que gozaran de mayores derechos, de manera que pudieran facilitar el regreso ordenado de las personas desplazadas y proteger las estructuras vitalmente importantes.

La mera enumeración de todas estas medidas y actividades parece indicar que se han establecido cimientos políticos y jurídicos suficientes para resolver finalmente esta herida abierta. Sin embargo, las personas desplazadas siguen a la espera del retorno a sus hogares, sigue no habiendo garantías de seguridad y de condiciones de vida normales, y los dirigentes separatistas de Abjasia persisten en su propósito de convertir a Abjasia en una tierra sin georgianos.

¿Debemos, acaso, considerar que todas las resoluciones, decisiones y declaraciones mencionadas son esfuerzos fútiles con escaso valor aparte de constituir un apoyo moral? ¿O que la aprobación de las resoluciones del Consejo de Seguridad y su aplicación son dos hechos separados e inconexos?

Recuerdo una intervención muy emotiva del Representante Permanente de la República Checa, el Embajador Kovanda, en una de las reuniones del Consejo de Seguridad, en la que sugirió que había llegado el momento de llamar al pan, pan, y al vino, vino. Como dije, eso fue lo que se hizo en la Declaración de la OCSE en Budapest el año pasado, pero aún no se ha publicado en ningún documento de las Naciones Unidas sobre la situación en Georgia.

Además, el proceso de imponer la aplicación de las disposiciones de los documentos aprobados es muy poco estricto y, salvo muy pocas excepciones, no da resultado. Me doy cuenta de que estoy tocando algunos puntos sensibles de las actividades de las Naciones Unidas, pero la falta de movimiento respecto del conflicto de Abjasia me obliga a presentar la verdad desnuda y comenzar la transformación de las palabras en hechos.

En este sentido, quisiera hacer algunas sugerencias que creo contribuirán a la eficacia tanto de las palabras como de los hechos de las Naciones Unidas.

A nuestro criterio, las resoluciones de las Naciones Unidas, así como las de otras organizaciones internacionales, deben atribuir claramente una responsabilidad directa a los individuos, las organizaciones y los regímenes que sean culpables de desbaratar el proceso de resolución pacífica de los conflictos. Deberían declarar sin ambages que esas acciones, inevitablemente, entrañarán medidas punitivas apropiadas.

La primera de ellas debería ser una introducción de sanciones económicas severas y de otra índole, de conformidad con los Artículos 41 y 42 del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. La forma concreta de las sanciones destinadas a los territorios controlados por criminales también debería definirse claramente desde el principio, así como el hecho de que la población de esos territorios sólo tendrá derecho a recibir ayuda humanitaria, con un control internacional estricto. El caso de Abjasia es un ejemplo pertinente. El Gobierno de Georgia dispone de información que indica que se están almacenando armas y equipo pesado en algunas zonas del territorio controlado por la Misión de Observadores de las Naciones Unidas y los efectivos de mantenimiento de la paz de la CEI. El movimiento incesante de buques entre puertos abjasios y Estados de la región con la intención de abastecer a las bandas criminales, la libre circulación de los extranjeros y la operación ilegal de entidades comerciales tampoco se pueden tolerar.

Segundo, durante su historia, las Naciones Unidas no han demostrado energía suficiente como para tomar medidas obligatorias contra los que violan la paz y la estabilidad internacionales. En un documento reciente dedicado al cincuentenario de las Naciones Unidas, el Secretario General describe ese enfoque como algo deseable en principio y enumera los aspectos positivos y negativos que supone confiar esa tarea a los Estados Miembros. Queda mucho margen también respecto de la posibilidad de alcanzar el mismo objetivo por medio de las organizaciones regionales, especialmente en momentos en que la coordinación de las acciones entre las organizaciones internacionales cobra cada vez más importancia. La cooperación entre la Misión de Observadores de las Naciones Unidas en Georgia y la fuerza de mantenimiento de la paz, de la CEI, por ejemplo, podría beneficiarse de contar con elementos adicionales.

Respecto a esto, deseo señalar que el establecimiento de una representación permanente de la Comunidad de Estados Independientes en la Sede de las Naciones Unidas, dirigida por un diplomático dinámico y experimentado, sería muy beneficioso y deseable.

Tercero, consideramos que el establecimiento y puesta en marcha de una corte internacional penal es una prioridad. Las Naciones Unidas contribuirían enormemente al fomento del derecho internacional y la justicia, y la corte podría convertirse rápidamente en una herramienta potente de diplomacia preventiva, lo que a su vez, sería un factor muy importante para fortalecer la estabilidad internacional.

En numerosas ocasiones nos vemos reducidos a abordar los efectos de los acontecimientos, en lugar de las causas. En otras palabras, prestamos menos atención de lo que sería prudente o práctico a la diplomacia preventiva de las Naciones Unidas. Naturalmente, en el caso del conflicto abjasio, este punto carece de significación práctica, pero pueden extraerse conclusiones que serían pertinentes para el futuro. La diplomacia preventiva debe contar con mecanismos y sistemas que permitan a la comunidad internacional imponer su voluntad, en lugar de exponer la futilidad de sus iniciativas.

En mi intervención ante el Consejo de Seguridad el 12 de mayo de 1995, solicité una expansión de las funciones de los observadores de las Naciones Unidas a fin de acelerar la repatriación de los refugiados. Consideramos que era importante que se registraran y controlaran las violaciones de los derechos humanos. Esto disuadiría a los que pretendieran infringir la ley y mantendría a la comunidad internacional mejor informada sobre la situación en la región. Como para este tipo de labor especializada no serían adecuados observadores militares, sugerimos el establecimiento de un pequeño equipo de profesionales competentes, que trabajarían con los observadores en el desempeño de esta misión. El Gobierno de la República de Georgia acogió con beneplácito la decisión de establecer esa misión de vigilancia de los derechos humanos en Abjasia, República de Georgia, así como sus objetivos, presentados por el Secretario General en su informe de 7 de agosto de 1995.

Quiero aprovechar esta oportunidad para expresar nuestra satisfacción por la decisión del Secretario General de nombrar un adjunto a su Enviado Especial, quien residiría en Georgia, y por tanto, proporcionaría una presencia continua a nivel político superior.

Tengo otra sugerencia de carácter más administrativo. Sé que expreso la opinión de varios Estados que han alcanzado la independencia hace poco tiempo al solicitar que se halle algún mecanismo que permita la contratación de representantes de esos Estados en las organizaciones y programas del sistema de las Naciones Unidas, principalmente el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, y otros. El problema reside en que la mayoría de los programas y organizaciones han instituido una congelación en las contrataciones, que entró en vigor antes de que esos Estados fueran independientes. En realidad, la congelación en las contrataciones, por necesaria y útil que sea desde el punto de vista de la administración interna, representa para nuestros Estados un obstáculo en la representación normal de sus ciudadanos. Estaríamos muy agradecidos si se hallara ese mecanismo.

Han transcurrido tres años desde que el Jefe de Estado de la República de Georgia, Sr. Eduard Shevardnadze, planteó una serie de cuestiones muy delicadas en el cuadragésimo séptimo período de sesiones de la Asamblea General. Entre las propuestas se contaban la creación de un sistema de vigilancia mundial para la prevención temprana de los conflictos potenciales, el establecimiento de unidades especiales de cascos azules siguiendo el ejemplo de los equipos de la Organización Internacional de Policía Criminal, a fin de controlar y combatir el flujo de armas convencionales, y el establecimiento de una fuerza de reacción rápida. Desafortunadamente, los problemas que le impulsaron a presentar esas sugerencias se han agravado hoy y es necesario abordarlos urgentemente. Sabemos que existen muchas dificultades para aplicar algunas de esas medidas, y las dificultades financieras no son las menos importantes, pero inevitablemente, los costos se vuelven astronómicos cuando se deja que los problemas se agraven.

Recientemente se celebró en Tbilisi un foro bajo los auspicios de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, titulado "Solidaridad contra la intolerancia, para el diálogo entre culturas". Se celebró dentro del marco del Año Internacional de las Naciones Unidas para la Tolerancia. El objetivo principal del foro era hallar medios de resolver la situación en que se encuentran los países infectados por el virus de la intolerancia. Es simbólico que Georgia, un país conocido históricamente por su tolerancia, fuera el anfitrión del foro. Estoy seguro que todos comparten la opinión expresada en Tbilisi de que

"no podemos permitirnos ignorar la intolerancia porque la indiferencia y la complacencia equivalen a la complicidad."

La contribución de las Naciones Unidas al proceso del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales es enorme. Y sin embargo, en el mundo permanecen numerosas heridas abiertas. La sabiduría convencional haría a las Naciones Unidas las únicas responsables de no poder restañarlas, sin embargo, existen motivos mucho más profundos.

La raíz del problema de la ineficacia de las Naciones Unidas es la situación actual en el mundo. El sistema de coordenadas en el que nacieron las Naciones Unidas hace 50 años se ha visto alterado de manera drástica y precipitada por la desintegración rápida del mundo bipolar y la aparición de nuevas relaciones, nuevos problemas y nuevas amenazas a la seguridad mundial, así como a la seguridad de Estados Miembros individuales. En esta situación somos todos nosotros, los Estados Miembros, expresando la voluntad colectiva de las Naciones Unidas, quienes tenemos que determinar qué tipo de Naciones Unidas queremos ver al final del siglo y para los próximos 50 años, y qué medios estamos preparados a proporcionar a las Naciones Unidas para que sean eficaces en la nueva situación.

Como representante de una de las naciones atrapada en el propio vórtice de esos cambios, estoy seguro de que expreso la opinión de todos los georgianos al decir que mi país contempla a las Naciones Unidas con decepción, por no haber podido contribuir de manera significativa a algunos de nuestros problemas más acuciantes, pero también con la esperanza y el optimismo de que las Naciones Unidas finalmente podrán adecuarse a los cambios del mundo y hallarán la determinación y los medios para imponer su voluntad y el derecho internacional.

Esta esperanza está basada en el hecho de que las Naciones Unidas están celebrando su cincuentenario y consideramos que este es un momento no sólo de celebraciones y conmemoraciones, sino lo que es más importante, de reflexionar y planificar sus actividades futuras a fin de que pueda abordar los desafíos de los próximos 50 años y del siglo XXI.

**El Presidente interino** (*interpretación del francés*): Tiene la palabra el Viceprimer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de Irlanda, Su Excelencia el Sr. Dick Spring.

**Sr. Spring** (Irlanda) (*interpretación del inglés*): Para comenzar, deseo felicitar al Presidente por su elección a la Presidencia del quincuagésimo período de sesiones de la Asamblea General. Estamos seguros de que con su experiencia y distinción podrá guiarnos en nuestros debates en este período de sesiones histórico de la Asamblea General. Me complace especialmente transmitir mis felicitaciones al representante de un país con el que tenemos unas relaciones muy estrechas y amistosas como miembro de la Unión Europea.

Deseo felicitar a las partes del último acuerdo de paz en el Oriente Medio, que se firmará mañana en Washington. Para alcanzar este acuerdo, se ha precisado una gran capacidad de dirección, valentía y perseverancia por parte de los dirigentes palestinos e israelíes. En Irlanda continuaremos desempeñando nuestra parte en el proceso de paz, junto con nuestros asociados en la Unión Europea.

En el mismo espíritu, acogemos con beneplácito el acuerdo alcanzado ayer en Nueva York, que esperamos siente los cimientos de una paz duradera en Bosnia y Herzegovina y en toda la región.

Si resalto dos cuestiones al principio de mi intervención, estoy seguro de que se comprenderá que se debe a que esas dos cuestiones han creado una enorme resonancia en todo el mundo. La primera cuestión a la que me referiré es la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer. Irlanda sigue comprometida con el principio de que los derechos humanos son indivisibles, los derechos de uno son los derechos de todos. Ningún sistema basado en un compromiso universal con los derechos humanos puede sobrevivir si no se considera que los derechos de la mujer son un factor integral de la ecuación.

Las mujeres sufren desproporcionadamente los efectos de la guerra y los conflictos armados, sea como víctimas de la explosión de minas o como víctimas de la violación sistemática. Las mujeres y los niños conforman la gran mayoría de los más de mil millones de personas que viven en la pobreza en el mundo de hoy.

En la mayoría de las sociedades, las mujeres no pueden participar plenamente en los procesos decisorios ni tienen acceso equitativo al poder. Las mujeres siguen impedidas de ejercer plenamente sus derechos sexuales y reproductivos, incluido el recientemente reconocido derecho a controlar y decidir libre y responsablemente en asuntos relativos a su sexualidad, sin coerción, discriminación o violencia.

La Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada este mes en Beijing, abordó estos y otros temas de interés para la mujer. La Declaración y el Programa de Acción aprobados por la Conferencia plantean una tarea enorme a los gobiernos y a la comunidad internacional, que tendrán que superar los obstáculos que sigue enfrentando la mujer en todo el mundo. Esos instrumentos representan también un compromiso solemne de los gobiernos y de todo el sistema de las Naciones Unidas de adoptar todas las medidas necesarias para eliminar todas las formas de discriminación contra la mujer y superar todos los obstáculos a la igualdad de género y el avance y habilitación de la mujer.

En nombre del Gobierno de Irlanda, me comprometo aquí a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para asegurar que esos compromisos se cumplan y ejecuten.

El segundo tema a que me debo referir es la reanudación de los ensayos nucleares por parte de los gobiernos de Francia y China. Sería erróneo dirigirse a esta Asamblea sin mencionar decisiones que casi literalmente han sacudido al mundo entero.

En Irlanda, enfrentados a la ansiedad constante que plantean instalaciones nucleares envejecidas en la isla vecina, hemos tenido muchas ocasiones, a lo largo de los años, de conocer la inquietud que provocan los riesgos del poder nuclear. La gran mayoría de los irlandeses, por lo tanto, comprende fácilmente y comparte la honda preocupación de los pueblos del Pacífico meridional.

Tampoco podemos dejar de reconocer el desaliento y la desazón causados por la reanudación de los ensayos nucleares inmediatamente después de los resultados positivos logrados en la Conferencia de examen y ampliación del Tratado de no proliferación.

La conclusión de un tratado para la proscripción completa de los ensayos a comienzos del año próximo sigue siendo un imperativo absoluto.

Señor Presidente: Ocupa usted ese cargo en un momento excepcional en la historia de las Naciones Unidas.

El mes próximo, los Jefes de Estado y de Gobierno se reunirán aquí en un período extraordinario de sesiones. La Asamblea General, inspirada por el cincuentenario de su fundación, debe señalar una nueva y decisiva etapa de las Naciones Unidas.



El mundo se encuentra ante una serie de problemas nuevos y aterradores que exigen la adaptación de las Naciones Unidas y la revitalización de sus recursos. El distinguido representante de España, el Ministro de Relaciones Exteriores Solana, hablando en nombre de la Unión Europea, señaló esos desafíos en su intervención de ayer ante la Asamblea. Irlanda adhiere plenamente a sus comentarios.

Este cincuentenario coincide con una actitud más crítica para con las Naciones Unidas en muchos países. Existe una creciente inclinación a señalar las fallas y los fracasos, y no la historia de éxitos reales y sustanciales a más largo plazo. No podemos desconocer estas críticas, especialmente cuando provienen de muchos países que habitualmente son los más firmes defensores de las Naciones Unidas. Esta Organización, como cualquier otra, no puede sino beneficiarse de un examen riguroso y de la adaptación.

Pero ninguna organización puede por sí misma contar con una receta para eliminar el odio, el temor, la desconfianza y la división del mundo. Muchas de las fallas por las que con frecuencia se critica a esta Organización tienen más que ver con la falta de voluntad colectiva para demostrar la determinación, generosidad, coraje y tolerancia para estar a la altura de las obligaciones que le impone la Carta.

La Carta sigue siendo la piedra angular para construir el futuro, como lo fue para todos los logros de estos últimos cincuenta años.

Las Naciones Unidas ostentan un extraordinario historial en que basar su acción futura: han consagrado la obligación universal del respeto al derecho y la buena conducta entre los Estados como epicentro de sus relaciones internacionales; han servido de distinta manera en los largos años de la guerra fría para limar las asperezas de la rivalidad entre las grandes Potencias y reducir los peligros de un enfrentamiento mundial; sirvieron como marco indispensable para la negociación de cruciales acuerdos de control de armamentos que encierran la promesa de un mundo libre de armas de destrucción en masa; facilitaron el proceso de descolonización y ayudaron a dismantelar el *apartheid*; evitamos numerosos conflictos mediante sus operaciones de mantenimiento de la paz y restablecieron la estabilidad en numerosas partes del mundo; fijaron las normas internacionales básicas en materia de derechos humanos y supervisan su observancia; se han empeñado en eliminar la pobreza, aliviar los sufrimientos y la miseria, y mejorar la salud y el nivel de vida de millones de los habitantes más vulnerables del mundo.

Y podemos preguntarnos por el pasado reciente. Las Naciones Unidas han alcanzado importantes logros en los últimos años. En Mozambique, Camboya, Haití y El Salvador, para citar unos pocos ejemplos, los pueblos de esos países abrigan hoy nuevas esperanzas de un futuro mejor y más seguro.

Sin embargo, en los conflictos locales y regionales, la experiencia de la Organización, ante circunstancias extraordinariamente complejas y penosas, ha sufrido serios reveses. La miseria humana provocada por las guerras en la ex Yugoslavia, Rwanda y Somalia conmovió al mundo.

Casi 50 años después de la adopción de la Declaración Universal, la violación de los derechos humanos sigue siendo un grave y difundido problema.

Con el resurgimiento de los conflictos regionales y las tensiones étnicas en muchas partes del planeta, nos hemos enfrentado prácticamente a toda violación imaginable de los derechos humanos.

En la guerra contemporánea, más del 90% de las bajas son no combatientes, que a menudo son el blanco elegido por su origen étnico o su fe religiosa.

Los niños, al igual que las mujeres, son especialmente vulnerables. En los últimos diez años, casi 2 millones de niños murieron en guerras y más de 5 millones fueron forzados a vivir en campamentos de refugiados. En las guerras mueren más niños que combatientes.

En el momento actual, en todo el mundo, hay casi 30 millones de refugiados y desplazados que requieren asistencia. En la región de los Grandes Lagos de África, al agravarse la pesadilla de los refugiados, se requiere una acción urgente y concertada para evitar el peligro de nuevas tragedias.

La escala de estos problemas ya supera los límites de nuestra capacidad de reacción y pone sobre el tapete el tema de la credibilidad de las Naciones Unidas. Es teniendo en cuenta este panorama que los Estados Miembros debemos revitalizar a las Naciones Unidas y su misión, y dotarla de los medios para reaccionar con vigor y determinación ante las nuevas crisis que constantemente surgen.

Ello exige mejorar la capacidad de reacción ante las emergencias humanitarias. Pero también significa abordar más eficazmente sus causas de fondo, la pobreza y la miseria; evitar los conflictos antes de que estallen y

contenerlos y resolverlos más rápidamente cuando no se pueden evitar.

Un Programa de Paz y Un Programa de Desarrollo del Secretario General son documentos fundamentales que establecen prioridades claras y un programa de acción.

Una de las muchas lecciones amargas que deberemos recoger de la reciente experiencia en Rwanda y Bosnia es que el tradicional despliegue de unidades de mantenimiento de la paz no constituye ya, de por sí, una respuesta suficiente al tipo de crisis que enfrentamos. En el pasado, las operaciones de mantenimiento de la paz estaban primordialmente vinculadas a supervisar cesaciones del fuego entre Estados miembros, a la espera de que las gestiones diplomáticas resolvieran los aspectos políticos de fondo. Lamentablemente, ya no es así: 11 de las 13 operaciones emprendidas desde 1991 abordaban conflictos internos.

Cada vez más, los contingentes de mantenimiento de la paz se encuentran actuando en situaciones en que se ha derrumbado el gobierno y el orden civil. Ya no hay puntos de referencia claros para esas operaciones, que se han tornado política y logísticamente más complejas y financieramente más onerosas.

Es preciso introducir una serie de mejoras a la gestión y conducción de las operaciones de mantenimiento de la paz. Quizá lo más urgente sea la necesidad de mejorar la capacidad de reacción de las Naciones Unidas para abordar emergencias repentinas o complejas.

Ya se han tomado iniciativas importantes a este respecto con la creación del sistema de reserva de las Naciones Unidas. Estos arreglos quizá se puedan extender a otras esferas para asegurar que la Organización pueda contar con toda una gama de opciones humanitarias, logísticas, de defensa civil y militar para hacer frente a las numerosas crisis que se le plantean.

Irlanda explora activamente la posibilidad de reunir un grupo humanitario de enlace integrado por expertos en una amplia serie de campos, que pudiera desplegarse con escasa anticipación ante los casos de emergencia.

También requieren mejoras el comando y el control de las operaciones de las Naciones Unidas. Es preciso prestar mayor atención a garantizar que la distinción entre el mantenimiento de la paz y la imposición de la paz no se desdibuje al diseñar los mandatos de las operaciones, si se desea mantener la confianza y la disposición de los países que aportan efectivos a seguir haciéndolo.

Las organizaciones regionales pueden desempeñar una función valiosa en respaldo de las actividades de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas. Por cierto que es esencial que dichas organizaciones, al desempeñar su función, lo hagan estrictamente de acuerdo con el mandato que establezca el Consejo de Seguridad. Las Naciones Unidas también podrían aprovechar el apoyo de las organizaciones regionales, como lo prevé la Carta, pero al hacerlo no deben renunciar a su control y responsabilidad globales.

Mi delegación comparte las preocupaciones que ha expresado el Secretario General respecto a la seguridad del personal de las Naciones Unidas sobre el terreno. Quisiéramos que la convención internacional sobre la seguridad del personal de las Naciones Unidas y personal conexo entrara en vigor lo más pronto posible.

Nuestra preocupación se extiende a todo el personal que se encuentra en situaciones de peligro, incluidos los expertos humanitarios que trabajan con las organizaciones no gubernamentales, que con frecuencia son los primeros en llegar al terreno y, a menudo, en las fases más peligrosas de una emergencia.

En base a las recomendaciones del Secretario General tenemos que volver a examinar cómo podemos desarrollar la capacidad de las Naciones Unidas para la diplomacia preventiva, alerta temprana y mediación, y para la intervención oportuna en las controversias antes de que se acrecienten y queden fuera de control.

Irlanda sigue creyendo que la tarea de prevenir los conflictos se vería facilitada también mediante la creación de un órgano de mediación que trabajase estrechamente con el Secretario General y con el Consejo de Seguridad.

El envío de equipos especiales de asesores y monitores a las zonas de crisis y tensión debería llevarse a cabo sobre bases más seguras y regulares que en el pasado. Creo que una pequeña inversión en esto se vería amplia y rápidamente retribuida.

Existe una aceptación creciente de que las violaciones del derecho humanitario constituyen amenazas a la paz y la seguridad. La cuestión de la creación de una corte internacional criminal permanente es, por consiguiente, más evidente que nunca. Es sólo mediante un órgano de esta índole que la comunidad internacional puede demostrar efectivamente que las violaciones en masa de los derechos humanos nunca quedarán sin castigo.

La comunidad internacional está intentando quebrar la pauta de violencia en Rwanda y la ex Yugoslavia, asegurándose de castigar a los culpables de abusos de derechos humanos y de establecer normas mínimas de rendición de cuentas con el fin de disuadir a futuros delincuentes. Hemos respondido correctamente mediante la creación de equipos de supervisores de los derechos humanos de las Naciones Unidas así como de tribunales especiales para juzgar a quienes hayan cometido estos crímenes. Este es un buen inicio.

También es necesario diseñar medidas que amplíen la vigilancia y proporcionen una alerta temprana ante situaciones potenciales de abuso de derechos humanos. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, apoyado por los supervisores de derechos humanos, ya está desempeñando un papel clave para hacer frente a este objetivo. Debe contar con nuestra plena cooperación y un apoyo financiero adecuado.

La promoción de la universalidad de los derechos humanos logró un avance significativo con la Declaración de Viena y el Programa de Acción. Sin embargo, nuestras preocupaciones son que la aplicación habrá de perjudicarse a menos que haya un aumento significativo del presupuesto ordinario dedicado a las actividades de derechos humanos.

Como una demostración de nuestro propio compromiso nacional, el Gobierno irlandés ha aumentado este año en forma sustancial su contribución a los distintos fondos voluntarios de las Naciones Unidas en la esfera de los derechos humanos.

Ha llegado la hora de que las Naciones Unidas presten más atención a la construcción de los cimientos para la paz mediante el desarrollo.

Como parte del proceso de renovación necesitamos trabajar en asociación para lograr un nuevo enfoque en la cooperación para el desarrollo, una cooperación que corrija los desequilibrios y que tenga por objetivo el desarrollo humano sostenible para todos.

Irlanda en todo momento apoyó la elaboración de un programa para el desarrollo y esperamos con gran interés el resultado pertinente y sustantivo.

La mayoría de las zonas de inseguridad en el mundo se encuentran en países en desarrollo y la Carta reconoce claramente que la falta de desarrollo es una de las raíces de los conflictos entre los Estados.

En 1995 se cumplen 150 años de la gran hambruna en Irlanda, una catástrofe de proporciones ingentes que tuvo una repercusión duradera y profunda en la vida irlandesa. Su recuerdo sigue plenamente vivo y ha reforzado el compromiso irlandés para la prevención de catástrofes similares en otros sitios del mundo.

Si bien muchas partes del mundo, incluido mi propio país, han visto grandes avances sociales y económicos en los últimos 50 años, el mundo en desarrollo, especialmente en Africa, todavía no disfruta de las ventajas de estos avances. ¿Cómo podemos explicar el hecho de que, en un mundo de abundancia, una quinta parte de su población sigue acostándose con hambre?

A principios de este año, la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social convino un enfoque consensuado para el desarrollo de normas internacionales en las esferas económica, social y conexas. Ahora tenemos que actuar tanto a nivel internacional como nacional para ejecutar los compromisos y consolidar los logros.

En años recientes se han presentado nuevas oportunidades para el desarme. Deberíamos ahora actuar con decisión para aprovecharlas.

Nunca la presencia continuada de ingentes arsenales de destrucción en masa ha estado tan desfasada respecto a las esperanzas y aspiraciones de la comunidad internacional. Nunca la lógica en que se basa la disuasión nuclear ha tenido tanta necesidad de una revaluación crítica fundamental.

Ha habido avance en algunas esferas. El Tratado sobre la no proliferación ha pasado a ser permanente y sus partes son más responsables. Todos los participantes en el Tratado sobre la no proliferación aceptaron compromisos renovados sobre la no proliferación nuclear y el desarme. Mi país espera que todos los Estados poseedores de armas nucleares, y en particular los cinco Estados miembros permanentes del Consejo de Seguridad, se mantengan fieles al espíritu y la letra de esos compromisos.

Celebramos el progreso que se está llevando a cabo para un tratado de prohibición completa de ensayos. Su conclusión el año próximo será bien acogida por la opinión pública de nuestros países y habrá de facilitar nuevos pasos en la esfera del desarme nuclear, en especial la conclusión exitosa de un tratado que prohíba la producción de materiales fisionables destinados a la producción de armas.

Irlanda está profundamente comprometida a poner coto al flujo excesivo de armas convencionales en todo el mundo y apoyamos el objetivo de una prohibición de minas terrestres antipersonal, la cuales han causado sufrimientos a civiles en enorme escala. La elaboración de un código de conducta de las Naciones Unidas sobre la transferencia de armas convencionales, que propuse a esta Asamblea, sigue siendo un valiosa prioridad práctica para desarrollar controles internacionales sobre la corriente de armas convencionales.

En el desempeño de su misión y el cumplimiento de sus responsabilidades conforme a la Carta, las Naciones Unidas deben también comenzar un proceso de reforma y renovación institucional. Esto debe comenzar con el Consejo de Seguridad. Éste debe ser ampliado con el fin de aumentar su eficacia y su capacidad de actuar, claramente y sin ambigüedades, como expresión de la voluntad común de los Estados Miembros.

La ampliación debería mejorar la índole representativa del Consejo de Seguridad, teniendo en cuenta el surgimiento de nuevas potencias económicas y políticas, así como el aumento del número de Miembros de las Naciones Unidas. Debería mejorarse también la representación geográfica equitativa y no disminuir la posibilidad de que los Estados más pequeños puedan prestar servicios. La ampliación debiera tener lugar tanto en la categoría de miembros permanentes como no permanentes. Después de dos años de debate hemos llegado al punto en que deberíamos comenzar a aclarar los elementos de una solución equilibrada.

El Secretario General ha indicado muy claramente que la Organización se ve frente a una crisis financiera sin precedentes. ¿Cómo podemos esperar que las Naciones Unidas cumplan con las responsabilidades que le han sido conferidas por los Estados Miembros, si los propios Estados Miembros no tienen la voluntad de responder a sus obligaciones básicas conforme a la Carta para proporcionar los recursos necesarios? A menos que se adopten medidas urgentes, lo que digamos aquí no serán más que palabra huecas.

Mi delegación comprende plenamente las razones por las cuales el Secretario General ha estimado oportuno adoptar distintas medidas para reducir costos. Apoyamos la orientación general de sus propuestas. Sin embargo, como lo ha indicado claramente la Unión Europea, vemos con gran preocupación la decisión del Secretario General, como parte de esas medidas de recorte de costos, de suspender el pago por reembolsos de todas las tropas. Incluso como medida a corto plazo esto impone una carga injusta y

pesada a los países que contribuyen con tropas, especialmente aquellos que, como Irlanda, han cumplido plenamente con todas sus obligaciones financieras para con la Organización.

Si todos los Estados Miembros declararan aquí su intención de pagar sus contribuciones plenamente, en tiempo y sin condiciones, tanto para las operaciones de mantenimiento de la paz como para el presupuesto regular, este solo compromiso sería lo mejor que podría hacerse a fin de fortalecer la capacidad de las Naciones Unidas para actuar con eficacia.

Cuando hablé el año pasado ante esta Asamblea respecto a la situación de Irlanda del Norte, recalqué la importancia del anuncio, unas pocas semanas antes, de la cesación completa de las operaciones militares por el Ejército Republicano Irlandés. Esto fue seguido semanas después por un anuncio similar por representantes de los paramilitares. Afortunadamente, las armas han permanecido en silencio en Irlanda del Norte durante el año pasado. Esto ha traído consigo el regalo de la paz y la esperanza en una situación que requería ambas cosas.

El regalo de la paz ha sido calurosamente bienvenido. La carga de muerte y destrucción que desfiguró a Irlanda del Norte durante la pasada generación se ha aliviado. Las oportunidades económicas que trae consigo la paz han comenzado a ser explotadas rápidamente. Liberados de la sombra del terrorismo, los contactos humanos se han multiplicado a través de la Irlanda dividida y entre ambas partes de la isla. Los líderes paramilitares, mediante el mantenimiento de sus cesaciones del fuego han aportado una primera e importante contribución al clima de esperanza. Sin embargo, solamente los dos Gobiernos y los líderes políticos de Irlanda del Norte pueden consolidar la esperanza implícita en la cesación de la violencia, afianzándola con un acuerdo político convenido que cuente con el consentimiento y el apoyo de todos.

Ese es el objetivo fundamental.

En la Declaración conjunta del 15 de diciembre de 1993, los Gobiernos británico e irlandés reconocieron como su objetivo eliminar las causas del conflicto, superar el legado de la historia y poner coto a las divisiones que tuvieron lugar. Esta tarea puede ahora ser encarada libre de la polarización e influencias distorsionadoras que el terrorismo y las contramedidas que éste requiere, ejercen sobre el proceso político. Es vital que esta oportunidad sin precedentes sea aprovechada.

La solución del conflicto de Irlanda del Norte requiere el compromiso y la cooperación tanto de los Gobiernos como de los dirigentes políticos de ambas comunidades que allí existen. La estrecha colaboración de los dos Gobiernos ha sido la condición que ha permitido realizar los progresos logrados hasta ahora. El Acuerdo angloirlandés de 1985 y la Declaración Conjunta de 1993 son documentos fundamentales de ese proceso. En febrero pasado publicamos el nuevo marco para el acuerdo, en que se hace una evaluación compartida de los dos Gobiernos sobre la forma de concebir un arreglo honorable que abarque todas las relaciones clave. Si bien no se trata de un esquema para imponer a las partes, refleja un examen largo y cuidadoso realizado entre los dos Gobiernos sobre cómo se deben abordar las realidades subyacentes, y está destinado a dar impulso y dirección al proceso de negociación.

El papel de los dos Gobiernos es crucial, debido a que en el conflicto de Irlanda del Norte se trata primordialmente de las lealtades, británica o irlandesa, que veneran profundamente las dos comunidades. Por esa razón, no puede haber una solución exclusivamente interna. Se necesitarán ideas innovadoras y decisiones potencialmente difíciles, de ambos lados del Mar de Irlanda, para que los dos Gobiernos puedan crear el contexto y las condiciones en que las lealtades en conflicto, finalmente, se puedan reconciliar.

Sin embargo, el éxito de estos esfuerzos intergubernamentales se medirá, en definitiva, por las actitudes de las dos comunidades de Irlanda del Norte. La de la tradición nacionalista se ha caracterizado por una aceptación creciente del principio de que no puede haber cambio alguno en la condición de Irlanda del Norte sin el consentimiento de la mayoría de la población.

A la vez, buscan en la comunidad unionista el reconocimiento de que el principio del consentimiento, así como es una protección legítima contra la imposición de una Irlanda unida contra los deseos de la mayoría de la población de Irlanda del Norte, supone también el derecho de los nacionalistas de este país de gobernarse por estructuras que sean pertinentes y respondan a sus lealtades y aspiraciones. La negación del principio del consentimiento, y el de respeto mutuo, ha sido costosa en el pasado. Los pesos relativos de las comunidades dentro de Irlanda del Norte, como en Irlanda en su conjunto, significan que la coacción es sencillamente imposible, incluso si alguien fuera suficientemente imprudente como para intentar aplicarla. La cooperación y el consentimiento, en todos los niveles, no son sólo la mejor política sino la única posible.

Debido a esta realidad, la política del proceso de paz debe ser decididamente inclusiva. Cualquier solución viable debe tratar con cada comunidad tal como ésta se define a sí misma, no como otros verían conveniente que fuera. Por esa razón, celebro que el nuevo líder del unionismo de Ulster sea uno de los representantes más enérgicos y elocuentes de la filosofía de su comunidad. La prueba de la calidad de estadista de cualquier dirigente de Irlanda del Norte, y del tipo de solución que buscamos, no se refiere a la reducción de los derechos de una u otra comunidad. Trata de buscar la forma de respetarlos y sean compatibles con derechos igualmente importantes de la otra parte.

Sabemos que las negociaciones sólo pueden tener éxito si ambas comunidades de Irlanda del Norte están representadas en ellas en forma fidedigna y auténtica. El nacionalismo debe estar representado en su integridad en esas negociaciones, y también debe estarlo el unionismo. Ambas partes tienen que exponer la forma en que proponen conciliar satisfactoriamente una tradición y una identidad que no es la propia.

Ambos Gobiernos han establecido como meta la realización de negociaciones inclusivas y amplias, pero éstas todavía no han comenzado. Esto es decepcionante y amenaza con diluir el impulso hacia una paz duradera. Sería irónico y peligroso que aquellos que han sido persuadidos de abandonar la violencia vieran ahora negada la oportunidad de exponer sus razones en el campo político. Por lo tanto, es vital que se superen los obstáculos que se oponen a la realización de negociaciones globales.

Uno de los obstáculos más difíciles es que la continuación de la existencia de arsenales de armas y explosivos es una fuente de temor, ansiedad y desconfianza. Por su parte, el Gobierno irlandés está absolutamente decidido a borrar de la ecuación política, lo antes posible, todas las armas. Cualquier debate es sobre los mejores medios de lograrlo y no sobre si se lo debe hacer.

Debido a la importancia de este objetivo, queremos situarlo en el contexto en el cual es más probable su logro en la práctica. Procuramos evitar posibles alusiones a la rendición o a una admisión unilateral de culpa. En este contexto, no menos que en otras circunstancias que se dan en Irlanda del Norte, los conceptos de victoria y derrota nunca ofrecerán una solución.

Hacer del retiro de las armas una condición previa para entrar en negociaciones, por oposición a un importante objetivo a realizar en ese proceso, es desconocer la

sicología y la motivación de los que, en ambos lados de Irlanda, han recurrido a la violencia, y las lecciones que derivan de la solución de conflictos en otras partes. En cuanto sea posible, debemos tratar las negociaciones como una medida práctica. En lugar de rodear con condiciones previas la iniciación de negociaciones, deberíamos tratar de construir puentes de plata para permitir y estimular la participación de todos.

Necesitamos que todos los que han sido parte del problema se conviertan, en cuanto sea posible, en parte de la solución. Habida cuenta de la profundidad y el costo del problema, la participación en las negociaciones debe tratarse como una necesidad y un deber, no un privilegio celosamente guardado o concedido. Si multiplicamos las condiciones previas, estaremos en peligro de decir, en efecto, que las negociaciones pueden tener lugar sólo cuando los problemas que supuestamente deben abordarse en ellas ya han sido resueltos en gran medida.

Al decir esto no quiero descartar de ninguna forma la dificultad genuina que tienen muchas personas, en Irlanda del Norte, para tratar en un pie de igualdad con aquellos que en el pasado emplearon o condonaron la violencia y la coacción. En relación con esta delicada cuestión, es evidente que hay un amplio margen para obtener más garantías y seguridades a fin de fomentar la fe y la confianza. Si estas garantías y seguridades pueden respaldarse con autoridad y en forma fidedigna por medio de un organismo externo objetivo, tanto mejor. Por eso es tan atractiva la idea de una dimensión internacional de este proceso de fomento de la confianza. Seguimos trabajando al respecto con la esperanza de que pueda proporcionar un puente para que todas las partes superen la presente dificultad.

El Secretario General ha expresado elocuentemente la esencia de nuestra labor en este aniversario, al decir:

“Apoyar a las Naciones Unidas no es ni ha sido nunca subsidiar a una entidad separada, independiente. Hoy, más que nunca, apoyar a las Naciones Unidas es participar en la única Organización mundial compuesta por toda la humanidad y al servicio de toda la humanidad.

Hoy, medio siglo después, tenemos el deber y el privilegio de llevar este proyecto a su próxima etapa: el logro de una era de paz, desarrollo y seguridad.”

**El Presidente interino** (*interpretación del francés*): El próximo orador es el Ministro de Relaciones Exteriores de

Etiopía, Su Excelencia el Sr. Seyoum Mesfin, al que doy la palabra.

**Sr. Mesfin** (Etiopía) (*interpretación del inglés*): En primer lugar, quisiera extender al Señor Presidente nuestras sinceras felicitaciones por haber sido elegido por unanimidad como Presidente de la Asamblea General en este histórico quincuagésimo período de sesiones. Al expresarle la plena confianza de mi delegación de que usted conducirá nuestras deliberaciones hasta una conclusión exitosa, deseo igualmente aprovechar esta oportunidad para asegurarle el apoyo y la cooperación total de mi delegación en el cumplimiento de la pesada responsabilidad que se le ha confiado.

Permítaseme también aprovechar esta ocasión para rendir homenaje a nuestro Secretario General, Boutros Boutros-Ghali, por todos los esfuerzos que ha venido realizando para asegurar que las Naciones Unidas sean tan efectivas y eficientes como sea posible.

Al entrar a la segunda mitad del último decenio del siglo XX, hay dos cuestiones interrelacionadas y vitales que seguirán planteando grandes desafíos a la comunidad internacional: la paz y el desarrollo. No puede haber ninguna duda de que el grado en que las Naciones Unidas sean eficaces para promover la paz y asegurar el desarrollo para todos es el rasero más adecuado para juzgar la medida en que la Organización ha sido y será eficaz y vital para cumplir los propósitos para los cuales se creó. Rendimos homenaje al Secretario General por haber acordado a estas dos grandes preocupaciones de la comunidad internacional, en su programa de paz y en su programa de desarrollo, la importancia que merecen con tanta razón.

Los pocos años que han transcurrido desde el final del enfrentamiento de la guerra fría nos han hecho darnos cuenta de que la paz y la seguridad difícilmente pueden asegurarse mediante la mera concordia entre las principales Potencias. La eliminación de la amenaza que pesaba sobre la humanidad, que era el indeseable símbolo de la guerra fría, es y seguirá siendo un gran logro que no puede minimizarse nunca. Todos los fieles a la paz deben, tanto en las Naciones Unidas como en otros foros, seguir aportando la parte que les corresponde para garantizar que la humanidad se vea absolutamente a salvo de los peligros potenciales que representan las armas nucleares, una noble tarea para cuyo logro un auténtico tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares representa un paso adelante y una prioridad absoluta. Etiopía y África esperan sinceramente que este objetivo se logre lo antes posible.

No obstante, por mucho que nos satisfaga la eliminación de las amenazas a la paz y la seguridad asociadas con el período de la guerra fría, lo que han puesto claramente en evidencia los últimos años es que los desafíos que enfrentamos para garantizar la paz y la seguridad no son menos abrumadores y preocupantes hoy que lo fueron durante el período de la guerra fría.

Los tipos de conflicto que se han manifestado en los últimos años no sólo en África sino también en otras partes del mundo han tenido más de índole intraestatal que interestatal. El Secretario General de nuestra Organización ha afirmado con razón de forma convincente en su "Suplemento de 'Un programa de paz'" (A/50/60) lo difícil que se ha hecho para las Naciones Unidas, en estas circunstancias, cumplir con eficacia sus obligaciones de mantenimiento de la paz. Por difícil que sea la tarea, no cabe duda de que las Naciones Unidas asumen y deben seguir asumiendo la responsabilidad principal en cuanto a la paz y la seguridad internacionales en todo el mundo, incluida África.

En los últimos años, nosotros, los Estados miembros de la Organización de la Unidad Africana (OUA), hemos estado aumentando la capacidad de la OUA para desempeñar una función más importante en la esfera de la prevención, gestión y solución de los conflictos en nuestro continente. Este empeño continuará, pero es vital que la comunidad internacional preste su apoyo a esta iniciativa africana, como ya lo han hecho algunos. Ante todo, es imperativo que se cree una cooperación más eficaz entre las Naciones Unidas y la OUA en este ámbito y esperamos con interés las consultas al más alto nivel entre las dos organizaciones, que están previstas en breve plazo. A este respecto, como actual Presidente de la OUA, Etiopía está plenamente dedicada a la promoción de una cooperación completa entre ambas organizaciones.

Sin embargo, a juicio de mi delegación, no importa cuán eficaces sean las Naciones Unidas para movilizar recursos para el mantenimiento de la paz, no importa cuán refinadas sean las técnicas que se utilicen, el logro de la paz seguirá estando tan remoto como siempre hasta que no se eliminen o mitiguen las causas subyacentes de los conflictos, en África o en cualquier otra parte. Se dice que la búsqueda de la paz está en nuestra mente, pero también tiene que ver con las condiciones en que vive la gente.

Ciertamente en África, y lo mismo podría decirse de otras partes del mundo, las fuentes principales de conflicto están relacionadas de un modo u otro con las dificultades económicas y los problemas sociales a que hacen frente la mayoría de nuestros pueblos. Es imposible dar por sentado

que la dificultad que hemos tenido para liberar al continente africano de los flagelos de la guerra no está relacionada con la desesperación y pérdida de confianza en el futuro de la mayoría de nuestras poblaciones, desesperación y falta de confianza en el futuro cuya explicación radica en la situación económica cada vez más deteriorada a que hace frente la abrumadora mayoría de nuestros países.

En gran medida debido al constante deterioro de las economías de los Estados africanos en el decenio de 1980, con toda razón caracterizado como un decenio perdido para África, la Asamblea General aprobó en diciembre de 1991 el Nuevo Programa de Acción de las Naciones Unidas para el Desarrollo de África en el decenio de 1990 como un marco de colaboración entre África y la comunidad internacional. Ahora es obvio que los compromisos contraídos por los socios del desarrollo de África siguen sin cumplirse hasta la fecha. No obstante, la mayoría de los países africanos han realizado considerables avances para cumplir sus compromisos en la esfera política y en la gestión de sus economías de una forma más eficiente.

En una era en que la interdependencia de las naciones es demasiado aparente y en momentos en que todos reconocemos que la paz y la seguridad han pasado a ser indivisibles, la falta de compromiso suficiente para eliminar los obstáculos al desarrollo de África y de otros países que sufren una situación semejante, debe ser considerada como fuente de grave preocupación, incluidas sus inmensas repercusiones para la paz y la seguridad internacionales y regionales. En la medida en que en zonas del mundo, como África, la paz nunca puede ser duradera sin desarrollo, el mejor y más eficaz método de prevención de conflictos es el enfoque que se centra en medidas preventivas en el ámbito económico y social.

Como medida mínima, los países en desarrollo, casi todos Estados africanos, que dominan la lista de países menos adelantados, necesitan ser liberados de los distintos impedimentos que retrasan e impiden su desarrollo y crecimiento económico. Uno de los problemas más críticos que enfrentan las economías africanas es la carga de la deuda y las obligaciones del servicio de la deuda que siguen frustrando la capacidad de los países africanos de salir de la crisis económica a que han hecho frente durante más de dos decenios. Ninguna parte del mundo ha sido tan afectada por la carga de la deuda como África. Agradecemos algunas medidas que se han adoptado y las promesas formuladas con respecto a la deuda bilateral, inclusive en la Cumbre de Halifax del Grupo de los Siete. Pero la magnitud del problema que enfrentan los países africanos es tal que todo lo que no sea el más decidido esfuerzo, voluntad política y

compromiso de las naciones acreedoras de ayudar a África a superar esta tremenda dificultad no bastará para que África se relance y revitalice para el crecimiento y el desarrollo económicos.

En vísperas del siglo XXI la quinta parte de la población del mundo se debate en medio de la pobreza más abyecta. Todas las circunstancias indican que a menos que se resuelva el problema de pobreza masiva, será difícil que la gente participe activamente en el desarrollo de modo significativo en condiciones de libertad y democracia. Por lo tanto, es absolutamente necesario ayudar en las medidas de erradicación de la pobreza de los países africanos de una forma integral y multidimensional. En este sentido, subrayamos la urgencia de aplicar el Programa de Acción de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social que tiene como objetivo la erradicación de la pobreza. También agradecemos la inquietud expresada acerca de la preponderancia de la pobreza por el Grupo de los Siete en la reciente Cumbre de Halifax, Canadá.

*El Sr. Naranjo Villalobos (Costa Rica),  
Vicepresidente, ocupa la Presidencia.*

También es imperativo que los asociados de África en la cooperación económica adopten las medidas necesarias para asegurar el pleno acceso a sus mercados de las exportaciones de África. Todavía tenemos que lidiar con la paradoja de que mientras se fomenta la liberalización como condición para la asociación con África, las mismas naciones que estipulan ese requisito a menudo no cumplen con él.

La situación originada recientemente en el comercio mundial luego de la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) ha hecho que las dificultades que enfrentan África y otros países en desarrollo sean más complejas y formidables. A menos que haya flexibilidad en la ejecución de los acuerdos, en favor de los países africanos, las consecuencias podrían ser muy graves.

La delegación etíope está convencida de que, en última instancia, cada uno de nuestros países, con inclusión de los de África, debe asumir plena responsabilidad por el futuro económico y político de sus pueblos. La exhortación a la comunidad internacional para que se haga todo lo posible en beneficio de África en materia económica, es un llamamiento para que se ayude a superar los obstáculos que entorpecen el desarrollo del continente, a fin de que África pueda regenerarse a sí misma mediante el esfuerzo de sus propios pueblos.

Esto se aplica especialmente a la seguridad en materia de alimentos, sin la cual África, incluido mi propio país, jamás podrá recuperar su respeto por sí misma y su dignidad ni ser considerada seriamente como un actor eficaz en la escena internacional. En este sentido, deseo felicitar a la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) por su propuesta de convocar una cumbre mundial para los alimentos, en 1996, medida que ha sido totalmente respaldada por los Jefes de Estado y de Gobierno africanos.

Es cierto decir que en África también necesitamos poner nuestra propia casa en orden. No podemos buscar excusas externas para los males que a veces son nuestra propia creación. En este sentido, los problemas económicos de África no están totalmente desvinculados del mal manejo de sus economías por sus propios gobernantes. Tampoco puede negarse que algunos de los conflictos que hay en nuestro continente han sido causados por una mala gestión y por la negación de los derechos democráticos a los pueblos del continente. El camino que mi propio país, Etiopía, ha recorrido durante los dos últimos decenios es sumamente ilustrativo a este respecto.

Hace poco más de cuatro años que el pueblo etíope logró liberarse de una dictadura militar que durante 17 años trató a la sociedad de manera brutal, llevó a su trama social a un punto de ruptura, casi destruyó la economía del país mediante una mala gestión y la imposición de un férreo control estatal y militarizó a la sociedad. Para nuestro nuevo Gobierno, que fue instaurado poco tiempo después del derrocamiento de la dictadura militar, las responsabilidades de reimplantar la paz y la seguridad en el país, introducir la democracia y el respeto por los derechos humanos y rehabilitar y reformar la economía fueron tareas enormes, que debían ser encaradas en forma simultánea e inmediata. Pero consideramos que hemos superado la prueba. Nuestro éxito al instaurar en el país el primer Gobierno democráticamente elegido en la larga historia de Etiopía es un motivo de gran satisfacción para nuestro pueblo.

Nuestra visión de Etiopía es aquella en la que todos sus pueblos se sientan orgullosos de pertenecer al país. Esto es, una Etiopía inspirada por una democracia arraigada y una legítima transmisión del poder dentro de un sistema federal, tal como lo estipula la Constitución de la República Democrática Federal de Etiopía, país que debe ser uno de los pilares de la paz y la cooperación en su propia subregión y en todo el continente africano. Mi país asigna gran importancia a una plena colaboración con los países de su



subregión, con el objeto de promover la paz y establecer los cimientos para la realización de esfuerzos conjuntos, tendientes a la recuperación económica de nuestra región.

Ninguna parte de nuestro continente ha sufrido tanto como el Cuerno de África en los dos últimos decenios, como consecuencia de las guerras civiles y la inestabilidad. Algunos de los conflictos que existen en nuestra subregión todavía están pendientes de solución. Hay muchas razones por las cuales los países y los pueblos de nuestra subregión deberían estar preocupados por la necesidad de establecer una paz duradera. Pero ésta no es, de ninguna manera, una tarea fácil, especialmente cuando algunos encuentran difícil vivir dentro de las fronteras de la legalidad internacional, el respeto de los principios del derecho internacional que rigen las relaciones entre los Estados y el cumplimiento de las normas de una conducta internacional civilizada. Pero sin importar cuán difícil sea esa tarea, Etiopía continuará dedicada a promover la paz, la estabilidad y la cooperación en toda África, en general, y en su subregión, en particular.

Este es un período de sesiones histórico de la Asamblea General. Nos preparamos para celebrar el cincuentenario de la creación de esta Organización. Como Miembro fundador de las Naciones Unidas, Etiopía se enorgullece de sus éxitos. También esperamos que contribuyan de manera creciente a la promoción de los sacrosantos principios consagrados en la Carta de las Naciones Unidas, cuya aplicación es fundamental para garantizar la paz, la seguridad y el desarrollo para todos.

Si la comunidad mundial no puede responder con eficacia al llamamiento a la mitigación de la pobreza, al desarrollo económico y social y a la concreción de la paz y la estabilidad, estará en juego nada menos que la supervivencia de nuestra Organización.

Debe aprovecharse esta oportunidad singular para trazar un nuevo sendero para la Organización, un nuevo comienzo cuyas características sean unas Naciones Unidas más democráticas y representativas. Los diversos órganos de las Naciones Unidas, incluido el Consejo de Seguridad, deben llevar a cabo sus tareas con absoluta transparencia y responsabilidad. Mi delegación espera sinceramente, por lo tanto, que en este período de sesiones se adopten medidas importantes para hacer que las Naciones Unidas sean más dignas de confianza, más legítimas y más eficaces.

Deseo terminar mi declaración reiterando y reafirmando la adhesión de mi país a las Naciones Unidas y su

dedicación a los esfuerzos destinados a proteger y revitalizar a la Organización.

**El Presidente interino:** Invito ahora a hacer uso de la palabra a Su Excelencia el Sr. Erdal İnönü, Ministro de Relaciones Exteriores de Turquía.

**Sr. İnönü (Turquía)** (*interpretación del inglés*): Es para mí un gran placer felicitar al Sr. Diogo Freitas do Amaral con motivo de su elección para el alto cargo de Presidente de la Asamblea General. Bajo su hábil y competente dirección este histórico período de sesiones debiera convertirse en un hito para el afianzamiento del nivel de este foro universal.

Agradezco asimismo a su predecesor, el Sr. Amara Essy, por su contribución valiosa a las labores del cuadragésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General.

Hace medio siglo el mundo era testigo, como lo es ahora, del fin de una era y del comienzo de otra. En días llenos de temores y esperanzas otra generación estableció esta Organización. Tenía un designio ambicioso y era idealista respecto de cómo lograr un mundo mejor. Luego de una guerra que había causado inenarrables aflicciones a la humanidad, 51 naciones se unieron para el propósito común de promover la paz, el desarrollo, la igualdad, la justicia y los derechos humanos. Su objetivo era crear un sistema de seguridad colectivo capaz de preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra. Sin embargo, por espacio de más de cuatro decenios la noción de seguridad colectiva quedó congelada. Sólo después del fin de la guerra fría surgieron nuevas esperanzas de revivirla.

Vivimos en una época extraordinaria, llena de tremendos contrastes. El fin de la bipolaridad liberó a la comunidad internacional de las limitaciones políticas e ideológicas. Hoy está surgiendo un sentido de responsabilidad global. Se reconoce ampliamente que sólo la democracia, el imperio del derecho y una economía de mercado pueden guiarnos hacia un futuro prometedor. Se está difundiendo la conciencia de una era de sociedad global. Pero también se están difundiendo la xenofobia y el nacionalismo étnico, el racismo y la intolerancia. Guerras de agresión han surgido en diferentes partes del mundo. Hemos sido testigos de los crímenes más crueles cometidos contra la humanidad desde el término de la segunda guerra mundial. Problemas globales tales como la degradación del medio ambiente, la pobreza, el hambre, el terrorismo, el crimen organizado, el narcotráfico y el tráfico ilícito de armas requieren la acción

concertada de todas las naciones. En nuestros días somos conscientes de que la comunidad internacional debe ocuparse de una comunidad humana que es profundamente transnacional. Existe una necesidad apremiante de que las Naciones Unidas revistan un papel más fuerte y más efectivo.

En su cincuentenario las Naciones Unidas pueden estar orgullosas de su labor en el ámbito de la lucha contra el subdesarrollo, los flagelos sociales, el analfabetismo, el tráfico ilícito de drogas y las enfermedades, y en las esferas de la protección del medio ambiente, la eliminación de los restos del colonialismo y del *apartheid*, la lucha contra el racismo, la aceleración del proceso de desarme, la prestación de socorro de emergencia a los países y pueblos afectados por desastres naturales y por guerras, y la promoción de la democracia y del respeto universal por los derechos humanos.

Si bien estas actividades se han cumplido en forma exitosa, la responsabilidad primordial de las Naciones Unidas es obviamente el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Y es precisamente esta esfera la que ha presentado los mayores reveses para las Naciones Unidas. Desafortunadamente, los conflictos y tragedias actuales opacan el éxito de las Naciones Unidas y dañan su imagen y su credibilidad. Debemos hacer frente a esta realidad y tomar nota de los éxitos y de los fracasos.

Es este el momento más oportuno para proceder a una autocrítica, así como para examinar la Carta de las Naciones Unidas y volver a sus principios básicos. Es este también el momento más oportuno para examinar el futuro con realismo y visión, adaptando a las Naciones Unidas al nuevo medio ambiente mundial y convirtiendo a la Organización en el centro real de la seguridad colectiva y de la solidaridad global.

La experiencia de las Naciones Unidas demuestra que hemos tenido éxito cuando ha existido un consenso global y que hemos fracasado en los casos en que perseguíamos nuestros estrechos intereses individuales. Hoy la historia nos está observando. Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, debemos enfrentar los desafíos de nuestra época con la visión de los fundadores de la Organización. Debemos aprovechar esta oportunidad histórica y elaborar mecanismos viables y duraderos para responder eficazmente a los problemas que enfrentamos. Juntos debemos lograr que nuestra Organización tenga más éxito en hacer que el mundo sea un mejor lugar para toda la humanidad, de modo tal que los niños no lamenten haber nacido en este mundo.

Cuando los problemas que enfrentamos trascienden las fronteras nacionales, la cooperación internacional es la única respuesta apropiada y eficaz. El facilitar esta cooperación es la razón de ser de esta Organización.

Aunque no estuviesen exactamente incorporados en la Carta, la creación del concepto de mantenimiento de la paz y las actividades consiguientes encaminadas a su aplicación se han sumado a los esfuerzos orientados a la búsqueda de la paz. No obstante, el establecimiento y la aplicación de los principios de paz, contenido esencial de la visión original, todavía no se han cumplido. No debemos olvidar que los fundadores de las Naciones Unidas querían contar con una Organización que no dudara en poner en práctica el derecho internacional.

A fin de preparar a nuestra Organización para el próximo siglo, debería prestarse atención prioritaria al Consejo de Seguridad, así como a los mecanismos e instrumentos de seguridad colectiva y a los conceptos de seguridad humana y desarrollo sostenible. Los esfuerzos de reforma que se están llevando a cabo para la reestructuración de las Naciones Unidas en general debieran considerarse y negociarse dentro de este marco y con visión de largo alcance.

La cuestión central que tenemos ante nosotros es la ampliación del carácter representativo del Consejo de Seguridad y la democratización de sus métodos de trabajo. Las exigencias de vasto alcance en cuanto a lograr que el Consejo de Seguridad sea más representativo, responda de mejor manera, sea más transparente y rinda cuentas constituyen requisitos que deben tenerse en cuenta. Estamos firmemente a favor de una reforma genuina y global. Después de dos años de deliberaciones en el Grupo de Trabajo de composición abierta tenemos ahora ante nosotros numerosas ideas y propuestas útiles que requieren una mayor reflexión.

Deseo señalar a la atención de los Estados Miembros la versión revisada de nuestra propuesta para la ampliación del Consejo de Seguridad. Creemos que un Consejo que tenga por lo menos 25 miembros podría ser más representativo y, por lo tanto, más eficaz. También opinamos que el Consejo debiera contar con 10 miembros no permanentes adicionales. De ese modo, la proporción existente de uno a tres entre los miembros permanentes y los no permanentes podría reorganizarse y ser de uno a cinco. Los puestos adicionales deberían rotarse según una lista previamente determinada de 30 a 40 países. Estos países podrían selec-

cionarse dentro de los grupos geográficos, de conformidad con una serie de criterios objetivos, y podrían ir cambiando con el tiempo. De esa manera, la lista sería flexible y se podría actualizar luego de un cierto plazo para adaptarla a los cambios. En consecuencia, se introduciría un nuevo concepto de representación en la distribución de los puestos en el Consejo de Seguridad.

A este respecto, creemos que también vale la pena que se considere la extensión del concepto de grupos separados para la distribución de los puestos que se ocupan por elección. Establecer nuevos grupos para los cargos electivos podría ser una de las formas más apropiadas de rectificar las fallas e injusticias del sistema de elección actual. Este concepto de reforma electoral nos permitiría encontrar formas y medios dentro de los grupos geográficos para garantizar un sistema de rotación viable, equitativo y ordenado para todos los puestos no permanentes. Confío que nuestra propuesta sea cuidadosamente examinada, junto con otras que siguen una orientación similar.

En el Capítulo VII de la Carta se brindan al Consejo de Seguridad importantes mecanismos para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Habiendo estudiado los dos informes pertinentes del Secretario General, a saber, "Un programa de paz" y "Suplemento de 'Un programa de paz'", quisiera expresar las opiniones de mi Gobierno sobre estos asuntos cruciales.

Ante todo, el concepto de diplomacia preventiva debe recibir la mayor prioridad. La idea de la diplomacia preventiva está inscrita en la letra y el espíritu de la Carta. Es la forma más rentable de prevenir los conflictos. También creemos que debería ser más oportuna la aplicación de determinadas medidas de diplomacia preventiva, tales como las misiones de investigación, el despliegue preventivo y la capacidad de alerta temprana.

En los últimos años las actividades de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz se han ampliado considerablemente. Turquía participa ampliamente en esas actividades y está dispuesta a seguir prestando asistencia a las Naciones Unidas. También hemos decidido participar en las fuerzas de reserva de las Naciones Unidas.

Otra idea de los fundadores que es hoy enormemente pertinente figura en el Capítulo VIII de la Carta. Los desafíos que hoy enfrentamos superan los medios y recursos de las Naciones Unidas. A este respecto, las organizaciones regionales pueden hacer una contribución importante al mantenimiento de la paz y la seguridad. Es cada vez más urgente la necesidad de un mecanismo colectivo de

seguridad con instituciones que se refuerzan mutuamente. La cooperación entre las Naciones Unidas y los organismos regionales deberían ser de naturaleza complementaria. Por otra parte, dadas las características especiales de cada situación y la diferencia de los mandatos y de las estructuras de las organizaciones regionales, creemos que un intento de establecer un modelo universal para las relaciones entre las organizaciones regionales y las Naciones Unidas podría ser contraproducente.

La imposición de sanciones por las Naciones Unidas es una medida eficaz para una acción decidida contra quienes violen el derecho internacional. No obstante, existen fallos graves que hay que resolver. En este contexto, compartimos la opinión del Secretario General de que

"Las sanciones son medidas que adoptan colectivamente las Naciones Unidas para mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales. Los costos de su aplicación ... deberían ser sufragados por todos los Estados Miembros y no exclusivamente por los pocos que tienen la mala fortuna de ser vecinos del país objeto de las sanciones o de tener relaciones económicas importantes con él." (A/50/60, párr. 73)

Además de esta observación, la falta de mecanismos eficientes de consulta, así como el carácter secreto del proceso de toma de decisiones por el Consejo de Seguridad en cuanto a la imposición y revisión de las sanciones, son también motivo de preocupación para los Miembros en general. Estamos convencidos de que la transparencia en las actividades del Consejo en relación a las sanciones garantizaría un apoyo más amplio a su aplicación.

La agresión y el genocidio en Bosnia y Herzegovina siguen siendo una prueba histórica para la credibilidad de las Naciones Unidas y para el papel que podría desempeñar en el diseño del futuro del sistema internacional. Se está desafiando el prestigio y la autoridad moral de las Naciones Unidas. Durante mucho tiempo, el desafío abierto del derecho internacional y las flagrantes violaciones de las resoluciones del Consejo de Seguridad han quedado impunes. Incluso hemos visto, con honda indignación y tristeza, cómo en julio pasado caían zonas designadas por las Naciones Unidas como zonas seguras. El agresor intensificó sus ataques contra otras zonas seguras. La respuesta apropiada, tan esperada, contra el agresor sólo se produjo tras otra matanza en un mercado de Sarajevo. La operación conjunta de las Naciones Unidas y de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN), aunque tardía, fue una medida positiva muy importante. La participación en la

operación por parte de la fuerza de reacción rápida también ha estado plenamente de conformidad con el mandato que figura en diversas resoluciones del Consejo de Seguridad.

Turquía, como país de los Balcanes, está firmemente a favor de una solución negociada. Sin embargo, la paz no debe tener prioridad sobre la justicia. No debemos olvidar nunca que, en toda la historia, no ha habido una paz duradera si se basaba en un premio a la injusticia. Teniendo en cuenta estas ideas y sobre la base de la Declaración de Principios acordados en Ginebra y en Nueva York, abrigamos la esperanza de que se establezca una paz justa y viable sobre la base del carácter multicultural, multiétnico y multirreligioso de Bosnia y Herzegovina. Por eso, creemos firmemente que la Federación Bosnio-Croata debe ser un modelo para el futuro de la unión de dos entidades. Atribuimos la mayor importancia a la referencia hecha en los principios acordados a la preservación de la soberanía, unidad e integridad territorial de la República de Bosnia y Herzegovina dentro de sus fronteras internacionales existentes. De acuerdo con esta orientación, acogemos con beneplácito los pasos dados en el camino hacia la paz. No debemos olvidar que una acción decidida y la diplomacia respaldada por la fuerza han aumentado las posibilidades de lograr un verdadero proceso de paz.

La conclusión de un acuerdo negociado debe ir seguida del establecimiento de una fuerza de aplicación de la paz. Turquía está dispuesta a asumir responsabilidades dentro de esa fuerza. La reconstrucción y rehabilitación de Bosnia y Herzegovina debe ser la clave para la viabilidad de la solución. Turquía está también decidida a participar activamente en este proceso.

En este momento crítico, creemos firmemente que la comunidad internacional debe permanecer alerta hasta que se logre una solución definitiva.

Turquía siempre ha sostenido que la estabilidad de Macedonia es un requisito indispensable para la paz y la estabilidad en los Balcanes. Además, hemos mantenido siempre que las sanciones económicas impuestas a ese país, junto con la política destinada a aislarlo de la comunidad internacional, eran totalmente injustas y no justificadas.

Por tanto, Turquía está satisfecha con el acuerdo provisional concluido entre Macedonia y Grecia el 13 de septiembre de 1995. Nos sentimos alentados por ese hecho que promete ser la clave para la normalización de las relaciones entre esos dos países vecinos.

No es de extrañar que países vecinos puedan tener problemas bilaterales. Ello se aplica también a Turquía y a Grecia. Creemos que es natural que estos problemas se superen mediante un diálogo útil, global y orientado hacia los resultados, así como mediante la buena voluntad de ambas partes. Ese diálogo no sólo beneficiaría a las dos naciones, sino que también contribuiría a un ambiente de paz, estabilidad y prosperidad en nuestra región. Seguimos dispuestos a tratar toda la gama de problemas que se alzan entre nosotros, de una forma constructiva.

Al igual que en los Balcanes, la legalidad y la legitimidad aún no se han restaurado en toda la región del Cáucaso. Pese a las divergencias y conflictos existentes, esperamos que los pueblos de esa región demuestren el valor de mirar hacia adelante. Los países de la región deben entender que una paz justa y viable tiene mucho que ofrecer. Sólo entonces será posible lograr una prosperidad compartida. Sólo entonces se arraigarán la democracia y el imperio del derecho. Esa es nuestra visión para esta región. Empero, esa visión sólo puede transformarse en realidad cuando los que continúan violando el derecho internacional de manera flagrante acaten los llamamientos del Consejo de Seguridad y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), como figuran en las resoluciones y decisiones pertinentes. No pueden y no deben premiarse la injusticia ni la agresión.

Lamentablemente, el principal obstáculo para la paz y la estabilidad en la región sigue siendo la ocupación de la quinta parte del territorio de Azerbaiyán por fuerzas armenias. Como resultado de ello, más de 1 millón de azeríes han quedado desplazados. Reiteramos nuestro llamamiento a que las fuerzas de ocupación se retiren de manera inmediata, incondicional y completa. Estamos decididos a contribuir a los esfuerzos que se realizan dentro del Grupo de Minsk de la OSCE en pro del logro de un arreglo pacífico y la inversión de las consecuencias de la agresión. A este respecto, esperamos con interés la creación de una fuerza multinacional de mantenimiento de la paz de la OSCE, sobre la base de las decisiones de la Cumbre de Budapest, a la que estamos dispuestos a contribuir.

Turquía también sigue muy de cerca los acontecimientos de Georgia. Esperamos que se establezcan condiciones pacíficas en este país vecino y amigo sin más pérdida de tiempo. Nos comprometemos para con el proceso de paz en ese país. Teniendo esto presente, participamos activamente en la labor de la Misión de Observadores de las Naciones Unidas en Georgia (UNOMIG).

Nos preocupa profundamente la dramática situación que reina en el Afganistán, país al que nos unen firmes vínculos históricos. El conflicto fratricida actual ha aumentado los sufrimientos de millones de civiles inocentes. Nos preocupa de igual modo la nefasta posibilidad de que este conflicto adquiera una dimensión regional. Lamentamos que los esfuerzos que desplegó anteriormente el Embajador Mestiri hayan resultado ineficaces, pese a los compromisos de todas las partes en conflicto. Abrigamos la esperanza de que los esfuerzos recientemente renovados del Embajador Mestiri, junto con los de la Organización de la Conferencia Islámica, allanen el camino para un arreglo viable sobre la base de la unidad y la integridad territorial del Afganistán.

Turquía está situada en encrucijadas de continentes y culturas. La geopolítica de Eurasia en el período posterior a la guerra fría nos ha dado un papel fundamental en esta región. Muchos de los Estados que adquirieron la independencia recientemente en los Balcanes, el Cáucaso y el Asia central tienen vínculos históricos, culturales, fraternales y lingüísticos con Turquía. Con un gran sentido de la historia y la obligación moral, hemos tratado de realizar los esfuerzos que nos corresponden para el logro de la armonización de las civilizaciones. Con este fin, y para contribuir a los esfuerzos tendientes a impedir la ampliación de los conflictos étnicos y las tendencias hegemónicas, hemos participado activamente en los esfuerzos para desarrollar iniciativas regionales de cooperación. Son ejemplos la Cooperación Económica del Mar Negro y la ampliación de la Organización de Cooperación Económica. Además, desde el comienzo de 1992 hemos aplicado un conjunto de medidas de asistencia económica en más de 50 países de tres continentes.

En cuanto a la cuestión de Chipre, lamentamos que, pese a que hay material suficiente para una solución justa y viable y para aplicar el conjunto de medidas de fomento de la confianza propuesto por las Naciones Unidas, parece que el proceso de negociación sigue estancado. El Presidente Denktas tomó iniciativas para facilitar ese proceso, reafirmó su compromiso para con una solución federal, bizonal y bicomunal, y expresó que está dispuesto a aplicar el conjunto de medidas de fomento de la confianza en el modo indicado por el Secretario General. También propuso otras medidas de buena voluntad e invitó al dirigente grecochipriota a la mesa de negociaciones. Lamentablemente, la parte grecochipriota no respondió a este enfoque constructivo.

La parte grecochipriota sigue rechazando la aplicación de las medidas de fomento de la confianza y fijando condiciones previas para la reanudación de las conversaciones. Se

distancia cada vez más del proceso de negociaciones, concentrándose en la adhesión a la Unión Europea con miras a alterar los parámetros establecidos para un arreglo general patrocinado por las Naciones Unidas.

Pese a estos acontecimientos desalentadores, aún consideramos que ambas partes en la isla podrían hallar los medios y arbitrios de conciliar sus divergencias sobre la base de los parámetros establecidos. Con este fin, reiteramos nuestro apoyo a la misión de buenos oficios del Secretario General y continuamos alentando un arreglo libremente negociado.

El impulso que adquirió el proceso de paz en el Oriente Medio es para nosotros motivo de optimismo y nos lleva a esperar que el enfrentamiento pueda reemplazarse por la cooperación. Los acuerdos entre Israel y Palestina y los resultantes acuerdos entre Israel y Jordania son hitos históricos para el surgimiento de nuevas ideas en la región. Sin embargo, el camino aún está lleno de obstáculos. Como todos bien sabemos, hay intentos violentos de extremistas de todas las partes de socavar el proceso de paz. Pese a esos intentos, es de importancia fundamental que las partes cumplan con sus compromisos y continúen en su camino de esperanza.

Israel y Palestina firmarán mañana en Washington otro acuerdo histórico. Asistiré a la ceremonia de firma. Deseo encomiar a quienes elaboraron este acuerdo provisional por su gran valor y determinación. Apoyamos plenamente este logro notable.

Durante más de cinco años, la comunidad internacional ha esperado que el Iraq cumpliera plenamente con los requisitos de todas las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad. Mientras tanto, como lo informa el Presidente de la Comisión Especial del Consejo de Seguridad sobre el Iraq, las recientes revelaciones de las autoridades iraquíes sobre su capacidad operacional de llevar a cabo una guerra biológica han planteado un problema de credibilidad para el Iraq en el Consejo de Seguridad. Esperamos que el Iraq tome medidas definitivas para restaurar la confianza internacional en su futura cooperación con la Comisión dentro del marco de la resolución 687 (1991). Además, la aplicación de la resolución 986 (1995) sería, a nuestro juicio, un motivo de alivio, por limitado que éste fuera, para el pueblo iraquí. Deseo reiterar sin reservas nuestra firme posición, que ya hemos expresado en esta tribuna en numerosas oportunidades. Otorgamos la mayor importancia a la integridad territorial y la unidad del Iraq. Esto es fundamental para la paz y la estabilidad en el Oriente Medio.

Quiero destacar también que, en ninguna circunstancia, Turquía permitirá actividades terroristas que dimanen de la región septentrional del Iraq.

El terrorismo constituye una de las mayores amenazas para la humanidad en nuestra época. Es también una amenaza para la paz y la seguridad internacionales. El terrorismo viola derechos humanos fundamentales, en particular el derecho a la vida. Tiene el propósito de destruir los fundamentos de la sociedad civil. Debemos unir nuestras fuerzas y combatirlo vigorosamente, lo que requiere una cooperación internacional eficaz. De conformidad con ello, las Naciones Unidas tienen un papel central que desempeñar en nuestra lucha común contra el terrorismo. Las resoluciones de la Asamblea General relativas a derechos humanos y terrorismo —resoluciones A/48/122 y A/49/185— y a la Declaración sobre medidas para eliminar el terrorismo internacional —resolución A/49/60— constituyen importantes hitos que sientan las bases para nuestra cooperación. Debemos incorporar también un plan de acción para la exitosa aplicación de dichas declaraciones.

De modo similar, las Naciones Unidas deberían seguir desempeñando el papel que les corresponde en la tarea de impedir la proliferación de las armas de destrucción en masa, que constituyen otra importante amenaza contra la humanidad. En este sentido, la preservación de la integridad de los instrumentos existentes para el desarme y la limitación de los armamentos a nivel regional y mundial y el pleno acatamiento de dichos instrumentos tienen una importancia fundamental.

Este año estamos celebrando el Año Internacional de las Naciones Unidas para la Tolerancia. La promoción de una cultura de tolerancia es vital para consolidar la democracia y para impedir los conflictos étnicos. Existe también una conciencia cada vez mayor de que el desarrollo, la paz y la democracia están vinculados entre sí. El desarrollo centrado en la persona humana y orientado hacia el propósito de garantizar la seguridad universal sobre la base de la igualdad y la sostenibilidad constituye el imperativo de nuestra época.

En este sentido, quiero poner de relieve el consenso que está surgiendo a nivel mundial en favor de un plan común de acción orientado hacia un mundo mejor, que ha surgido de las importantes Conferencias internacionales que se iniciaron en Río en 1992 y continuaron en Viena, El Cairo, Copenhague, Nueva York y Beijing. Sabemos que aún tenemos que recorrer un largo camino para conciliar

opiniones e identificar soluciones comunes. La aplicación de las conclusiones de dichas Conferencias es y debería ser nuestra prioridad.

La última de estas importantes Conferencias de las Naciones Unidas, la segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos (Hábitat II), se celebrará en junio de 1996 en Estambul. El hecho de que más de 1.000 millones de personas carecen de viviendas adecuadas hace que el tema de la Conferencia resulte aún más importante. La Cumbre que se celebrará en la ciudad de Estambul constituirá un escenario importante para evaluar las dimensiones de este problema y para buscar soluciones viables. La participación al más alto nivel contribuiría enormemente al éxito de esta importante Conferencia.

Para finalizar, permítaseme reiterar el llamamiento a la comunidad internacional que formulé al comenzar mi declaración. Debemos basarnos en nuestro pasado para dar forma a una nueva visión, a un nuevo compromiso, a un nuevo plan de acción en pro de un mundo mejor. Nuestro plan de acción debería encarnar nuestros mejores valores, nuestros sueños más nobles, nuestras aspiraciones más ambiciosas. Hacer menos que eso es sucumbir a la desesperación. Los pueblos del mundo deberían saber que el genocidio, la agresión y la pobreza no son inevitables, pero la responsabilidad recae en todos nosotros. No podemos rehuir el desafío. Debemos afrontarlo y no debemos vacilar en crear unas Naciones Unidas que respondan mejor a nuestras esperanzas y expectativas, unas Naciones Unidas que sigan siendo fieles a la visión de sus fundadores.

**El Presidente interino:** Doy ahora la palabra a Su Excelencia el Sr. Teodor Viorel Melescanu, Ministro de Estado y Ministro de Relaciones Exteriores de Rumania.

**Sr. Melescanu (Rumania)** (*interpretación del francés*): Ante todo, en nombre de la delegación de Rumania quiero hacer llegar nuestras felicitaciones más sinceras al Embajador Freitas do Amaral, de Portugal, y a todos los miembros de la Mesa de la Asamblea General, por su elección.

Rumania está plenamente comprometida con los ideales, propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas y, en su calidad de miembro activo, valora en alto grado la actividad que la Organización lleva a cabo en este aniversario, en que está pasando por un proceso de redefinición con el fin de adaptarse a las exigencias internacionales actuales y de anticipar las coordenadas del tercer milenio.

Permítaseme que transmita al Secretario General, Sr. Boutros Boutros-Ghali, nuestro profundo reconocimiento por sus esfuerzos sostenidos encaminados a lograr que las Naciones Unidas se adapten a las exigencias cada vez mayores de un mundo en pleno cambio. Ya se lo expresé en Bucarest con ocasión de la visita que realizó el otoño pasado, durante la cual celebramos un intercambio de opiniones sumamente útil sobre los problemas relativos a la cooperación entre Rumania y las Naciones Unidas y sobre la voluntad del Gobierno rumano de apoyar los esfuerzos globales de la Organización y de participar activamente en ellos.

Rumania celebra actualmente no sólo el cincuentenario de la creación de las Naciones Unidas sino también el cuadragésimo aniversario de su admisión como Miembro de esta Organización mundial. Pese a sus sacrificios y a su importante contribución con respecto a acortar la segunda guerra mundial, y pese a la victoria de la coalición de las Naciones Unidas, Rumania fue admitida en las Naciones Unidas 10 años después de la entrada en vigor de la Carta. A pesar de ello, mi país ha demostrado su compromiso responsable y su papel activo en los debates más importantes sobre las cuestiones internacionales y en la promoción de los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Durante los seis años transcurridos a partir de diciembre de 1989, el marco legislativo e institucional que define una sociedad democrática ha evolucionado en forma constante en Rumania. El amplio consenso de todas las fuerzas políticas de mi país demuestra de manera elocuente que la nación ha optado por el Estado de derecho, el pluralismo político, la economía de mercado y el respeto de los derechos y libertades fundamentales del ser humano. Las nuevas instituciones que se han creado funcionan, y al mismo tiempo están sometidas a un proceso de consolidación, lo que contribuye a la democratización de la sociedad y a la aceleración del proceso de transformación, de conformidad con la estrategia de reforma socioeconómica del Gobierno.

El complejo programa de reforma se desarrolla con éxito. En 1995, las realidades de Rumania difieren notablemente de las que existían a fines de 1992. El éxito de la estabilización macroeconómica y la reactivación de la economía en general constituyen, en efecto, una importante premisa para la integración de Rumania en la Unión Europea al igual que lo que ocurre con los demás países de Europa central.

Ello no significa en absoluto que en Rumania la reforma se esté llevando a cabo sin tropiezos y sin obstáculos. Al igual que en los demás países de Europa

central, su puesta en práctica implica importantes costos sociales que exigen permanentemente la aplicación de medidas de protección social.

En ese sentido, quiero subrayar que el apoyo y el aliento que las Naciones Unidas han ofrecido a Rumania y a otros países en transición demuestran la capacidad de esta Organización mundial en la tarea de brindar apoyo a los procesos de reforma.

En este contexto, mi delegación desea felicitar al Secretario General por su informe titulado “Apoyo del sistema de las Naciones Unidas a los esfuerzos de los Gobiernos para la promoción y consolidación de las democracias nuevas o restauradas”. Consideramos que un debate sustantivo con respecto a este tema no haría sino definir una nueva dimensión de las actividades de las Naciones Unidas. Rumania, que el año próximo organizará la tercera Conferencia Internacional de las Democracias Nuevas o Restauradas, está decidida a hacer de dicha reunión un acontecimiento importante para la promoción de los valores democráticos en todo el mundo.

Los objetivos políticos de Rumania no se determinan por un marco coyuntural sino por su compromiso decidido en pro de la democracia, la economía de mercado, el respeto de los derechos humanos y la necesidad de garantizar la paz y la prosperidad del país. Estamos convencidos de que la integración a las estructuras económicas, políticas y de seguridad europeas y euro-atlánticas —la prioridad principal de nuestra política exterior—, estimulará nuestros propios esfuerzos orientados a la democratización y la reforma. Ello demuestra, al mismo tiempo, la disposición del Gobierno de contribuir, al logro de los objetivos de sus instituciones y a la creación de condiciones favorables a la estabilidad y la seguridad en Europa, así como a la paz y la seguridad en el mundo.

Al declarar abiertamente y sin equívocos su interés fundamental de adherir a las estructuras económicas, políticas y de seguridad euro-atlánticas, Rumania no descuida en modo alguno sus relaciones con los países vecinos. Aún más, cultivar las relaciones con nuestros vecinos, sobre bases nuevas, constituye una preocupación primordial.

En ese sentido, quisiera hablar de la reciente iniciativa planteada por el Presidente de Rumania, Excmo. Sr. Ion Iliescu, quien ha invitado a Hungría a una reconciliación histórica, de acuerdo con el modelo franco-alemán, ejemplo notable de éxito del espíritu europeo.

Rumania ha declarado solemnemente que está dispuesta a hacer todo lo posible a nivel diplomático para superar la etapa de las declaraciones políticas y transformar la idea de la reconciliación en un hecho consumado. La invitación directa y sin condiciones dirigida a Hungría de forjar juntos el porvenir de nuestras naciones en un espíritu europeo sobrepasa la simple gestión político-diplomática y apunta a crear un marco social y político fundado en una mayor confianza y en una cooperación mucho más intensa.

En otras palabras, la reconciliación significa para Rumania un proceso asumido conscientemente y seguido de manera sistemática. Al mismo tiempo, debería constituir, para nuestros dos países, el modo más seguro de integración a las principales instituciones de la nueva Europa, contribuyendo así a consolidar la estabilidad y la seguridad tanto de la región como del continente.

La iniciativa de Rumania de hacer un llamamiento a Hungría para comenzar juntos la reconciliación histórica tan deseada no es otra cosa que el resultado natural de una política de buena vecindad y entendimiento, que Rumania aplica de manera constante en relación con todos sus vecinos.

El diálogo y la cooperación pragmática en los distintos ámbitos de actividad con los Estados de todas las regiones del mundo representa, además, otra dirección importante de nuestra política exterior.

La desaparición de la cortina de hierro ha engendrado un proceso vasto y complejo de distensión internacional, creando un auténtico marco de diálogo y cooperación entre los Estados.

La renuncia a las políticas de enfrentamiento y la disminución de la amenaza nuclear han generado las condiciones necesarias para la prórroga indefinida del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares. Estamos convencidos de que ese éxito ayudará a las negociaciones encaminadas a eliminar las otras armas de destrucción en masa y llevará a una mayor transparencia, tanto en cuanto a los armamentos como a las garantías de seguridad y la prohibición completa de los ensayos nucleares.

En los últimos años, las Naciones Unidas han forjado conceptos y mecanismos nuevos en relación con la paz y la seguridad internacionales, así como con el desarrollo económico y social.

En ese contexto, tengo el placer de aprovechar la oportunidad que se me brinda para recordar el apoyo

constante que Rumania ha brindado al proceso de paz en el Oriente Medio, alentando a la continuación del diálogo y los contactos entre las partes interesadas.

A modo de reconocimiento por su contribución a los resultados positivos de ese proceso de paz, se ha invitado a Rumania a participar en las negociaciones multilaterales sobre el Oriente Medio. Rumania está dispuesta a participar en los grupos de trabajo sobre la cooperación económica regional, los recursos hídricos, el medio ambiente y los refugiados.

Totalmente convencida de la supremacía de razón y del apoyo que debe brindarse al proceso de paz irreversible del Oriente Medio, Rumania animará y respaldará, también en el futuro, el entendimiento y la cooperación entre todos los pueblos de la zona.

Esperamos sinceramente que, mediante los esfuerzos comunes de todas las partes interesadas, las Naciones Unidas y la comunidad internacional, se logren nuevos progresos tendientes al logro de una solución global de los problemas de esa zona.

La crisis yugoslava sigue provocando una profunda inquietud en Rumania, habida cuenta de su proximidad inmediata a la zona de conflicto. Rumania ha instado, en repetidas oportunidades, a todas las partes implicadas en el conflicto, a que se abstengan de toda acción que pueda conducir al deterioro de la situación, pongan fin a las acciones militares y las negociaciones, y reanuden las negociaciones. Fiel a su posición de principio, Rumania celebra que se haya aprobado ayer, aquí en Nueva York, en la Misión de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, una Declaración de Principios Relativos a un arreglo constitucional en Bosnia y Herzegovina, y apoyará activamente toda propuesta y acción realista destinada a acelerar el proceso de pacificación en el territorio de la ex Yugoslavia, incluida su reconstrucción pacífica.

La crisis político-militar de la ex Yugoslavia demuestra que las tentativas de separatismo étnico, de obtener la autonomía territorial sobre la base de criterios étnicos o de establecer enclaves étnicos, no constituyen soluciones viables. Por el contrario, pueden pasar a ser fuentes de conflicto y provocar sufrimientos enormes a la población.

Quisiera reafirmar, desde esta tribuna, la decisión del Gobierno de Rumania de respetar estrictamente las sanciones impuestas a la República Federativa de Yugoslavia, a pesar de las pérdidas económicas inmensas que afectan a nuestro país. No obstante, esperamos que las instituciones



internacionales competentes analicen de manera más atenta los efectos de las sanciones sobre los terceros Estados y que evalúen de manera rigurosa y realista el papel que pueden desempeñar las sanciones en el proceso de paz. Expresamos nuestra esperanza de que los Estados que están en condiciones de hacerlo, las instituciones financieras internacionales, los organismos competentes y los programas y organismos especializados de las Naciones Unidas respondan al llamamiento hecho en la resolución 49/21 A de la Asamblea General relativa a la asistencia económica que hay que prestar a los Estados afectados por la aplicación de las sanciones contra la República Federativa de Yugoslavia (Serbia y Montenegro). Al mismo tiempo, estamos interesados en que el Consejo de Seguridad apruebe decisiones, de acuerdo con los progresos logrados con respecto al arreglo político de la crisis, encaminadas a levantar las sanciones.

La situación de la zona oriental de la República de Moldova sigue siendo delicada. Estamos convencidos de que la retirada inmediata de las tropas extranjeras, cualquiera sea su forma o denominación, del territorio de ese Estado independiente y soberano, sigue siendo la clave de la solución del conflicto de la región oriental de la República de Moldova. En efecto, tomamos nota con satisfacción de que ese punto de vista es compartido por la comunidad internacional. Celebramos el acuerdo concertado entre la República de Moldova y la Federación de Rusia sobre la retirada de las tropas rusas del territorio del primero de esos países. A nuestro criterio, es un paso positivo que puede contribuir al aumento de la estabilidad en la zona, y abrigamos la esperanza de que ese acuerdo pase a ser operacional.

Se ha atribuido con justicia a las Naciones Unidas un papel principal en la concepción de un nuevo orden mundial, capaz de responder a las esperanzas y las aspiraciones de los pueblos. A fin de lograr ese objetivo, consideramos que las Naciones Unidas deberían adaptar sus estructuras a las exigencias del desarrollo económico y prestar una atención creciente a la armonización de las prácticas comerciales, de la cooperación tecnológica y de las políticas monetarias de los Estados Miembros y las instituciones financieras internacionales.

Las actividades recientes de las Naciones Unidas han estado marcadas por una serie importante de conferencias en la cumbre que han abordado temas de gran importancia para toda la humanidad. Esas conferencias han subrayado la urgencia, la gravedad y la complejidad de los temas abordados y han ampliado la esfera del consenso internacional sobre los programas mundiales relativos al medio ambiente,

la población, el desarrollo social, los derechos humanos y la condición de la mujer. Consideramos que las Naciones Unidas y sus Estados Miembros deben concentrar sus esfuerzos en las vías y los medios necesarios para aplicar las decisiones adoptadas por esas conferencias.

En ese sentido, quiero mencionar el Plan de Acción adoptado por la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, celebrada en El Cairo. La utilidad de ese documento volvió a quedar confirmada en el seminario regional relativo a su aplicación en los países de Europa central y oriental organizado recientemente en Rumania, en cooperación con el Fondo de Población de las Naciones Unidas. Al mismo tiempo, deseo expresar la disponibilidad del Gobierno rumano para organizar el año próximo en Bucarest una reunión similar con miras a examinar los progresos realizados a nivel regional en el logro de las disposiciones de la Plataforma de Acción adoptada por la Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing.

Es evidente que los grandes problemas mundiales abordados por las Naciones Unidas no se pueden resolver sin los medios financieros adecuados. El aumento sin precedentes del número de graves problemas que atraen la atención de las Naciones Unidas no se ha visto acompañado del aumento de los recursos necesarios. En la actualidad, la Organización se enfrenta a una grave crisis financiera. Un posible enfoque de esta crisis sería examinar la utilización más eficaz de los recursos internos disponibles, la eliminación de la duplicación de actividades, la gestión más eficaz de los documentos, la utilización productiva de los recursos humanos, el control financiero estricto y la evaluación permanente de la relación entre costos y beneficios.

Por lo que respecta a la utilización de los recursos, las operaciones de mantenimiento de la paz merecen una mención especial. El aumento sin precedentes de esas operaciones indica, entre otras cosas, una participación mucho más activa de la Organización mundial en la gestión de las crisis y en la diplomacia preventiva. A pesar de ello, esta nueva tendencia ha determinado un crecimiento del volumen de recursos necesarios. Si tenemos en cuenta que la gran mayoría de los conflictos actuales que precisan operaciones de las Naciones Unidas son internos, debemos admitir que la comunidad internacional dispone de medios de presión limitados. La continuación de operaciones ineficaces no sirve para cumplir los objetivos de la Organización de manera adecuada, y por tanto, la delegación de Rumania apoya la tendencia hacia un examen más riguroso de todas las decisiones referidas al inicio de nuevas operaciones de mantenimiento de la paz o a la continuación de las operaciones existentes.

Rumania ha manifestado su interés en la limitación y la prevención de los conflictos en las diferentes zonas del mundo, no sólo favoreciendo y alentando firmemente la búsqueda de soluciones políticas, sino también participando en operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas en el Iraq y Kuwait, y en Somalia, Rwanda y Angola. Rumania está decidida a contribuir de manera sustancial a esas operaciones e iniciativas. Con este objetivo, ha adoptado un programa especial a fin de aumentar su capacidad para reaccionar de manera adecuada a todas las peticiones formuladas por las Naciones Unidas, u otros órganos, respetando estrictamente los principios que rigen la actividad de la Organización.

Un examen retrospectivo del largo camino que han recorrido las Naciones Unidas durante su medio siglo de existencia, y en particular de los esfuerzos que han desplegado para adaptarse a la dinámica de la vida internacional en estos cinco últimos años, nos ha convencido de la utilidad y del destino histórico de la Organización. Quiero asegurar a la Asamblea que Rumania, por su vocación de paz, por su deseo de cooperar a nivel bilateral, regional o multilateral, por su compromiso firme con la protección de la paz y la seguridad internacionales, por su adhesión a los valores democráticos y por su respeto a los derechos humanos, está decidida a apoyar el patrimonio común de los valores de las Naciones Unidas. Nuestra presencia entre los Miembros de las Naciones Unidas desde hace 40 años se basa en el prestigio y en la autoridad moral que tiene la Organización a los ojos del pueblo rumano.

Por este motivo, seguiremos comprometidos, también en el futuro, con toda nuestra energía y todos nuestros recursos disponibles, al noble deber de servir a los ideales y los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

**El Presidente interino:** Tiene la palabra Su Excelencia el Sr. Dioncunda Traore, Ministro de Estado y Ministro de Relaciones Exteriores de Malí, para los malienses que viven en el exterior y para la Integración Africana.

**Sr. Traore (Malí) (*interpretación del francés*):** Estamos reunidos en vísperas del cincuentenario de las Naciones Unidas a fin de examinar, como cada año, el camino recorrido por nuestra Organización, una institución creada para exaltar la paz y la solidaridad entre los hombres.

Aunque por su programa este período de sesiones se parece en muchos aspectos a períodos de sesiones precedentes de la Asamblea General, es evidente que este año tiene un significado mucho más profundo, ya que se conmemora el cincuentenario de las Naciones Unidas, 50 años durante

los cuales se afirmó y consolidó la comunidad de destino de pueblos diversos, a pesar de los múltiples desafíos y peligros.

Es significativo ver, en vísperas del cincuentenario, al representante de una antigua nación europea presidir la labor del quincuagésimo período de sesiones de la Asamblea General. En efecto, el continente al que pertenece el país del Presidente, Portugal, siempre ha sido uno de los actores principales, por su papel histórico en el mecanismo de las relaciones internacionales. Su elección es prueba de que la comunidad internacional reconoce unánimemente a su país y también constituye un homenaje a su talento y a sus calidades de diplomático hábil y competente.

Aprovechamos esta oportunidad para dar las gracias al anterior Presidente, nuestro hermano y amigo Amara Essy, de Côte d'Ivoire, quien dirigió con competencia y dedicación las labores del cuadragésimo noveno período de sesiones.

También es significativo que este período de sesiones simbólico se desarrolle bajo el mandato del Sr. Boutros Boutros-Ghali, quien fue elegido hace tres años para dirigir esta Organización mundial. El Sr. Boutros Boutros-Ghali también es conocido por ser un brillante negociador, que por su visión clarividente y su talento diplomático ha allanado el camino de la paz en el Oriente Medio. Ahora se ha dedicado con perseverancia a la misión sublime y exaltadora de reconciliar a las Naciones Unidas con sus nobles ideales, sus principios intangibles y sus objetivos esenciales.

La República de Malí accedió a las Naciones Unidas hace 35 años, el 28 de septiembre de 1960, sólo seis días después de adquirir su soberanía nacional e internacional, el 22 de septiembre de 1960.

Malí, al igual que otros 30 Estados africanos, amplió la familia de naciones libres e independientes y aportó a las Naciones Unidas la vitalidad, el humanismo y la generosidad de los pueblos africanos.

La personalidad internacional de Malí, forjada durante siglos, se basa ante todo en su capacidad de vivir en armonía con sus vecinos, en su apertura al mundo, en su sentido de solidaridad y en su compromiso constante de defender los valores de la humanidad.

La República de Malí seguirá asumiendo esta vocación a pesar de los obstáculos y de la incompreensión inherente a la cohabitación entre culturas y tradiciones diferentes, porque estamos firmemente convencidos de que la diversi-

dad étnica y cultural es, más bien, un factor de enriquecimiento mutuo, y un poderoso estímulo para el progreso económico, social y cultural. Por su situación geográfica, la República de Malí, país en que se encuentran África del Norte y el África al Sur del Sáhara, es una nación en la que durante muchos siglos se han unido diferentes culturas. Malí vive en un ambiente de buena convivencia en que se manifiesta el pluralismo étnico, religioso, político, social y cultural.

El problema nacional del norte del país obtuvo publicidad a raíz de afirmaciones parciales e infundadas que difundieron en todo el mundo quienes tienen como único objetivo desestabilizar a los Estados jóvenes. La crisis que desestabilizó la región del norte de Malí, por su poder destructivo, ha sido una prueba muy dura para mi país. Con la restauración y consolidación de la paz y el regreso masivo voluntario de los refugiados, los sentimientos de rechazo del Estado registrados tras los bloqueos y la exclusión anteriores, con su corolario de reacciones violentas, se han convertido en un anacronismo en un Estado de derecho en que el lenguaje de las armas y de otras formas de violencia no pueden concebirse como medios de expresión o ejercicio de un derecho de representación.

La exitosa reunión de Tombuctú entre el Gobierno y los socios en el desarrollo, celebrada en el norte de Malí del 15 al 18 de julio de 1995, más allá de simbolizar una solidaridad internacional ejemplar, permitió mostrar a la comunidad internacional la voluntad de todos los elementos de la sociedad de Malí de dedicarse prioritariamente a las tareas del desarrollo.

Nacida dolorosamente al día siguiente del 26 de marzo de 1991, fecha que marca el triunfo de una revolución popular, la democracia se ha convertido en un dato permanente y omnipresente en la vida cotidiana del pueblo de Malí, que pagó un alto precio para obtenerla.

La revolución democrática que tuvo lugar en Malí hace cuatro años participa del movimiento general manifestado en todo el mundo para destruir los muros de la opresión y la alienación de los pueblos. Engendró un joven Estado democrático que, pese a las imperfecciones inherentes a toda obra humana, es un ejemplo exitoso de construcción rápida de un Estado de derecho.

Preocupado por consolidar el proceso democrático, el Gobierno inició y logró hace un año, dentro del marco de la búsqueda de un consenso general en torno a los problemas de la nación, amplias concertaciones regionales y una síntesis nacional. En el foro de las fuerzas vivas de la

nación, se debatieron con total transparencia las preocupaciones de la población, entre gobernantes y gobernados, para buscar soluciones de consenso que permitieran enfrentar el desafío de la permanencia de la nación y su desarrollo.

Quiero subrayar que el Malí democrático privilegia el respeto de los derechos humanos y los derechos de los pueblos. En tal sentido, creó un Tribunal de Honor que reunió, el 10 de diciembre de 1994, aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos, a eminentes juristas internacionales y, con toda transparencia se interpeló al gobierno de la República sobre la gestión en estos temas. Se trata de un ejercicio ejemplar que permitió demostrar que el respeto por los derechos humanos y la institución del Estado de derecho son, de ahora en adelante, una realidad en Malí.

En Malí, como en muchos otros países, la historia se aceleró vertiginosamente a finales del decenio de 1980. La caída del muro de Berlín fue un símbolo del fin de la división del mundo en dos bloques ideológicos y militares rivales. Este símbolo anunció cambios fundamentales e irreversibles en las relaciones internacionales y llevó a una nueva organización en las relaciones de fuerza entre las Potencias grandes y medianas.

El fin del mundo bipolar haría desaparecer el riesgo de una conflagración mundial. La humanidad esperaba que se concretaran sus legítimas aspiraciones de paz y seguridad. Esta esperanza desapareció rápidamente en el período posterior a la caída del muro de Berlín, al aparecer conflictos angustiosos en todo el mundo.

Vivimos un ciclo infernal de violencia y destrucción que arrasa con los fundamentos de la unidad, la integridad territorial y la soberanía de numerosos países.

Se dice que África es una tierra de fuego colocada en el vientre del mundo. Este sigue siendo el continente mártir. Existen divergencias profundas con imágenes insoportables de largos convoyes humanos —o, debería decir, inhumanos— de refugiados que huyen de su propio país. El problema de los refugiados sigue siendo un drama que la comunidad internacional tiene que resolver en forma adecuada y rápida.

Las matanzas interétnicas en Burundi y Rwanda, que provocaron miles de refugiados, son un desafío a la conciencia y a la moral humanas. La situación de Rwanda requiere la movilización constante de las Naciones Unidas para restaurar la paz en el país y permitir que regresen con

tranquilidad cientos de miles de refugiados a sus hogares. El drama de Rwanda escandaliza a la raza humana y exige que la comunidad internacional busque y aplique soluciones para garantizar en el país la coexistencia interétnica en forma armoniosa y definitiva.

Malí tiene un contingente militar en Rwanda. Ese país podría beneficiarse de una asistencia consecuente de la comunidad internacional.

Entre los conflictos armados que aquejan a nuestro continente figura el de Somalia. En ese país, la situación sigue siendo caótica debido a la intransigencia y la ambición de los caudillos. Los Estados de esta región se han empeñado en lograr la paz, por lo cual les rendimos homenaje. Deben redoblar sus esfuerzos, con la asistencia de la comunidad internacional, naturalmente, a fin de encontrar soluciones que todas las partes puedan aceptar.

La experiencia que tiene lugar en Liberia, si se consolida, puede constituir un ejemplo a seguir para el arreglo de los conflictos locales, gracias a las iniciativas subregionales. Desde la firma del Acuerdo de Abuja por las partes en conflicto el 19 de agosto último, se instauró un Gobierno de transición y de unión nacional en Monrovia, la capital, con miras a la organización de elecciones libres y regulares, garantía del regreso de la paz a Liberia.

En cuanto a la solución de las crisis en África, la mayor satisfacción proviene de Angola con la firma del Protocolo de Paz de Lusaka el 20 de noviembre de 1994 y, sobre todo, después de las reuniones en Lusaka y en ciudad del Cabo del Presidente José Eduardo Dos Santos y el Sr. Jonas Savimbi. La dinámica de la paz desencadenada de esta manera se consolida con la participación de la UNITA en el poder. Queremos felicitar calurosamente a todos los jefes de Estado africanos, al Secretario General de las Naciones Unidas y a su Representante Especial por su notable contribución al logro de la paz en Angola.

Malí también sigue con interés la cuestión del Sáhara Occidental y espera sinceramente que se organice y celebre muy pronto el referendo de libre determinación que ha de llevar a la instauración de una paz definitiva en la parte noroeste de nuestro continente.

Como siempre lo subrayó con vigor el Presidente de la República de Malí, Sr. Alpha Oumar Konare, mi país alienta firmemente la creación de un órgano central del mecanismo para la prevención, la gestión y la solución de

los conflictos en el África bajo autoridad africana e invita a la comunidad internacional a apoyar esta iniciativa.

Por cierto, el mundo debe convencerse de que la prevención de los conflictos cuesta menos a la humanidad que la gestión de sus consecuencias. La Organización de la Unidad Africana (OUA) y las Naciones Unidas deben dedicarse cada vez más a la prevención y deben acabar con la situación lamentable de remediar las cosas después de sucedido el mal.

Uno de los acontecimientos políticos más importantes de la década de 1990, sin duda será el retorno progresivo de la paz al Oriente Medio con la firma en 1993 del acuerdo entre Israel y la Organización de Liberación de Palestina (OLP). Esperamos que las conversaciones sobre el Golán entre Israel y Siria y el nuevo acuerdo sobre la ampliación de la autonomía palestina en Cisjordania sellen en forma definitiva la paz global en esta región. En el Oriente Medio, como en el resto del mundo, Malí seguirá contribuyendo modestamente a la búsqueda de la paz y la seguridad internacionales.

En el seno de las Naciones Unidas, y en el del Movimiento de los Países No Alineados, de la OUA y de todos los otros grupos regionales y subregionales, mi país advirtió muy pronto que era necesario proponer una nueva y más amplia visión de las relaciones internacionales, única alternativa confiable a la división del mundo en dos bloques rivales, puesto que la competencia podría llevar a la humanidad a la catástrofe. El fin de la bipolaridad del mundo confirma que es justa y pertinente nuestra idea política. Es por ello que de conformidad con nuestras convicciones pensamos que las Naciones Unidas sigue siendo el marco más adecuado para los países en desarrollo, el marco más adecuado para profundizar las reflexiones sobre las verdaderas aspiraciones de la humanidad; tal es el caso de los requisitos para el desarrollo y el establecimiento de mayores relaciones de solidaridad entre los países del Norte y del Sur. Debemos convencernos de que la indigencia y la miseria cada vez mayores son las causas de la violencia y los conflictos armados en el mundo.

Las cuestiones del desarrollo constituyen preocupaciones principales de todos los países. El desempeño económico es hoy el criterio para evaluar el poderío de un Estado en el concierto de las naciones. Desafortunadamente, África sigue apartada de esa situación. A pesar de la reanudación del crecimiento de la economía mundial, comprobada desde el año pasado después de varios años de estancamiento, la situación de África debido a su marginalización sigue siendo motivo de preocupación.

Los esfuerzos en pro del desarrollo de los países africanos mediante las reformas económicas, el ajuste estructural y la promoción del sector privado se ven anulados por las fluctuaciones de los precios de los productos básicos y un servicio demasiado pesado de la deuda. Las inversiones extranjeras en nuestro continente siguen siendo muy débiles. Además, el peso de la deuda africana continúa aumentando y absorbe el 25% de los ingresos por concepto de exportaciones. Esta situación llega a ser dramática si se comprueba que se conjuga con un recrudecimiento de los desastres naturales y la agravación y persistencia de enfermedades como el SIDA y sobre todo el paludismo.

“Un programa para el desarrollo”, que es el reconocimiento del derecho de los países en desarrollo al desarrollo, sobre todo de los países menos adelantados, debe reorientar los objetivos y prioridades del sistema de las Naciones Unidas hacia programas y actividades socioeconómicos destinados a eliminar la pobreza y a desarrollar los recursos humanos mediante la educación, la capacitación, la integración social y la creación de empleos productivos.

Lamentablemente, el nuevo Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo de África en el decenio de 1990 sigue siendo sólo un voto piadoso. La única iniciativa que se ha adoptado en todo el marco de este Programa, o sea, la creación de un fondo de diversificación para los productos básicos africanos, no ha tenido éxito debido a la renuencia de algunos países desarrollados. Ello es prueba del poco interés que se atribuye a las legítimas reivindicaciones africanas con respecto a la reanudación del crecimiento y el desarrollo del continente.

Las relaciones comerciales internacionales se han caracterizado por la finalización de las negociaciones de la Ronda Uruguay y la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Los países en desarrollo esperan que se apliquen en forma total las disposiciones del acta final de la Ronda Uruguay, sobre todo en lo relativo a los mecanismos de compensación para los países menos adelantados, los países exportadores de productos alimenticios, así como de aquellos que deben sufrir los efectos negativos de la supresión del sistema generalizado de preferencias.

Según los cálculos concordantes de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) y de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), el resultado global del octavo ciclo de negociaciones beneficiará sólo a los países industriales. En el caso de África, por ejemplo, los estudios de la OCDE

prevén pérdidas de más de 2.000 millones de dólares hasta el año 2000. Al respecto es conveniente que la Organización Mundial del Comercio adopte las decisiones y recomendaciones valerosas que se necesitan en beneficio de África.

Los asuntos relacionados con el medio ambiente son tema de preocupación importante en la medida que el equilibrio ecológico condiciona la supervivencia misma de la humanidad. Esperamos ansiosamente que las decisiones y recomendaciones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo se apliquen rápidamente para preservar a nuestro planeta de una degradación peligrosa y fatal. Mi país, que conoció los efectos de la sequía y la desertificación y sigue sufriendo sus secuelas, asigna una gran importancia a la Convención de las Naciones Unidas de lucha contra la desertificación en los países afectados por la sequía grave o desertificación, en particular en África, concertada en París el 17 de junio de 1994.

Entre los desafíos que enfrenta la comunidad internacional tienen prioridad las cuestiones sociales, especialmente el fenómeno de la sobrepoblación, la superproducción, el tráfico y uso de drogas, el desempleo, la violencia y la desintegración social, y el papel de la mujer en el desarrollo económico y social.

Estamos convencidos de que la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, celebrada en El Cairo, señaló verdaderamente el inicio de un proceso nuevo en materia de estrategia de población y desarrollo. Asimismo, las recomendaciones de la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social, que tuvo lugar en marzo pasado en Copenhague, deberían contribuir a mejorar la suerte de las categorías sociales desaventajadas. La cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, que se celebró en Beijing del 4 al 15 de septiembre de 1995, constituyó una iniciativa concreta y loable para tomar en cuenta en forma efectiva el papel y el lugar de la mujer en las actividades económicas y sociales.

Malí, como la mayoría de los Estados africanos, sigue siendo un país pobre que se enfrenta a importantes problemas de desarrollo económico, tanto estructural como coyuntural. La aplicación de nuestro programa de acción para el decenio de 1990 se basa en estrategias cuidadosamente determinadas por acuerdos concluidos con las instituciones de Bretton Woods acerca de las políticas económicas y financieras para el decenio. Las directrices fundamentales de mi país, además de derivar de la voluntad nacional, se insertan perfectamente en la estrategia del

desarrollo duradero y están de acuerdo con el Programa de Acción de las Naciones Unidas en favor de los países menos adelantados para el decenio de 1990.

La República de Malí trabaja incansablemente para que se reanude el diálogo sobre el fortalecimiento de la cooperación económica internacional para el desarrollo por medio de la coparticipación. Ello se refleja en Malí en la realización de mesas redondas con los copartícipes en el desarrollo en los sectores clave de la economía nacional.

En materia de política de población, la acción de nuestro país se traduce en el establecimiento de un mecanismo institucional centralizado de coordinación, encargado de aplicar la política de población en todo el territorio nacional, por una parte, y en los diferentes sectores del desarrollo económico y social, por otra. Además, el programa del Fondo de Población de las Naciones Unidas para Malí ha sido adaptado al contenido y a las orientaciones del Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo.

En Malí pensamos que la aplicación de estos diferentes programas y actividades de las Naciones Unidas, basada sobre todo en un esfuerzo nacional cada vez más sostenido, exige también una movilización más importante de la asistencia, tanto multilateral como bilateral. Por lo tanto, es cada vez más urgente que los países ricos e industrializados pongan a disposición de las Naciones Unidas y de sus instituciones especializadas los recursos necesarios para la realización efectiva de sus diferentes planes y programas de acción aprobados desde el comienzo del decenio de 1990. Sólo si se cumple esta condición el siglo XXI podrá ser de despegue económico generalizado y de prosperidad compartida por todos.

El compromiso de la República de Malí en favor de una cooperación internacional más abierta y solidaria es total. Más fuerte es todavía la disposición de mi país a favor de la integración económica en África, cuyos Estados miembros, tomados en forma aislada, no pueden, en su gran mayoría, asegurar un desarrollo duradero y equilibrado. Los países africanos, en el marco de agrupamientos regionales, deben seguir una política económica de complementariedad de sus producciones nacionales y limitar toda competencia nefasta, causa del grave fenómeno del flujo negativo de recursos. Estas entidades económicas, constituidas por Estados interdependientes, deben recibir todo el apoyo necesario de los copartícipes del desarrollo.

Las Naciones Unidas, nacidas como consecuencia del mayor trauma que los pueblos hayan sufrido jamás, se ha

fijado como objetivo construir un mundo nuevo por medio del derecho. Acababa de ver la luz del día un poderoso mecanismo al servicio de la paz, la solidaridad y el desarrollo. Nunca antes el mundo había producido un arsenal tan impresionante de textos, convenciones, declaraciones y programas de acción, todos para llegar a definir las normas de la buena conducta internacional, prevenir los conflictos y las guerras, garantizar la coexistencia pacífica y promover el desarrollo. Con las Naciones Unidas nació una nueva ética internacional. Las Potencias victoriosas de la segunda guerra mundial, que mantienen el formidable poder del veto, tenían el deber moral de dar permanencia a esa ética.

Lamentablemente, concebidas sobre la base de relaciones de fuerza, las Naciones Unidas se volvieron frágiles a causa de las rivalidades de bloques y Potencias. Por ello, el Consejo de Seguridad, que es nada menos que el instrumento privilegiado de mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, a menudo quedó paralizado en el cumplimiento de sus misiones fundamentales. En el curso de este medio siglo, graves conflictos estuvieron a punto de conducir a un tercer enfrentamiento mundial. Si bien el mundo ha vivido un período sin guerra a nivel global, los pueblos sufrieron con angustia el equilibrio del terror impuesto por las Potencias nucleares.

El nuevo contexto político internacional que predomina desde el final del decenio de 1980 es, más que nunca, propicio para que se instaure un consenso internacional favorable a la necesaria rehabilitación de las Naciones Unidas y a la restauración de su autoridad, para el cumplimiento de sus misiones esenciales. Todavía hoy se hace sentir la urgente necesidad de proceder a una reestructuración y revitalización de las estructuras de la Organización, a fin de que sea más eficaz, es decir, más rápida para decidir, más justa en sus decisiones, más capaz de controlar, de reaccionar y de sancionar cuando y donde sea necesario, en interés de la comunidad internacional.

Esta es, ciertamente, la misión de las Naciones Unidas que, desde 1948, ha establecido las operaciones de mantenimiento de la paz. Por lo tanto, todos los Estados tienen la obligación de dotar a esas operaciones de los medios humanos y materiales adecuados a fin de que nadie pueda dudar de la credibilidad de nuestra Organización.

Esas operaciones deben enfrentar, allí donde estén desplegadas, graves atentados contra los derechos humanos y de los pueblos. A este respecto, la dramática situación reinante en Bosnia y Herzegovina merece toda la atención de esta Asamblea. La comunidad internacional debe

restaurar la soberanía del pueblo bosnio y la integridad territorial de la República de Bosnia, de conformidad con las resoluciones de las Naciones Unidas. La delegación de Malí, que también suscribe las resoluciones pertinentes de la Organización de la Conferencia Islámica, estima que el desafío lanzado a la comunidad internacional en la ex República de Yugoslavia debe enfrentarse con decisión para evitar que constituya un precedente peligroso en las relaciones internacionales.

Un mundo basado en el derecho debe necesariamente estar sostenido por el ideal de un mundo de justicia. El deber de asistencia, a menudo invocado por las Naciones Unidas y las organizaciones regionales, relativiza el principio de no injerencia en los asuntos internos de un país cuando la comunidad internacional encuentra en ese país violaciones flagrantes de los derechos humanos y de los pueblos.

Así, las Naciones Unidas han hecho justicia y aplicado el derecho al restablecer en Haití las instituciones republicanas. Es también en nombre del derecho y de la justicia que Malí pide el levantamiento de las sanciones internacionales contra Libia y el Iraq, cuyos pueblos sólo aspiran a la felicidad, al bienestar y a la paz. El mantenimiento de las sanciones, que en realidad sólo afectan a la población libia e iraquí, —es necesario decirlo— es contrario a la moral humana y al deber de asistencia y solidaridad con esos pueblos.

El siglo XX que termina habrá sido el siglo de progresos prodigiosos en todas las esferas y un siglo en el que el ser humano habrá dado la medida de su formidable capacidad de invención. Es un símbolo muy significativo que en este siglo que termina la comunidad internacional, de forma casi unánime, haya confirmado su voluntad de prohibir para siempre la proliferación y la utilización de las armas nucleares mediante el acuerdo concertado hace unos meses de prorrogar ilimitadamente el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP). El rechazo de las armas nucleares traduce la opción irreversible de los pueblos en favor de la paz y del desarrollo.

Es realmente sorprendente que los países que detentan las armas nucleares no hayan entendido la extraordinaria prueba de confianza que les ha manifestado el resto de la comunidad internacional al adherir masivamente al Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares. Esta enorme confianza entraña que esos países deben aceptar el desafío de la paz procediendo a detener de forma total e inmediata los ensayos reales y simulados y a una destrucción gradual de las reservas de armas nucleares.

En este fin del segundo milenio se afianza un movimiento mundial en pro de la democracia y la libertad. Nuestra Organización ha alentado en todas partes la búsqueda de la justicia y de la libre expresión de los pueblos. Para consolidarse y hacerse perenne, este amplio movimiento debe ir acompañado de la democratización necesaria de las relaciones internacionales. Lamentablemente, tarda en producirse esta democratización y el Presidente de la República de Malí ha descrito esta situación al señalar que:

“Las desigualdades actuales entre los hombres, entre las comunidades y entre los Estados plantean con agudeza la cuestión de la justicia vinculada al orden y a la moral al nivel de las naciones... Nuestro mundo está hecho de desigualdades sostenidas, de fuentes de conflictos y de violencias. Todos debemos tomar conciencia de los peligros que nos inclinan a rechazar un cambio de las estructuras actuales que perjudican a los más pobres en beneficio de los más poderosos. Necesitamos un mundo más solidario, menos egoísta y más humano.”

En efecto, es lamentable ver que las relaciones internacionales siguen estando dirigidas bajo el prisma de la división del mundo en zonas de influencia y de intereses, mientras que los nuevos cambios políticos y económicos producidos en los países en desarrollo exigen nuevos comportamientos de los socios del desarrollo, sobre todo de los países industrializados. Cada vez se refuerza más la convicción de que la cooperación internacional está dirigida sobre todo por criterios de intereses económicos en detrimento de los valores de la solidaridad y la justicia. No obstante, los desafíos que se plantean a la humanidad son comunes. Son, entre otros, la degradación del medio ambiente, la contaminación, los desechos tóxicos, la enfermedad, el hambre, la pobreza y la desnutrición. De la solución colectiva que se encuentre a estos graves problemas dependerá el equilibrio de nuestro planeta y la supervivencia de la humanidad.

Nunca insistiremos suficientemente en afirmar que sólo el establecimiento de relaciones internacionales solidarias y equitativas, impregnadas de justicia, puede permitir triunfar sobre este desafío que, por lo demás, está al alcance del hombre. El mantenimiento de la paz en el próximo milenio dependerá de la capacidad de la comunidad internacional de promover el desarrollo para todos. Por tanto, es urgente restablecer los valores de solidaridad, justicia y democracia en las relaciones internacionales a fin de preservar a las generaciones futuras.

**El Presidente interino:** Tiene la palabra el Excelentísimo Sr. Alejandro Maldonado Aguirre, Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala.

**Sr. Maldonado Aguirre (Guatemala):** Es para la delegación de Guatemala un grato deber saludar la elección del Sr. Freitas do Amaral para ocupar la Presidencia de la Asamblea General que este año adquiere mayor solemnidad. Presidirá un período de sesiones que, como nunca en su historia, recibirá el mensaje de los gobernantes de casi todo el mundo. Estamos convencidos de que su experiencia nos garantiza el éxito de nuestras labores.

También deseo expresar nuestro reconocimiento al Embajador Essy por la extraordinaria habilidad y eficiencia con que dirigió las labores de la Asamblea General en el curso de su último período de sesiones.

Asimismo, no puedo menos de manifestar al Secretario General, Sr. Boutros Boutros-Ghali, el agradecimiento de mi Gobierno por los tesoreros esfuerzos que ha desplegado en pro de la paz durante un período en que han sido puestas a tan dura prueba sus extraordinarias dotes diplomáticas.

Toda institución tiende a modelar su propia vida, que no siempre se conforma con pautas preestablecidas. A consecuencia de ello, por mucho que quienes aplican el instrumento constitutivo de la institución veneren sus disposiciones, no pueden evitar que, hasta cierto punto, la organización trascienda a lo que tuvieron en mente sus fundadores. A ello cabe agregar que cuanto más antiguo sea el instrumento constitutivo, mayores suelen ser las disparidades entre lo originalmente previsto con el accionar de la institución en la práctica y, obviamente, los grandes cambios ocurridos y las nuevas proyecciones del fin del siglo no pueden menos que intensificar este fenómeno.

Era imposible que las Naciones Unidas escapasen de esta tendencia, sobre todo cuando lo exigen las circunstancias. En efecto, ha transcurrido medio siglo desde la fundación de las Naciones Unidas y ninguno de sus fundadores hubiera podido imaginarse los espectaculares y vertiginosos cambios que han sobrevenido en el mundo desde que se celebró la Conferencia de San Francisco. Hay que tener en cuenta que la Carta, como instrumento jurídico constitucional, para su intelección justifica la interpretación finalista y actual de sus disposiciones.

En lo que respecta a las actividades operacionales de nuestra Organización en el campo económico y social, pocos hubieran pensado en 1945 que tendrían la amplitud que han alcanzado. Tampoco se hubiera pensado entonces

que el párrafo 7 del Artículo 2 de la Carta no le impediría a la Organización erigirse en promotor y auxiliar legítimo del respeto a los derechos humanos en el mundo.

También deseamos rendir un merecido tributo a la extraordinaria habilidad de los representantes de los Estados Miembros al elaborar fórmulas transaccionales que han permitido extraer de lo que parecía un inminente fracaso, acuerdos globales de gran importancia, mucho más sólidos en la medida en que fueron alcanzados por equilibrados consensos.

*El Sr. Peerthum (Mauricio), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.*

Aun cuando podemos tener ciertas reservas sobre algunas modalidades específicas del funcionamiento de la Organización, en términos generales, mi Gobierno aplaude la gran adaptabilidad a las circunstancias que ha demostrado el sistema de las Naciones Unidas para abordar los problemas con serenidad y realismo.

Si bien rendimos homenaje a las notables dotes de adaptabilidad, al pragmatismo realizador y su habilidad para sortear tremendos escollos políticos que ha revelado la Organización, nuestra admiración no debe ocultarnos la necesidad, a la que ya se comienza a hacer frente, de efectuar reformas que permitan eliminar fallas y omisiones que padece y así aumentar su eficiencia y hacerla más democrática, para que se constituya en un justo contraste de las prácticas unilaterales que pretenden subrogarla.

Entre las características más extraordinarias del mundo en que vivimos figuran disparidades y paradojas casi increíbles. No obstante que su mención constituye un lugar común en este foro, no es posible callar que la riqueza de la generalidad de los habitantes de una casi exclusiva minoría de países contrasta con las grandes dificultades y pobreza que sufren tres cuartas partes de los habitantes del planeta, a quienes se les impide competir en el mercado internacional ni siquiera con sus productos primarios, a base de restricciones administrativas, subsidios y discriminaciones políticas. Hay lugares en que los productos más sofisticados de la tecnología moderna son las herramientas normales del trabajador; en cambio, hay otros donde podemos recorrer vastas regiones sin ver más tecnología que la que se usaba en tiempos bíblicos. Es apenas necesario subrayar el contraste entre la pobreza extrema que padecen tantos seres humanos y el enorme gasto en armamentos.



En lo que respecta a la democracia y los derechos humanos, reconocemos el vigor cada vez mayor que en la conciencia universal van cobrando esos ideales, aun cuando compartimos la preocupación por el relativismo de su exigencia y también su instrumentalización como recurso para presiones políticas y hasta para el tráfico de influencias.

Indudablemente será necesario superar estas contradicciones. Estamos seguros de que si esta meta se logra, siquiera parcialmente, el mérito corresponderá en gran parte a las Naciones Unidas, que de acuerdo con la Carta debe “servir de centro que armonice los esfuerzos de las naciones por alcanzar” los “propósitos comunes” que enuncia el Artículo 1 de ese instrumento.

Ningún guatemalteco puede pronunciar o escuchar la palabra que por sí sola es el sentido de esta Organización, la palabra paz, sin que de inmediato surja en su mente el principal de los problemas que acosan a mi país. Tras una lucha fratricida, en gran parte impulsada por una guerra fría que nos era ajena y que por más de treinta años ha causado daños a miles de familias y puesto en peligro la democracia, desatando por las partes en conflicto violaciones de los derechos humanos, el más fervoroso anhelo del pueblo de Guatemala no puede menos que ser la reconciliación y la paz firme y duradera.

Si ese resultado aún no se ha conseguido, ello no se debe a la falta de esfuerzos, paciencia y extremada tolerancia por parte del Gobierno democrático y, como es bien sabido, también por parte de la comunidad internacional, actuando principalmente a través del grupo de países amigos y de las Naciones Unidas, en particular del Secretario General.

El Gobierno de Guatemala desea poner de manifiesto su reconocimiento a todos cuantos han contribuido al funcionamiento de los mecanismos desplegados, que coadyuvan al objetivo nacional de alcanzar la paz, la reconciliación y el desarrollo, en especial al Secretario General, a la Unidad de Asuntos de Guatemala, al Moderador y a la Misión de las Naciones Unidas de Verificación de la Situación de los Derechos Humanos en Guatemala (MINUGUA). También estamos reconocidos a los seis Gobiernos que forman el grupo de amigos del proceso de paz de Guatemala por su valiosísima contribución a estas intensas y perseverantes labores.

El Gobierno de Guatemala no ha escatimado esfuerzos para hacer realidad la aspiración de la nación toda a que se ponga fin al enfrentamiento armado interno.

En el campo de los derechos humanos, el Gobierno del Presidente De León Carpio ha enfrentado la situación derivada del enfrentamiento armado que por tres decenios ha afectado a nuestro país, por lo que las tareas dentro de este campo se encuentran íntimamente ligadas a la construcción de la paz. Esto lo llevó a la suscripción del Acuerdo Global de Derechos Humanos, el 29 de marzo de 1994, que entrañó un compromiso por medio del cual reafirmó su adhesión a los principios y las normas, orientado a garantizar y proteger la plena observancia por las partes de los derechos humanos, así como su voluntad política de hacerlos respetar.

Derivado del Acuerdo indicado, se estableció en nuestro país la Misión de las Naciones Unidas de Verificación de la Situación de los Derechos Humanos en Guatemala (MINUGUA), a la que se le han brindado las más amplias facilidades y garantías para su actuación dentro del territorio nacional. El cumplimiento de varias recomendaciones de MINUGUA tropieza con las dificultades consiguientes a limitaciones en el campo institucional, que se trata de resolver, aunque debe reconocerse que algunas disposiciones no alcanzan la dinámica suficiente para satisfacerlas todas al cortísimo plazo.

Asimismo, opera en el país el Procurador de los Derechos Humanos, cargo que anteriormente sirvió el Presidente De León Carpio, institución que conserva y acrecienta su prestigio interno y su credibilidad internacional. La Comisión Presidencial Coordinadora de la Política del Ejecutivo en Materia de Derechos Humanos hace esfuerzos cada vez más significativos para que las recomendaciones sean debidamente acatadas y, a la vez, existan mecanismos preventivos para evitar la violación de los derechos humanos, que es expresión de la voluntad política del Gobierno.

Quisiera ahora referirme al proceso de integración centroamericana, que dio lugar a la firma del Protocolo de Tegucigalpa. El Sistema de Integración Centroamericana (SICA), establecido como organización intergubernamental, está funcionando exitosamente desde principios de 1993, en el propósito de fortalecer la integración en los planos económico, social, cultural y político.

Guatemala espera que la Asamblea General, teniendo en cuenta la importancia del SICA, que abarca casi todas las áreas de actividad de los Gobiernos de los Estados miembros y cubre una zona continua de unos 425.000 kilómetros cuadrados, habitada por cerca de 30 millones de personas, acogerá favorablemente la solicitud que, conjuntamente con los demás miembros del Sistema y Panamá, ha

presentado Guatemala a la Asamblea, a efecto de que se le otorgue al SICA la condición de observador en la Asamblea General.

La región centroamericana ha dado impulso a la “Alianza para el Desarrollo Sostenible” con el objeto de fortalecer una integración basada en la democracia, el mejoramiento de la calidad de vida, el respeto y aprovechamiento de la vitalidad y diversidad de la tierra y la pluriculturalidad y multiétnicidad del istmo.

Hemos apoyado la formación de la Asociación de Estados del Caribe y participamos en la Organización Mundial del Comercio (OMC), que estimamos foros apropiados para la promoción de valores que enriquecen la vida colectiva y promueven reglas de intercambio con equidad. Por razones semejantes, concurrirémos a la convocatoria de la V Cumbre Iberoamericana, que se celebrará en Bariloche, Argentina, y a la del Movimiento de los Países no Alineados, que tendrá lugar en Cartagena de Indias, Colombia. Estaremos en las próximas reuniones de Tuxtla II y en las mesas de diálogo entre Centroamérica y otros países y agrupaciones regionales. Recientemente asistimos a la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, oportunidad en la que nuestra delegación acompañó las recomendaciones que promueven la superación material y moral de las mujeres dentro de los conceptos éticos y morales que la respetan y la hacen digna y participativa, con derecho a la plena igualdad. Nuestra contribución a los esfuerzos de las Naciones Unidas para la recuperación democrática de Haití se materializó enviando un contingente de miembros del ejército, especializado en operaciones no ofensivas.

Creo que esta es una ocasión apropiada para hacer mención de la contribución de Guatemala a dos aportes importantes de la Asamblea General para el desarrollo de principios jurídicos enunciados en la Carta: la célebre Declaración sobre los principios de derecho internacional referentes a las relaciones de amistad y a la cooperación entre los Estados de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, que la Asamblea General adoptó en ocasión del vigésimo quinto aniversario de la entrada en vigor de la Carta y que mi país presentó en nombre de los 41 patrocinadores. El segundo aporte tiende a facilitar la aplicación de la conciliación como uno de los métodos de arreglo de las controversias entre los Estados, prevista en el párrafo 1 del Artículo 33 de la Carta.

La versión inicial de dichas normas modelo fue propuesta por Guatemala a la Asamblea General en 1990. En su período de sesiones del año en curso, el Comité Especial

dio por consenso su visto bueno a una versión final de las normas modelo, recomendándole a la Asamblea General que la señalara a la atención de los Estados.

Coherente con su apego al derecho e íntimamente convencida de los beneficios de la paz y la importancia de la cooperación mutua, Guatemala privilegia las vías de solución pacífica de controversias. En este sentido, con respecto a la controversia territorial que existe con Belice, el país aspira a que se llegue a una solución definitiva obtenida mediante el diálogo más realista y más constructivo, orientado con visión de futuro y sin más límites que el principio de la buena fe y la dignidad de ambas partes.

A Guatemala le complace en alto grado que se haya logrado la prórroga por tiempo indefinido del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) y que la misma haya sido acordada mediante una decisión verdaderamente histórica, sin votación. A la satisfacción que nos causa la prórroga indefinida del TNP se une nuestro orgullo por ser América Latina la región menos armada del mundo y, gracias al Tratado de Tlatelolco, la única región que se ha convertido, en forma definitiva, en zona libre de armas nucleares. Lamentamos la reanudación de ensayos nucleares y, por ello, instamos a que se adopten iniciativas formadoras de un nuevo orden mundial que elimine las armas nucleares y cuya seguridad se rija por instituciones internacionales que sustenten la fortaleza del derecho. Por ello, mi delegación copatrocina el proyecto de resolución ante la Asamblea General que presentarán Estados partes y signatarios de los Tratados de Tlatelolco y de Rarotonga.

Guatemala ha vivido la experiencia dramática y dolorosa por el sembrado de minas por parte de grupos fuera de la ley. Es por ello que condenamos enérgicamente su utilización y apoyamos toda propuesta que tienda a su proscripción.

Observamos con satisfacción que el proceso de paz en el Oriente Medio sigue progresando. Guatemala espera que logre triunfar definitivamente la cordura, haciendo posible así, después de tantos decenios de lucha y de violencia, que reine para siempre la paz en una tierra de tan honda significación para tres grandes religiones.

A Guatemala le complace que actualmente la Corte Internacional de Justicia esté siendo utilizada en mayor grado que en cualquier otro momento de su historia. Nos complace también la notable amplitud geográfica de los asuntos que penden ante esa institución, que justificadamente puede calificarse como mundial.

Tomando en cuenta la precursora instalación centro-americana de una Corte Internacional y su actual restauración, es que mi país se permitirá proponer la candidatura de un experimentado jurista guatemalteco para que integre la Corte Internacional de Justicia del Sistema de las Naciones Unidas, convencidos de que su contribución sería significativamente importante para el Tribunal.

Tras detenido examen de los diversos temas que se iban a tratar en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social, Guatemala participó con el más vivo interés y gran expectación en este cónclave, en el que hizo una alocución el Presidente De León Carpio.

Estamos convencidos que, si no se observa plenamente el principio fundamental de la universalidad, nuestra Organización no puede cumplir a cabalidad sus objetivos. Hacemos votos porque se reflexione acerca de la situación de la República de China, en Taiwán, y así ese país disponga de un foro para dialogar pacíficamente su futuro con sus hermanos de origen.

A 50 años de que los estadistas de la segunda posguerra concibieron la estructura de una Organización mundial diseñada para preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra, de la miseria y de la ignorancia, la evaluación de los resultados tiene que ser optimista, en tanto salvaron al mundo de los males irreparables de una conflagración total. Si bien es cierto que, como sustitutivo, en algunos momentos la guerra fría se encendió con los conflictos armados periféricos, alentados por la rivalidad entre las superpotencias antagónicas, y que en su momento dieron la impresión de inconciliables, también ahora se respira una nueva atmósfera más tranquila en cuanto a la seguridad militar, pero tal vez menos confiable en materia de cooperación para el desarrollo, porque las reglas de un orden económico a veces ignoran que los rezagos no son simple materia interna de los países sino también son responsabilidad de los que han superado con creces los indicadores de un modelo digno de vida, obligados a transferir recursos y tecnologías para que se promueva la justicia a nivel mundial. Así, compartimos e invitamos a meditar la famosa frase de Su Santidad Juan Pablo II:

“Desarrollo es el nuevo nombre de la paz”

**El Presidente interino** (*interpretación del inglés*): Hemos escuchado al último orador inscrito para esta sesión del debate general.

Daré ahora la palabra a los representantes que deseen intervenir en ejercicio del derecho a contestar.

Quiero recordar a los representantes que, de conformidad con la decisión 34/401 de la Asamblea General, las declaraciones en ejercicio del derecho a contestar se limitan a 10 minutos para la primera intervención y a cinco minutos para la segunda, y las delegaciones las harán desde sus asientos.

**Sr. Gomersall** (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte) (*interpretación del inglés*): Mi delegación quiere responder brevemente a las observaciones del Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina en relación a las islas Falkland.

Mi delegación acoge con beneplácito que el Ministro haya recalcado la creciente cooperación entre el Reino Unido y Argentina, que caracteriza nuestra relación bilateral.

En cuanto a la cuestión de las islas Falkland, como dijo el Secretario de Relaciones Exteriores, Douglas Hurd, en esta Asamblea el año pasado, no nos cabe duda sobre la soberanía británica sobre las islas Falkland y otros territorios británicos en el Atlántico meridional, que se basa en fundamentos históricos sólidos y en el derecho inalienable de los habitantes de dichas islas a la libre determinación, que ya han ejercido repetidas veces en elecciones democráticas.

Debemos atender los deseos de los pueblos interesados. Los representantes elegidos de los isleños, que visitaron las Naciones Unidas en julio pasado con ocasión del debate en el Comité de los 24, expresaron claramente su opinión de que la reclamación de Argentina sobre las Falkland no era justificada y debía retirarse. El Ministro se ha referido al respeto hacia los isleños. Debemos respetar su derecho a determinar su propio futuro.

Sin embargo, Argentina y el Reino Unido han logrado cooperar sobre la base de los acuerdos alcanzados en Madrid el 15 de febrero de 1990. Hoy hemos firmado un acuerdo importante sobre la cooperación respecto de actividades en la alta mar en el Atlántico sudoccidental. En él se indica claramente que no afectará a las posiciones de ninguna de las partes en relación al problema de la soberanía.

Mi Gobierno espera sinceramente que el progreso logrado siga avanzando y desarrollándose en beneficio de toda la región del Atlántico meridional. A juicio de mi Gobierno, ese es el medio más adecuado para garantizar un futuro luminoso y pacífico para todas las poblaciones interesadas.

**Sr. Surie** (India) (*interpretación del inglés*): Hemos escuchado hoy una declaración extraordinaria contra mi país con lenguaje abusivo y lleno de falsedades. Normalmente no nos hubiéramos dignado darle respuesta. Sin embargo, la declaración fue hecha por el Ministro de Relaciones Exteriores del Pakistán, por lo que nos parece necesario dejar constancia de la situación correcta.

En su largo alegato contra la India, el Ministro de Relaciones Exteriores del Pakistán sin darse cuenta dijo algo que es totalmente cierto: fue realmente la India la que trajo el asunto de Cachemira ante el Consejo de Seguridad. Pedimos al Consejo que tomara posición sobre la agresión contra un territorio de la India. Las resoluciones del Consejo dejaron totalmente claro que, antes de tomar ninguna medida, las fuerzas paquistaníes tenían que retirarse del territorio que habían ocupado por la fuerza en Jammu y Cachemira. Hasta hoy, eso no ha sucedido. Las fuerzas de ocupación de Jammu y Cachemira, según las resoluciones del Consejo de Seguridad, son las fuerzas del Pakistán.

En Jammu y Cachemira el pueblo ejerció su derecho a la libre determinación en 1947 y, como en toda democracia, han elegido sus propios gobiernos en sucesivas elecciones, junto con el resto del electorado de la India. Como en toda democracia, los que representan al pueblo son los únicos que pueden negociar en su nombre. Por tanto, opinamos que el primer paso en Jammu y en Cachemira es la celebración de nuevas elecciones, en las que participen todos los elegibles. Esas elecciones establecerán quién representa verdaderamente al pueblo de Cachemira y a sus aspiraciones. Por el momento los que dicen que hablan en nombre del pueblo de Jammu y Cachemira, se han designado a sí mismos, y su autoridad nace no de los deseos libremente expresados por todo el pueblo, sino de los cañones de las pistolas que les suministra el Gobierno del Pakistán. Por tanto, es perfectamente comprensible que el Pakistán no esté dispuesto a que sus protegidos queden al descubierto, por lo que hará todo lo posible para obstaculizar el proceso democrático en Jammu y Cachemira.

En cambio, el Pakistán patrocinó el terrorismo que se desencadenó en Jammu y Cachemira hace seis años y que ahora ha llegado a nuevos extremos. El santuario de Charar-e-Sharif fue incendiado por los mercenarios Mast Gul, que reivindicaron esta barbaridad y retornaron al Pakistán donde fueron alabados por sus crímenes en los medios de información y en la televisión del Gobierno paquistaní.

El Ministro de Relaciones Exteriores del Pakistán afirma hoy hipócritamente que la concentración de fuerzas en la frontera hace imposible que los militantes llegaran del

Pakistán. El retorno de Mast Gul al Pakistán, tras quemar el santuario Charar-e-Sharif demuestra la facilidad con que el Pakistán ha introducido las armas y los terroristas para que siga la violencia en Jammu y Cachemira.

El Gobierno del Pakistán dice que sólo ofrece apoyo moral a los habitantes de Cachemira. El apoyo moral del Pakistán ya ha dado muerte a 20.000 de ellos. Las armas recuperadas en Jammu y Cachemira por nuestras fuerzas de seguridad representan un pequeño porcentaje de lo que ha enviado el Pakistán, pero podría equipar a cuatro divisiones de infantería. Si esto es apoyo moral, nos estremece pensar lo que se podría haber hecho con el apoyo inmoral del Pakistán.

Pese a esas provocaciones, la India no tiene ciertamente el más mínimo interés en mantener hostilidades con el Pakistán. El Ministro de Relaciones Exteriores del Pakistán habla de amenazas de guerra provenientes de Nueva Delhi. Eso es pura imaginación. El Gobierno de la India ha recalcado repetidamente, al más alto nivel y en discusiones bilaterales, que la India no desea sino relaciones pacíficas con el Pakistán. El Gobierno del Pakistán se ha negado a responder. No obstante, aunque nos decepciona que el Pakistán no desee normalizar las relaciones o mantener conversaciones bilaterales, hemos observado que sus dirigentes militares, que siguen representando el sector más influyente entre sus dirigentes, han dicho repetidamente que no prevén ningún conflicto.

No hay amenaza de guerra en nuestra región, desde luego no por parte de la India. Nuestras tropas están en sus emplazamientos de tiempo de paz. Están desplegadas en Jammu y Cachemira para defender a la población civil inocente del ese estado contra los actos de los terroristas.

El Ministro de Relaciones Exteriores del Pakistán hizo una declaración desconcertante al ligar la India al grupo Al-Farah que ha tomado varios turistas occidentales como rehenes y ha asesinado brutalmente a uno de ellos. Es sabido por todos los gobiernos que se han visto involucrados en este desgraciado episodio que Al-Farah es un frente para Harkat-ul-Ansar, una organización terrorista con base en el Pakistán, financiada por ese país y que opera en su nombre. El vínculo directo entre Al-Farah y el Pakistán queda establecido por el hecho de que piden la liberación de tres terroristas paquistaníes detenidos por la India.

El Pakistán se queja de una carrera de armamentos. Es irónico viniendo de un país que en el decenio de 1980 contrabandeó armas entregadas a los mujaidines afganos y en el decenio de 1990, cuando esa fuente se secó, se vol-

vieron hacia el mundo pidiendo más armas. De conformidad con una enmienda reciente del Congreso de los Estados Unidos, el Pakistán recibirá varios cientos de millones de dólares en armas para añadir a sus arsenales. Adquirió misiles hace varios años que afirma siguen estado encerrados dentro de sus cajas, como su propio pueblo.

La India se dedica al desarrollo económico y social de su pueblo. Reconocemos que esta debe ser nuestra máxima prioridad. Creemos que si el Gobierno del Pakistán creyera también en ese objetivo, sería posible que juntos buscáramos la paz para la región. Si estamos de acuerdo sobre esos objetivos, no hay necesidad de que una tercera parte nos persuada de ser buenos vecinos.

El Ministro de Relaciones Exteriores del Pakistán dice que las resoluciones del Consejo de Seguridad sobre Cachemira son sacrosantas. En la misma declaración, al referirse a Bosnia y Herzegovina, dice que es ilegal el embargo de armas impuesto a Bosnia de conformidad con una resolución del Consejo de Seguridad. No se puede decir que el Consejo de Seguridad es sacrosanto sólo cuando le interesa al Pakistán.

Las dificultades que hemos tenido con el Pakistán no son las únicas. El Gobierno del Afganistán presentó formalmente sus quejas al Secretario General en una carta de fecha 14 de septiembre de 1995 sobre intervenciones armadas del Pakistán en su país, en complicidad con grupos mercenarios que el Pakistán ha organizado, financiado y entrenado, pero que el Gobierno del Pakistán, con su adhesión habitual a lo falso, dice desconocer. Talibán en el Afganistán y Al-Faran en Jammu y Cachemira son obra del Gobierno del Pakistán.

Después de perfeccionar el arte del terrorismo patrocinado por el Estado en Jammu y Cachemira, así como en el Afganistán, el Pakistán ha desencadenado el terror contra su propio pueblo. Karachi está en llamas debido a que el Gobierno del Pakistán actúa brutalmente contra su propio pueblo, lo que también conocen muy bien las víctimas del terror del Pakistán en Cachemira. De hecho, esta es de algún modo una antigua tradición pakistaní. En 1971, el terror estatal que desencadenaron las fuerzas pakistaníes en lo que era entonces parte de su país causó 3 millones de muertos, un grado de exterminación y genocidio fácilmente comparable al perpetrado bajo el fascismo.

Hay algo que deseo dejar bien en claro. Nada de lo que pueda decir o hacer el Pakistán —ni la violencia, ni la indignación, ni las afirmaciones falsas repetidas mil veces— cambiarán el hecho de que Jammu y Cachemira es y con-

tinuará siendo parte inalienable de la India. El Gobierno de la India hará todo lo necesario para defender los derechos del pueblo de Jammu y Cachemira a vivir en paz y seguridad, como lo hacen otros ciudadanos indios.

El Gobierno de la India espera que el Gobierno del Pakistán demuestre sinceridad para hallar una solución pacífica, absteniéndose de patrocinar el terrorismo a través de la línea de cesación del fuego en Jammu y Cachemira y regresando a la mesa de negociaciones para un diálogo significativo, a lo que instó el Secretario General en su Memoria sobre la labor de la Organización.

Como dije al comienzo, nos vimos obligados a ejercer el derecho a contestar. Es una conclusión evidente que, habida cuenta de que las afirmaciones falsas del Pakistán son inagotables, habrá muchas más de ellas. No tenemos la intención de ocupar el tiempo de la Asamblea respondiendo a nuevas provocaciones.

**Sr. Ladsous** (Francia) (*interpretación del francés*): Algunas delegaciones mencionaron hoy nuevamente la cuestión de los ensayos nucleares. Se utilizaron términos especialmente críticos, al punto de condenar acciones llevadas a cabo por Francia y China.

Francia se opone a los juicios expresados, que no están de acuerdo con una evaluación objetiva de los hechos y los ensayos que están a punto de realizarse. Al respecto, quiero reiterar que la conclusión de la actual campaña de ensayos que lleva a cabo Francia debe considerarse como lo que es, a saber, la conclusión de una serie de ensayos, limitados a ocho o más, que se finalizarán antes de fines de mayo de 1996. Nuestro objetivo sigue siendo concluir el año próximo un tratado verdaderamente significativo que prohíba esos ensayos; un tratado que prohíba “todo ensayo nuclear o toda otra explosión nuclear”.

Reitero, la campaña para concluir nuestros ensayos no está perjudicando al medio ambiente. Está de acuerdo con el derecho y de conformidad con los compromisos que realizó Francia. La moderación extrema no significa una prohibición. Esta campaña permitirá que Francia promueva la opción más satisfactoria y más exigente para un tratado de prohibición de los ensayos.

**Sr. Basabe** (Argentina): En ejercicio del derecho de contrarréplica, la República Argentina, habiendo escuchado lo expresado por la delegación del Reino Unido, desea ratificar los conceptos vertidos por su Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Di Tella, en la intervención de hoy por la mañana en este debate general.

**Sr. Kamal** (Pakistán) (*interpretación del inglés*): Hemos escuchado la declaración del representante de la India y las afirmaciones totalmente falaces e infundadas que expresó contra el Pakistán. Examinemos lo que dijo, comenzando con la referencia a Cachemira como parte integrante de la India. Es un hecho incontrovertible que Jammu y Cachemira no es parte de la India. Cachemira es un territorio en disputa y fue reconocido como tal por las Naciones Unidas durante los últimos 47 años. Lo corroboran las resoluciones del Consejo de Seguridad, los mapas y documentos oficiales de las Naciones Unidas. Las resoluciones del Consejo de Seguridad determinan claramente que la decisión final respecto del Estado de Jammu y Cachemira se tomará de acuerdo con la voluntad del pueblo, expresada a través del método democrático de un plebiscito libre e imparcial celebrado con los auspicios de las Naciones Unidas.

Cachemira sigue en el programa del Consejo de Seguridad. En la Memoria del Secretario General sobre la labor de la Organización se afirma que debe resolverse la controversia de Jammu y Cachemira. La operación de mantenimiento de la paz más antigua de las Naciones Unidas, el Grupo de Observadores Militares de las Naciones Unidas en la India y el Pakistán (UNMOGIP), ha estado acantonado en la línea de cesación del fuego desde 1949. Quedó constancia de que los propios dirigentes de la India aceptaron el carácter controvertido de Jammu y Cachemira. El Primer Ministro de la India, Pandit Jawarhalal Nehru, dijo entonces que la India había dejado la cuestión de la solución final librada al pueblo de Cachemira y que estaba dispuesta a acatar esa decisión.

Es falsa e infundada la afirmación de que el Pakistán era de algún modo responsable de la falta de aplicación de resoluciones del Consejo de Seguridad y de la Comisión de las Naciones Unidas para la India y el Pakistán (CNUIP).

La cuestión de la desmilitarización se aplicó al territorio de Jammu y Cachemira en su conjunto, y no sólo al de Jammu y Cachemira liberado. Cuando llegó el momento de retirar las tropas indias, la India evadió su compromiso presentando muchos pretextos. Sir Owen Dixon, el mediador de las Naciones Unidas, se vio obligado a informar que la India insistía en condiciones por las cuales resultaría imposible celebrar un plebiscito libre y justo. La India también frustró los esfuerzos del Sr. Graham, el sucesor de Sir Owen Dixon. La India no estaba interesada en plebiscito alguno y estaba decidida a mantener Cachemira.

Posteriormente, a finales de 1950, en violación de resoluciones del Consejo de Seguridad, la India tomó

medidas para la integración total de Cachemira mediante la convocación de la llamada Asamblea Constitucional. De este modo, desde el comienzo mismo la India obstaculizó la aplicación de las resoluciones del Consejo de Seguridad.

La India culpa al Pakistán de tener ambiciones territoriales en Cachemira. El Pakistán no tiene ambiciones territoriales en Cachemira. La India ha demostrado el peor ejemplo de ambiciones territoriales en Cachemira al ocupar ilegalmente el territorio y tratar brutalmente a su pueblo durante 47 años.

De vez en cuando, dirigentes y generales de la India han amenazado con cruzar la línea de cesación del fuego y ocupar Azad, en Cachemira. En agosto de 1994, el Primer Ministro de la India amenazó con finalizar la tarea inconclusa de recuperar Azad, en Cachemira. Después de quemar el santuario de Charar-e-Sharif y el complejo de la mezquita en Cachemira, en mayo de 1995, los Ministros del gabinete y dirigentes de la India se comprometieron a dar una lección al Pakistán. Esto es ambición territorial en su forma más esencial, no el apoyo moral, político y diplomático del Pakistán al pueblo oprimido de Cachemira que se encuentra bajo la dominación de la India.

El representante de la India ha tratado también de denigrar a la lucha por la libertad de Cachemira como un movimiento terrorista. Esta es una antigua táctica de los amos coloniales para justificar su opresión de territorios ocupados por la fuerza. Si aceptáramos la perspectiva del opresor, muchos movimientos de liberación entrarían en la categoría de terroristas. Es por ello que las Naciones Unidas establecieron una clara diferencia entre los actos de terrorismo y la lucha legítima de los pueblos que se encuentran bajo dominación y ocupación extranjeras por lograr su liberación nacional.

Es evidente que son absurdas las afirmaciones de la India de que el Pakistán instiga el terrorismo a través de la frontera. El Pakistán condena el terrorismo en todas sus formas y manifestaciones.

Desde 1990, el Pakistán ha propuesto en numerosas ocasiones el estacionamiento de observadores internacionales imparciales a lo largo de la línea de cesación del fuego. El año pasado, el Ministro de Relaciones Exteriores del Pakistán propuso al Presidente del Consejo de Seguridad la ampliación del Grupo de Observadores Militares de las Naciones Unidas en la India y el Pakistán (UNMOGIP) a ambos lados de la línea de cesación del fuego. La India rechazó todas estas propuestas constructivas, lo cual es

prueba elocuente de la naturaleza propagandística de sus afirmaciones.

A menos que la India acepte un mecanismo internacional más fuerte para la vigilancia de la línea de cesación del fuego, todos sus reclamos acerca del terrorismo transfronterizo deberían recibir como respuesta el desprecio que merecen. En efecto, probablemente la India sea hoy el mayor Estado terrorista del mundo. Más de 600.000 soldados de la India están involucrados en Cachemira en la manifestación más aborrecible del mundo de terrorismo patrocinado por el Estado. Vaya esto como respuesta a la alusión a los lugares en que se estacionan las tropas indias en épocas de paz. Su maquinaria estatal se ha desatado no sólo en Cachemira sino también en todos los países vecinos. El Pakistán también ha sido objetivo favorito de los organismos de inteligencia de la India.

En el pasado reciente, terroristas de la India han matado a miles de personas en el Pakistán. No hay ciudad que esté a salvo del terror que siembran. Cincuenta campamentos de terroristas están operando en el lado indio de la frontera con el propósito exclusivo de cometer actos de terrorismo y sabotaje en el Pakistán.

Se ha sugerido también que Jammu y Cachemira tiene en cierto modo una dimensión bilateral. Nada más lejano de la verdad. El Acuerdo de Simla, de 1972, no alteró la condición de territorio en controversia de Jammu y Cachemira ni modificó el carácter internacional del problema. Dicho Acuerdo no impide tampoco que el Pakistán plantee el tema en los foros internacionales, en particular en las Naciones Unidas.

La India siempre ha rechazado los esfuerzos del Pakistán encaminados a iniciar negociaciones serias sobre la controversia de Jammu y Cachemira, de conformidad con las resoluciones del Consejo de Seguridad e incluso con el Acuerdo de Simla. La India inicia cada ronda de negociaciones bilaterales con la condición de que el Pakistán acepte su ocupación ilegal de Jammu y Cachemira como hecho consumado.

Las elecciones de que habla la India son el subterfugio más obvio para legitimar su ocupación ilegal de Jammu y Cachemira. ¿Cómo es posible que la población de Jammu y Cachemira manifieste su voluntad si hay personal militar y paramilitar que trata brutalmente a la población de Cachemira y si el mecanismo estatal entero está manipulando una parodia orquestada de elecciones?

La India siempre empieza a hablar de elecciones en Cachemira cuando se ve sometida a la presión internacional. Todos los dirigentes de Cachemira han rechazado cualquier elección. Han dicho que estas elecciones no reemplazarían el plebiscito prometido por las Naciones Unidas.

Se hizo alusión a acontecimientos ocurridos en Karachi. El Pakistán está firmemente comprometido con la promoción y protección de los derechos humanos. La Primera Ministra del Pakistán, Mohtarama Benazir Bhutto, ha impulsado la campaña en pro de los derechos humanos universales como base de las instituciones democráticas, la unidad nacional y el desarrollo socioeconómico. No obstante, el Pakistán nunca ha emulado la postura arrogante de la India para aducir que la situación de los derechos humanos en nuestro país es perfecta. El Pakistán nunca ha dicho que es un modelo de perfección. Las violaciones de los derechos humanos en el Pakistán son cometidas por individuos, y no por el Estado. Por el contrario, en Cachemira somos testigos de un modelo de violaciones masivas, sistemáticas y consecuentes de los derechos humanos cometidas en prosecución de una política estatal bien planificada. Decenas de miles de personas han sido asesinadas por las fuerzas de seguridad de la India.

Por último, quiero referirme a la alusión a los desafortunados rehenes de Cachemira. El Pakistán condena todos los actos de toma de rehenes, dondequiera que ocurran. El Pakistán condena francamente los secuestros inhumanos de turistas occidentales a manos de un grupo desconocido, Al-Faran. Todas las pruebas indican claramente que el acto salvaje de toma de rehenes es una maniobra burda y cínica de los organismos de inteligencia de la India con el propósito de desacreditar la legítima lucha del pueblo de Cachemira. La conferencia de todas las partes de Hurriyet, una asociación de 34 partidos y grupos políticos, ha condenado este acto y ha reclamado la liberación inmediata de los rehenes. El secuestro de esas personas en tres actos sucesivos ocurridos en una zona en la que existe una enorme concentración de tropas indias y el contacto constante de los secuestradores con el mundo exterior y con las autoridades de la India a través de comunicaciones telefónicas y radiales despiertan fuertes sospechas acerca de la complicidad india en la planificación de este incidente de toma de rehenes. Los medios de difusión internacionales también han aportado pruebas inquietantes en el sentido de que las autoridades indias están controlando a los secuestradores.

Para finalizar, permítaseme reiterar que, por intenso que sea, el ofuscamiento de la India con respecto a Jammu y Cachemira, un territorio al que este órgano ha reconocido como territorio en controversia, no podrá rescatarla del atolladero en que ahora se encuentra. La India no ha cumplido resoluciones del Consejo de Seguridad relativas

a Cachemira en las que ha sido parte. Más de 600.000 soldados de la India tratan brutalmente a la población pacífica de Jammu y Cachemira, pero no pueden aplastar su determinación de liberarse del yugo de la India.

*Se levanta la sesión a las 20.45 horas.*